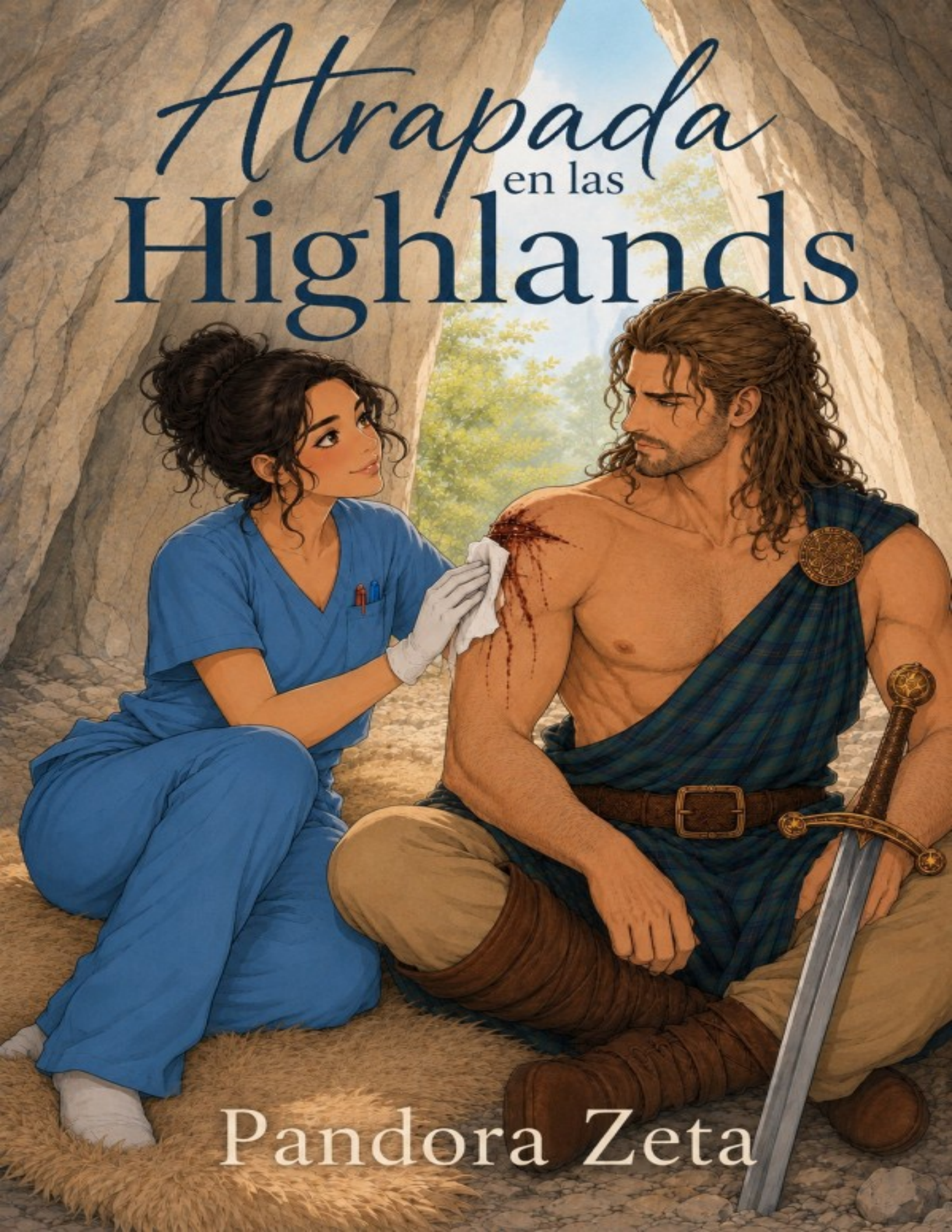

Atrapada
en las
Highlands
Pandora Zeta

Atrapada en las Highlands

Pandora Zeta

Pandora Zeta, 2026. Todos los derechos reservados.

Queda terminantemente prohibida la reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico, mecánico, digital, fotocopia, grabación o cualquier otro sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin la autorización previa y por escrito de la autora.

Esta obra es ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora o utilizados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales, es mera coincidencia.

Primera edición: Mayo 2026
Autora: Pandora Zeta

CAPÍTULO 1

La oveja no tenía mi mochila

A los treinta y un años descubrí dos cosas en el mismo día: que las ovejas escocesas son más rápidas de lo que parecen, y que mi seguro de viaje no cubría "incidentes paranormales". Lo segundo lo supe más tarde. En el momento solo estaba mojada.

La ruta se llamaba Mystic Highlands Experience y costaba cuarenta y siete libras. La había reservado a las tres de la mañana en un Airbnb de Inverness, llorando, mientras me comía una bolsa de patatas fritas sabor cordero asado, que es sin duda el sabor más raro que ha producido la humanidad. Tres días antes había dejado a Marcos. O Marcos me había dejado a mí. Después de cuatro años juntos, la ruptura no fue una explosión, sino algo mucho peor: dos personas demasiado cansadas para seguir fingiendo que aquello funcionaba.

—Necesito espacio —dijo él.

—Yo necesito que dejes de comprar yogures de soja sin avisar, que sé que son tuyos y aun así me los como, así que cada uno con sus duelos —dije yo.

Y así, más o menos, terminó.

El viaje a Escocia lo tenía planeado para los dos. Lo hice sola porque devolver el billete era más caro que ir, y porque a esas alturas cualquier cosa parecía mejor que quedarme en Madrid explicándole a mi madre por qué no íbamos a tener nietos rubios. Mi madre tiene una idea muy concreta de los nietos. Marcos es moreno. Yo soy morena. Los nietos rubios eran una fantasía suya y a estas alturas creo que era más suya que mía.

El autobús tenía catorce personas. Trece eran jubilados ingleses con anoraks impermeables idénticos y la decimocuarta era yo. El guía se llamaba Hamish, tenía un acento que necesitaba subtítulos y olía a queso. No a queso malo. A queso real, de tabla.

—¿Primera vez en las Highlands, lass?

—Primera y probablemente última.

Se rio como si yo hubiera dicho algo encantador. Tomé nota: aquí el sarcasmo no se reconoce.

Llevábamos dos horas conduciendo cuando el cielo se puso del color de un moratón viejo. Hamish dijo algo sobre que las tormentas en las Highlands eran "parte de la experiencia mística" y una señora de Leeds llamada Beverly se puso a aplaudir. Beverly tenía la energía de alguien que había sobrevivido a un cáncer y ahora aplaudía todo. Me caía bien, Beverly.

Llegamos al sitio que Hamish llamó The Whispering Stones después de una parada para que Beverly se comprara un imán. Bajamos del autobús. Yo bajé la última porque estaba terminando un audio de WhatsApp a mi hermana en el que le explicaba con detalle por qué Marcos era un cobarde emocional, y necesitaba un final digno para el audio.

Las piedras eran cinco rocas grises en un círculo mal hecho, en medio de un campo de barro y ovejas. Hamish empezó la historia de una doncella desaparecida en mil trescientos y pico y Beverly tomaba notas como si fuera a haber examen.

Me alejé un poco para hacer fotos. Y para fumar mentalmente, que es lo que hago desde que dejé de fumar de verdad hace tres años.

Saqué la mochila para coger el móvil. Era una mochila azul, pequeña, blanda, de esas que se doblan en nada. Saqué también el monedero porque no me fiaba de dejarlo en el autobús. Y entonces, porque soy yo, dejé la mochila abierta en el suelo mientras me agachaba para hacer una foto de las piedras desde abajo, que es como queda bien en Instagram.

Y entonces noté el tirón.

Levanté la cabeza y vi a una oveja, una oveja de tamaño mediano, alejándose con mi mochila azul colgando de la boca como si fuera un trapo.

—Eh.

La oveja siguió andando.

—Eh, eh, eh.

Empecé a caminar hacia ella y la oveja aceleró. No corría. Iba a un paso tranquilo, de animal que ha tomado una decisión. Yo tampoco corrí al principio porque pensé, ingenuamente, que con caminar rápido bastaba.

No bastaba.

—Devuélveme eso. Tengo el pasaporte ahí.

Esa era la parte importante. Lo demás daba igual: una botella de agua, una barrita, el cargador, el libro de Sally Rooney que llevaba sin abrir tres días. Pero el pasaporte estaba en el bolsillo interior con cremallera y me aterraba quedarme sin él en Escocia.

Eché a correr.

La oveja también.

Detrás de mí, lejos, oí a Hamish decir mi nombre con cierta alarma, y a Beverly decir oh, dear, pero no me giré. No iba a perder de vista a la oveja.

Bajamos por la pendiente. Resbalé dos veces y la segunda me arañé la palma contra una piedra, y aun así seguí. La oveja había metido un cambio de marcha. Empezó a trotar en serio. Y yo, que llevaba el abrigo desabrochado y unas botas que eran cómodas para andar, pero no para correr campo a través, fui detrás.

Empezó a llover. De golpe, como llueve allí, sin cortesía.

—¡Para! ¡Para, por favor!

La oveja no paró. Las ovejas no paran porque tú se lo pidas. Las ovejas, descubrí entonces, viven en su propio plano existencial.

Llegamos al borde de una colina y la jodida oveja se metió por un camino estrecho que bajaba a un barranco. Dudé medio segundo. Lo justo para que el pie se me fuera en el barro, y entonces ya no fue una decisión, fue una caída libre.

Rodé. Bastante. Intenté agarrarme a un helecho y me lo llevé en la mano. Choqué con algo duro en el hombro. Seguí. Terminé boca arriba en el fondo del barranco con un dolor punzante en el codo y la cara mirando un cielo del color de los moratones.

Me quedé quieta unos segundos e hice el inventario que se hace después de una caída: dedos de los pies, sí; rodillas, dolían, pero respondían; brazos, uno bien, el otro a ver; cabeza, no me había dado en la cabeza; cuello, intacto.

Me incorporé despacio.

La oveja había desaparecido. Mi mochila había desaparecido con la oveja. Mi pasaporte había desaparecido con la mochila con la oveja. Esto, pensé con la claridad mental que solo dan las situaciones absolutamente imposibles, iba a ser difícil de explicar en el consulado.

—Esto es ridículo —dije, en general, al campo escocés.

Saqué el móvil del bolsillo del abrigo. Tenía un mensaje de mi hermana que decía bebe agua y duerme, que es lo que mi hermana dice siempre y que rara vez aplica al problema en curso.

No tenía cobertura.

Empecé a caminar de vuelta hacia donde creía que estaba el autobús, mirando hacia arriba, intentando reconocer la pendiente por la que había bajado, sin embargo, no la reconocía. Todo en las Highlands se parece a todo, y bajo la lluvia se parece todavía más. Caminé dos minutos, tres. Me metí entre dos rocas grandes buscando refugio porque la lluvia se había puesto seria.

Y entonces vi la grieta.

No una grieta normal. Una grieta entre dos piedras altas, con grabados. Espirales raros, círculos que parecían hechos por alguien

con la mano floja. Como los del folleto que Hamish nos había enseñado en el autobús, el folleto que yo había mirado por encima y dejado en el asiento.

Me acerqué porque pensé que dentro estaría seca. Esa fue la primera razón. La segunda fue que las piedras eran lo bastante altas como para resguardarme del viento. La tercera, si soy honesta, fue que tenía el día que tenía y una grieta druida me pareció en ese momento un sitio razonable donde meterse a esperar a que escampase.

Metí la cabeza. Olía a piedra mojada y a humo viejo, lo cual no tenía mucho sentido porque allí no había nada que hubiera ardido en años. Di un paso. Otro. Apoyé la mano en la pared para no resbalar y mi palma cubrió uno de los grabados, el espiral grande.

Algo vibró. Como cuando agarras un altavoz que está sonando muy bajo y después la cabeza se me llenó de un sonido igual que el de una bombilla rompiéndose.

Cuando volví en mí seguía boca arriba, pero algo había cambiado.

El olor.

El de antes era piedra mojada. Este era distinto. Caballos. No caballos de paseo turístico. Caballos reales, con todo lo que eso implica olfativamente. Humo de madera, este sí, ardiendo de verdad en algún sitio. Y un tercer olor que tardé en identificar porque no esperas identificarlo en mitad del campo.

Sangre.

Abrí los ojos. El cielo estaba más gris y más bajo y ya no llovía. Me dolía la cabeza con un palpitar feo muy parecido al de las resacas, pero no era eso.

Me incorporé sobre los codos. Seguía en el barranco. Pero el barranco ya no era exactamente un barranco. Las rocas estaban en el mismo sitio. Los helechos no. Y donde antes había plantas, ahora había un hombre tirado en el suelo.

—Vale —dije.

Me quedé quieta. El hombre también. Mi primer pensamiento, porque mi cerebro estaba intentando que esto tuviera sentido, fue que era uno de los jubilados del autobús que también se había caído. Pero no era ninguno de ellos. Era enorme. Eso lo vi enseguida. Estaba boca abajo, con los brazos en una postura rara, y llevaba una tela cuadriculada manchada de barro y de algo oscuro.

Tela cuadriculada.

Mi cerebro hizo el ruido de un módem antiguo intentando conectarse.

—Estás de cosplay —le dije al hombre desmayado—. Por favor dime que estás en una concentración de cosplay y te has quedado aquí dormido por la borrachera.

No me respondió, porque estaba inconsciente, y también, lo deduciría después, porque no hablaba español.

Me arrastré hasta él. La rodilla me empezó a sangrar y eso me devolvió a mi cuerpo de manera práctica. Soy enfermera. Llevo siete años en urgencias del 12 de Octubre. Sé qué hacer cuando hay una persona tirada en el suelo, y lo hago en automático aunque la cabeza la tenga en otro sitio.

Le toqué el cuello buscando el pulso. Lo tenía. Lento, pero ahí estaba. La piel fría, no congelada. Le giré la cabeza con cuidado para verle la cara, y dije, en voz alta y muy clara:

—Joder.

Era el hombre más guapo que yo había visto en mi vida.

No es una exageración literaria. Tengo treinta y un años y he visto a hombres en circunstancias muy ventajosas para ellos. Este los superaba a todos. Estaba sucio, ensangrentado, con un corte feo en la ceja y otro peor en el costado, y con la nariz que le había sangrado y se le había secado la sangre en la barba. Y aun así era impresionante.

—Esto es una cámara oculta —dije.

Miré por encima del hombro esperando ver la cámara escondida entre las rocas, o a Hamish riéndose, pero no había nada. Solo más roca, más cielo gris y, a lo lejos, un sonido que tardé tres segundos en reconocer como cascos de caballos. Varios.

—Eres figurante de alguna peli y te están buscando —le dije, ya con menos convicción—. Eso es. Eso ha pasado.

Le levanté la tela del costado y aquí mi profesión hizo lo que tenía que hacer: dejó de importarme todo lo demás. El corte era largo, irregular, no demasiado profundo, pero suficiente para ser un problema serio si no se limpiaba pronto. Tenía los bordes inflamados. Llevaba horas así. Posiblemente más.

—Esto no es atrezo —dije, casi para mí.

Toqué la sangre. La froté entre los dedos. Era sangre. Seca por fuera y húmeda por dentro, esa textura que tiene la sangre que lleva un rato, pero no demasiado. Me senté sobre los talones.

Miré alrededor. Lo miré a él. Miré la grieta por la que había entrado y volví a mirarlo.

—No me jodas —dije.

Los cascos se acercaban.

Y aquí fue donde tomé la primera decisión inteligente del día, posiblemente del año: no salir corriendo a saludar. Alguna parte vieja y prudente, que había estado dormida durante toda mi vida presente y la anterior, me dijo quédate quieta y por suerte la escuché.

Me agaché. Le pasé el brazo por debajo de los hombros al hombre desmayado, que pesaba lo que pesa un buey pequeño, y tiré. Tiré, gemí, le pedí perdón en voz baja por las cosas que le estaba haciendo a las heridas y tiré más. Mis pacientes pesan entre sesenta y ochenta kilos. Este pesaba ciento veinte o no me llamo como me llamo. Avanzamos diez centímetros. Veinte. Cincuenta… Y conseguí meterlo en la grieta justo cuando los caballos asomaron por el borde del barranco.

Eran cuatro. Cuatro hombres a caballo. Llevaban telas parecidas a la de él, pero de otros colores, y armas. De verdad. Espadas largas, hachas. Uno tenía un arco. Hablaban entre ellos en una lengua que no era inglés, que no era ninguna lengua que yo hubiera oído, una mezcla rasposa de consonantes que sonaba a algo a punto de partirse.

Me quedé quieta dentro de la grieta. Le tapé la boca con la mano por si se le ocurría volver en sí y hacer ruido. Estaba inconsciente. No iba a hacer ruido, pero por si acaso.

Los hombres bajaron al barranco. Miraron el suelo, donde había manchas de sangre. Uno se bajó del caballo y se agachó y tocó la sangre con dos dedos, igual que había hecho yo cinco minutos antes, y dijo algo que hizo que los otros tres se pusieran tensos. Después miró alrededor y cuando sus ojos alcanzaron la grieta, cerré los míos como si eso fuera a servir de algo.

Pasaron unos segundos largos.

Después oí cómo el hombre volvía a montar, cómo daba una orden, y cómo los cuatro caballos se ponían en marcha y subían por el otro lado del barranco. Los oí alejarse. Los oí hasta que dejé de oírlos.

Solo entonces me moví.

El hombre que tenía debajo del brazo emitió un quejido bajo, animal. No despertó, pero hizo el ruido suficiente como para que yo le pusiera la mano en la frente y notara que tenía fiebre. No alta. Pero tenía.

—Vale —le dije, en voz baja, al hombre inconsciente que no me entendía y al que acababa probablemente de salvar la vida sin saber muy bien por qué—. Tienes un corte feo y yo soy enfermera. Vamos por partes.

No contestó, como era evidente y me quedé sentada en una piedra en algún lugar de las Highlands, con un desconocido enorme y herido apoyado en mi pierna, mientras se ponía a llover otra vez, con más fuerza.

Saqué el móvil del bolsillo del abrigo. Cuatro por ciento de batería y sin cobertura.

—Joder —dije, otra vez, y me cubrí la cara con las manos.

CAPÍTULO 2

Lo que aprendí en siete años de urgencias

La grieta era más profunda de lo que parecía desde fuera. Eso fue lo primero bueno del día.

Tenía unos tres metros de fondo, se ensanchaba en el interior y formaba un hueco con el techo bajo, lo bastante alto para sentarse, pero no para estar de pie. El suelo era de tierra seca, lo cual era un milagro porque fuera todo estaba empapado. Olía a piedra y a algo dulzón que decidí no investigar.

Apoyé al hombre contra la pared del fondo y me senté a su lado a recuperar el aire. Me dolía todo. La caída por la colina me había dejado una constelación de cosas: la palma arañada, el codo izquierdo punzante, una rodilla sangrando bajo el vaquero roto, y el hombro derecho que me crujía al moverlo de un modo que mi traumatólogo no aprobaría.

—Vale —dije en voz alta, porque hablar sola siempre me ha funcionado—. Por orden.

El hombre seguía sin moverse y le puse dos dedos en el cuello para comprobar de nuevo que todo estuviese bien. Pulso regular, lento. Le acerqué la mano a la boca. Respiraba. Le tomé la temperatura con el dorso de la mano en la frente y en el cuello: décimas, no fiebre alta. Todavía.

Lo siguiente era inventario.

Hice un montoncito en el suelo con todo lo que tenía encima. Móvil con cuatro por ciento. Cargador en la mochila, que estaba en algún sitio del campo escocés siendo digerida por una oveja. Monedero con un billete de veinte libras, tres tarjetas y una de fidelización del Mercadona que en ese momento me pareció el

objeto más absurdo del mundo. Llaves de casa. Un chicle. Un paquete de pañuelos de papel medio usado. Una barrita de cereales que llevaba en el bolsillo desde el aeropuerto. Un bolígrafo del hotel. Un coletero.

Y, en el bolsillo interior del abrigo, un mini-botiquín de viaje.

El botiquín.

Si yo creyera en Dios, en ese momento habría dicho gracias. Como no creo, dije:

—Gracias, yo de hace seis días.

Yo de hace seis días había metido en mi bolsillo interior un botiquín ridículo porque mi hermana me había dicho llévate cosas por si te clavas alguna espina o te duele la cabeza, que en un país ajeno luego nadie sabe dónde encontrar nada. Tenía dentro: paracetamol, ibuprofeno, un sobre de povidona yodada monodosis, dos parches grandes, gasas estériles, esparadrapo, una pinza de cejas, tijeras pequeñas, suero fisiológico vacío, porque debió abrirse el botecito en algún momento y nunca me di cuenta, hilo dental, y una crema antibiótica que un farmacéutico me había vendido para una quemadura del verano pasado y que no había abierto.

Miré la tela cuadriculada de Cailean. El tipo de tejido, los colores, la manera en que estaba cosido. Sin cremalleras. Sin sintéticos. Sin nada que no pudiera hacerse a mano. La espada que llevaba era de un tipo concreto, no un sable, una espada larga de doble filo. Había visto espadas así en museos. En libros de historia. Probablemente siglo XV o XVI, calculé. Probablemente Escocia, que eso al menos lo tenía claro. El resto era estimación.

Era poco. Era poquísimo para lo que tenía delante. Pero era infinitamente más de lo que tendría dentro de diez minutos si no lo usaba con cabeza.

Pensé en sacar el agua.

Y aquí dije mi primer taco de la nueva era.

No tenía agua. El agua estaba en la mochila. La mochila estaba con la oveja y la oveja estaba en algún lugar de Escocia, posiblemente en otro siglo distinto al mío.

—Bueno —dije.

Fuera había parado de llover. Eso significaba dos opciones: salir a buscar agua y arriesgarme a que volvieran los cuatro hombres del caballo, o dejarle sin lavar la herida y arriesgarme a que el hombre se muriera de séptico en menos de cuarenta y ocho horas.

Salí.

Asomé la cabeza con cuidado, como si yo supiera asomar la cabeza con cuidado, que no. Yo asomo la cabeza como una persona que ha visto películas. No oí cascos. No oí voces. Solo el viento y, muy lejos, lo que podía ser un río o podía ser el rumor de la sangre dentro de mis propios oídos, que llevaba latiendo fuerte desde hacía un rato.

Bajé por el barranco hasta un sitio donde el suelo se ablandaba. Había un hilo de agua corriendo, no un río, ni siquiera un arroyo, solo agua de lluvia bajando por una grieta del terreno, pero se veía limpia. Suficiente. Saqué un pañuelo de papel, lo puse en el hilo hasta que empapó, lo metí en el envase vacío del suero fisiológico para usarlo de cantimplora improvisada, lo cerré, y subí el barranco lo más rápido que pude sin resbalar otra vez.

Total: tres minutos. En tres minutos podían pasar muchas cosas, pero no pasaron.

—No te he echado de menos —le dije, mientras me arrodillaba a su lado—. Pero he vuelto. Eso cuenta.

Le levanté la tela cuadriculada con dos dedos.

La herida estaba peor de lo que me había parecido fuera. Le habían dado con algo afilado, probablemente una espada, en diagonal desde el lateral del costado hacia el ombligo. El corte tenía unos veinte centímetros. No era profundo de manera uniforme, lo cual significaba dos cosas: una buena, no le habían tocado nada vital; una mala, los cortes irregulares cuestan más de cerrar. Los

bordes estaban inflamados y había suciedad, hilos de la tela, tierra, una hojita seca pegada a la sangre.

—Esto va a ser feo —dije.

Le aparté la tela del torso. Lo cual implicó descubrirle el torso entero. Lo cual implicó descubrir que el hombre tenía el cuerpo de alguien que se ganaba la vida haciendo algo muy físico, probablemente algo violento. También implicó descubrir que la tela cuadriculada no llevaba absolutamente nada debajo. Absolutamente nada.

Me quedé tres segundos mirando lo que tenía que mirar y un segundo entero mirando lo que no tenía que mirar, porque el cerebro es un órgano traicionero. Después le bajé la tela un palmo, profesionalmente, hasta donde podía trabajar sin distracciones, y me prometí a mí misma que esto no se lo iba a contar a mi hermana jamás.

(Se lo iba a contar a mi hermana en cuanto pudiera).

Tenía cicatrices viejas. Una en el hombro, otra atravesándole la clavícula, una pequeña debajo del pecho izquierdo. Un mapa de las cosas que le habían pasado y de las cosas que había sobrevivido.

—Me temo que tú no eres figurante… —dije, ya casi sin convicción y empecé a trabajar.

Limpié la herida con el pañuelo mojado, suave, sacando todo lo que estaba donde no debía estar. La hoja seca. Dos hilos de tela. Un pegote de algo que prefería no identificar. Él gimió una vez, bajo, pero no abrió los ojos. Le agradecí mentalmente que no los abriera porque no estaba segura de cómo iba a explicarle, en ningún idioma, lo que estaba haciendo y por qué.

Cuando estuvo limpia, abrí el sobre de povidona. Ese líquido marrón que pica como mil demonios y que en urgencias usamos sin pensar. Le eché un chorrito a lo largo del corte. Él gimió más fuerte. Casi un gruñido. Le puse la mano en el hombro y aposté que el contacto humano calmara algo aunque estuviera inconsciente, porque eso también lo he llegado a ver.

Le sequé alrededor con un trozo de gasa. Acerqué los bordes de la herida con los dedos. Pensé en suturas y descarté la idea inmediatamente: no tenía hilo apto, no tenía aguja, no tenía anestesia, y aunque las hubiera tenido, suturar a alguien que puede despertar en mitad del proceso y reaccionar como un animal de ciento veinte kilos es una decisión que solo se toma cuando no queda otra. Quedaba otra. La otra era esparadrapo.

Abrí los parches grandes. Junté los bordes de la herida lo mejor que pude. Cerré con tiras de esparadrapo en diagonal, como puntos de aproximación, presionando hasta que aguantaron. Encima puse los dos parches de gasa. Funcionaría si no hacía esfuerzos. No iba a hacer esfuerzos porque estaba inconsciente, así que de momento bien.

Después le miré la cabeza. El corte de la ceja era superficial. Le limpié la sangre con otro pañuelo, le puse un poco de povidona y lo dejé al aire. La nariz no parecía rota, solo había sangrado en algún momento.

Le revisé el resto. Brazos: contusiones varias, sin fracturas obvias. Le moví el codo derecho y respondió. El izquierdo igual. Le palpé las costillas con las dos manos, suave. Una le hizo gemir cuando la toqué. Probablemente fisurada. Nada que pudiera hacer yo por ahí, salvo intentar que no se moviera.

Las piernas las miré por encima. La derecha tenía un corte en el muslo que ya estaba coagulado y no parecía importante. La izquierda nada.

Me senté sobre los talones. Me limpié las manos en los vaqueros.

—Vas a vivir —le dije—. Probablemente.

Me sorprendí a mí misma con la voz. Sonaba normal. Sonaba como cuando le decía a los pacientes de urgencias esto está controlado, te van a subir a planta en una hora. Esa voz que usaba en el trabajo y que durante los últimos meses con Marcos había desaparecido sin que yo me diera cuenta.

Llevaba mucho tiempo sin oírla.

Me asusté un poco. No del lugar, no del momento, no del hombre. De la voz.

* * *

Saqué el móvil para mirar la hora.

Tres por ciento.

Las cuatro y veinte de la tarde, según el reloj. Eso era hora española, pero como hasta ese momento yo había estado en hora española, debía de coincidir más o menos con la hora local de Escocia. Lo cual significaba que llevaba allí quizás una hora desde la caída, quizás algo más. La luz fuera empezaba a bajar. En noviembre, en Escocia, el sol se ponía pronto. Iba a oscurecer en una hora, dos como mucho.

No iba a salir a buscar al autobús ahora. Eso lo tenía claro. Tampoco iba a moverlo a él. Eso también lo tenía claro. Es decir: iba a pasar la noche en una grieta de piedra con un guerrero escocés inconsciente y posiblemente ilegal en mi siglo.

Bueno.

Apagué el móvil para ahorrar batería y lo guardé. Miré alrededor con la idea, ahora un poco más serena, de organizarme.

La grieta tenía una entrada y eso era un problema. Si entraban, no había escapatoria. Pero también era una ventaja, porque si los oía bien podía taparlo a él, taparme yo, y rezar lo que supiera, que no era mucho.

Tenía que solucionar el frío.

Salí otra vez. Esta vez con un objetivo: leña, ramas, algo. Encontré bastante. La lluvia lo había mojado todo por fuera, pero había trozos secos debajo de las piedras. Recogí lo que pude, lo metí en la grieta, hice un montón. Recogí también musgo seco, de eso había mucho, para empezar la lumbre y aquí llegó el problema.

No tenía mechero.

Había sobrevivido a turnos de doce horas en Navidad, había tratado heridas de arma blanca, partos en ascensores, intoxicaciones varias, y nunca, en toda mi puta vida, había encendido un fuego sin mechero. Mi conocimiento se limitaba a cosas que había visto en documentales mientras hacía otra cosa.

—Bueno —dije, mirando el montón de leña con bastante odio—. Vale.

Probé con las llaves. Frotando el metal contra una piedra. No salió ni una chispa. Probé con el bolígrafo del hotel. El bolígrafo del hotel se rompió. Probé con dos piedras. Ningún resultado. Probé con dos ramas frotadas como había visto en Survivor o donde fuera. Las ramas se calentaron un poco y eso fue todo. Estuve veinte minutos y no conseguí fuego.

Lo dejé.

—No pasa nada —dije, otra vez en voz alta—. Hace fresco, pero no frío de morirse. Le pongo la tela encima y a él me lo pego a la espalda como si fuera una bolsa de agua caliente humana y de paso compruebo si tiene la fiebre estable. Planazo.

Hice exactamente eso.

Me senté en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, y lo arrastré con mucho cuidado para que la cabeza le quedara apoyada en mi regazo. Le puse la tela cuadriculada por encima, le tapé bien el costado, le coloqué un brazo a un lado y otro al otro. Le puse la mano en la frente. La fiebre seguía ahí. Estable. No subía. Eso era lo único que me importaba.

Me quedé mirándole la cara desde arriba.

Tenía las pestañas largas. Eso fue lo que más me hizo gracia. Hombres así no deberían tener las pestañas largas, deberían tener el mínimo legal de pestañas y dedicarse a sus asuntos. Tenía una pequeña cicatriz vertical en la barbilla, partiéndole la barba en dos a la altura del mentón. La barba era oscura, con dos hebras grises que no le quedaban mal, le añadían un par de años y le quitaban tres a la sensación general.

—¿Quién eres tú? —le pregunté en voz baja.

No me contestó. Por supuesto.

—¿Y por qué hueles bien? Eso es lo que no entiendo. Hueles a hoguera y a algo verde. Casi me ofende.

Le aparté un mechón de pelo de la frente, sin pensar. Lo aparté como aparto el pelo a mi sobrino cuando se duerme en el sofá. Un gesto de oficio. Quité los dedos enseguida y los apoyé en la pared.

Tenía las manos manchadas de sangre. La suya. Y un poco de la mía, de la palma arañada.

Y entonces, sin previo aviso, me eché a llorar.

No fue un llanto bonito. Fue de los feos, con hipo, con la boca abierta y la cara descompuesta, el llorar de gente que se ha aguantado mucho rato. Lloré por la caída. Lloré por Marcos. Lloré por mi mochila. Lloré por mi madre, que iba a recibir una llamada del consulado británico en algún momento de la próxima semana y se iba a poner imposible. Lloré por el botiquín, que no me iba a durar ni dos curas más. Lloré por los cuatro hombres del caballo, que iban a volver tarde o temprano. Lloré porque tenía hambre.

Sobre todo, lloré porque no era idiota y sabía perfectamente lo que estaba pasando, llevaba sabiéndolo desde el sonido de la bombilla rota, y no había querido decirlo en alto porque decirlo lo hacía verdad.

—He viajado en el tiempo —dije.

Lo dije bajo, casi sin voz, mirando al techo de la grieta.

Esperé a que la frase me hiciera reír. Pensé que iba a hacerme reír. Pensé que diciéndola se rompería el hechizo y volvería a estar arriba con Beverly y los jubilados aplaudiendo otra cosa.

No me hizo reír.

—He viajado en el tiempo —repetí—. Joder. Mi madre se va a morir.

El hombre, debajo de mi mano, hizo un ruido. Un suspiro. Movió la cabeza una vez, hacia un lado, como hacen los que están saliendo de una anestesia y todavía no saben dónde están y me quedé muy quieta.

Abrió los ojos.

No del todo. Una rendija. Lo justo para mirarme desde abajo, con las pupilas todavía perdidas, intentando enfocar. Eran grises. No de un gris bonito, descriptivo. De un gris útil, como el de los días en que va a pasar algo.

Y dijo tres palabras.

En esa lengua rasposa que yo no entendía. Dichas con una voz baja, ronca, que sonaba a piedras frotándose unas con otras.

Después cerró los ojos otra vez y se quedó quieto.

Yo me quedé sin moverme, con la mano en su frente y el corazón haciéndome ruido en la garganta.

—Vale —dije bajito, sobre todo para mí.

Fuera ya empezaba a oscurecer.

CAPÍTULO 3

Idiomas que no hablo

Pasé la noche sin dormir, lo cual era razonable considerando que estaba en una cueva en algún año imposible con un desconocido que pesaba el doble que yo y que podía despertarse en cualquier momento creyéndome enemiga.

No dormí, pero hice cosas útiles. Repasé lo que sabía de medicina de campo, que era más de lo que pensaba. Repasé lo que sabía de historia de Escocia, que era poco y casi todo proveniente de Braveheart, una película que mi padre veía una vez al año llorando en la parte en que el caballo se moría. Decidí que de momento iba a fingir que no había visto Braveheart.

El hombre durmió mal. Tuvo fiebre alta a eso de las dos de la mañana, según mi cálculo, porque el móvil ya lo había apagado del todo y solo me quedaba el reloj interior de la persona que no duerme. Le bajé la fiebre con paños mojados en el hilo de agua del barranco, lo cual me obligó a salir tres veces en plena oscuridad como una idiota. La primera vez tropecé con una piedra y me hice una herida nueva en la espinilla. Felicidades a mí.

A eso de las cinco se le quitó la fiebre. Lo noté porque al ponerle la mano en la frente la noté tibia en vez de ardiente, y porque dejó de moverse y empezó a respirar más hondo. Me quedé un rato contándole las respiraciones como contaba las de los pacientes graves en el turno de noche, y cuando llegué a doce por minuto sin variaciones me permití cerrar los ojos un momento.

Por fin me dormí. No mucho. Una hora quizás.

Lo que me despertó fue una mano.

Una mano grande, callosa, que se cerró alrededor de mi muñeca con la fuerza exacta de alguien que está midiendo si te puede partir el brazo y todavía no lo ha decidido.

Abrí los ojos.

Él me estaba mirando. Despierto del todo, con las pupilas enfocadas, la cabeza levantada unos centímetros del suelo, y la mano alrededor de mi muñeca como un cepo.

No dije hola. No dije nada. Me quedé quieta porque era lo único que tenía sentido hacer cuando un hombre que duplicaba tu peso te tenía cogida por el brazo.

Pasaron tres o cuatro segundos así.

Después dijo algo. Una sola palabra, corta, áspera. La dijo como una pregunta. Como un quién eres, o un qué haces aquí, o un dónde estoy. No tenía manera de saber cuál.

—No te entiendo —dije.

Lo dije bajo, sin moverme. Como cuando hablas con un perro que está enseñando los dientes y no quieres asustarlo más.

Soltó una frase entera ahora, con tono áspero y algo de aviso.

Negué con la cabeza muy despacio. Era todo lo que tenía. Negar con la cabeza significa lo mismo en todas partes, eso lo había leído en algún sitio. O quizás no, quizás era justo lo contrario en su mundo y le estaba diciendo atácame. Era tarde para preguntar.

Algo en su expresión cambió. Quizás vio que yo no llevaba armas. Quizás se dio cuenta de que tenía vendajes sobre la herida. Quizás oyó el tono. La gente sabe distinguir los tonos. Es una de las cosas más útiles que tienen los humanos.

Aflojó la mano. No la quitó. La aflojó.

—Gracias —dije, frotándome la zona.

Me incorporé despacio. Él me seguía con los ojos. Eran grises. Lo confirmé. Grises con un círculo más oscuro alrededor del iris.

Cogí el envase del suero, que había vuelto a llenar con agua del barranco, y se lo enseñé. Después señalé su boca. Después el agua. Después su boca otra vez.

Miró el frasco. Me miró a mí. Cerró los ojos un segundo y los abrió.

Le pasé el brazo izquierdo por debajo de la cabeza, intentando sostenerle el peso, y le acerqué el frasco a los labios con la mano derecha.

—Poco —dije, aunque no me iba a entender—. Despacio.

Le toqué los labios con el borde del frasco. Apretó la mandíbula. Después abrió la boca.

Bebió tres sorbos y cerró los ojos un segundo, como mareado. Le dejé la cabeza otra vez en el suelo con todo el cuidado del mundo, porque pesaba como pesaba.

Volvió a abrir los ojos. Levantó la mano, despacio, y se la llevó al costado. Tocó el vendaje con dos dedos. Frunció el ceño. Miró su mano. Miró el vendaje. Me miró a mí. Esa secuencia exacta. Como si estuviera reconstruyendo qué había pasado y necesitase confirmarlo conmigo.

Asentí.

Asintió.

Y entonces hizo algo que no me esperaba. Se llevó la mano al pecho, sobre el corazón, y la dejó ahí un momento. Después la giró hacia mí, palma arriba, con los dedos abiertos.

No sé qué significaba exactamente. Pero entendí la versión general.

Le devolví el gesto. Mal, seguramente. Pero lo hice.

* * *

A las siete u ocho de la mañana, calculando por la luz, ya no tenía sentido seguir fingiendo que nos íbamos a entender hablando.

Decidí intentar lo de los nombres. Por necesidad práctica. Si íbamos a estar en la misma grieta unas horas más, prefería que cada uno tuviera con qué llamar al otro en caso de urgencia.

Me señalé a mí misma.

—Aurora —dije.

Él me miró sin reaccionar.

—Au-ro-ra.

Frunció el ceño. Como cuando alguien te dice una palabra y tú intentas decidir si la ha pronunciado bien.

—Aurora —repitió.

Lo dijo arrastrando la erre de una manera que no se parecía a cómo lo decía yo, pero era reconocible. Eso me hizo más ilusión de lo que tenía sentido.

Lo señalé a él.

Me sostuvo la mirada un momento. Después, despacio, dijo:

—Cailean.

—Cailean.

Algo en su rostro confirmó que lo había dicho bien o casi.

Probé a decírselo con la mano sobre mi pecho otra vez. Aurora. Después la mano hacia él. Cailean. Asintió otra vez.

Eso fue todo. Dos nombres en una mañana. En cualquier otra circunstancia me habría parecido un fracaso pedagógico. Aquí me pareció un avance.

Cogí el bolígrafo del hotel, que se había partido, pero todavía pintaba un poco si lo apretabas, y un trocito de la caja del paracetamol que había roto durante la noche para guardar las pastillas, dibujé un sol.

Le enseñé el dibujo.

Él miró el dibujo. Miró el sol que entraba por la grieta, débilmente, en esa luz gris de la mañana escocesa. Volvió al dibujo.

Y dijo una palabra.

—Grian.

La repetí.

Hicimos eso un rato sin convertirlo en clase. Dibujé una luna. Dijo gealach. Dibujé un río. Dijo uisge. Dibujé una mano. Dijo làmh. Yo intentaba repetir y se me iba la mitad. Tengo memoria mala para los idiomas, lo cual es una herencia familiar; mi madre llevaba veinte años en Madrid sin perder un solo decibelio de su acento gallego.

Dibujé una espada.

Cailean miró el dibujo. Después me miró a mí. Después al techo de la grieta. Y dijo algo que no era una palabra sino una frase entera.

No insistí.

Lo que sí saqué en claro, en una hora de bolígrafo del hotel y cartón roto, fue tres cosas.

Una: cuando le señalé el cuadro de su tela, lo que en mi cabeza eran los colores del clan, él dijo MacRae. Asintió cuando lo repetí. Vale. Cailean MacRae. Si sobrevivía a esto y volvía a casa iba a buscarlo en Google a ver si existía.

Dos: cuando dibujé cuatro hombres a caballo y los señalé con cara de duda, él se puso tenso de inmediato. Dijo una palabra muy fuerte y muy clara: Mackenzie. Después escupió, literalmente, en el suelo a su lado. Dibujé agua entre dos casas, como había hecho Eilidh semanas después. Él miró el dibujo, despacio, con la cara del que confirma algo que ya sabía que yo iba a entender tarde o temprano. Después añadió algo con el dedo en el suelo: una línea recta entre las dos casas, y encima de la línea, una equis. Un límite que alguien había cruzado. Eso fue muy útil. No me hacía falta más vocabulario para entender la postura general sobre los Mackenzie.

Tres: cuando le mostré con gestos que los Mackenzie habían bajado al barranco y habían visto su sangre y se habían ido por la

otra colina, no dijo nada. Cerró los ojos un momento. Apretó la mandíbula. Abrió los ojos y me miró.

Apartó la vista enseguida.

* * *

La barrita de cereales que guardaba en la chaqueta la partí en dos.

Le di la mitad más grande a él, sin pensar. Después me di cuenta de lo que había hecho. Llevaba toda la vida partiendo las cosas para los demás. Para mi hermana, cuando éramos pequeñas. Para mi madre, cuando había poco. Para Marcos, durante cuatro años en los que él ni siquiera se molestaba en darme las gracias. Era un automatismo. Y aquí estaba haciéndolo otra vez, con un escocés del siglo que fuera, al que no le debía nada.

Cogí mi mitad. La miré. La partí y le di un trozo extra. Por supuesto me miró sin entender.

Le puse el trozo en la mano y cerré sus dedos alrededor. Él me dejó hacer. Después abrió la mano otra vez, miró el trozo, partió ese trozo en dos, y me tendió la mitad.

—Cailean.

Movió la mano dos centímetros más hacia mí y yo y tendí los dedos. Cogí el trocito y algo se me apretó por dentro, en un sitio que llevaba bastante tiempo cerrado, y por suerte tuve la cabeza fría suficiente para no llorar otra vez delante de él, porque dos veces en doce horas habría sido demasiado y yo todavía estaba intentando parecer valiente.

Comimos en silencio. Él masticaba muy despacio, vigilándome como si estuviera intentando descifrar de qué planeta venían las barritas de cereales y yo masticaba mirando al techo de la grieta porque era el único sitio que no le incluía a él.

Cuando terminamos, dijo una palabra.

—Math.

La apunté mentalmente al lado de las otras. Por el tono no era una queja.

Y después, sin avisar, sonrió.

No fue una sonrisa grande. Fue una mueca breve, casi accidental, en un lado de la boca. Duró medio segundo y la barba le tapó casi todo el movimiento. Pero la vi. Y pensé, sin saber muy bien por qué, que iba a estar bien.

Probablemente me iba a morir allí, comida por jabalíes o degollada por un Mackenzie. Pero algo dentro de mí, en alguna parte, se incorporó un poco y dijo eh, estoy aquí.

Y me la quedé escuchando un rato.

Fuera empezaba a salir el sol. Grian, pensé.

CAPÍTULO 4

El plan que no era un plan

Tardamos dos días en salir de la grieta. Dos días largos en los que aprendí que el aburrimiento medieval era una experiencia completamente nueva para mí.

En mi siglo, el aburrimiento se solucionaba con el móvil. Aquí, el aburrimiento se solucionaba mirando una pared de piedra y esperando a que pasara algo, y lo único que pasaba era que se te ocurrían cosas en las que llevabas años sin pensar.

El primer día pensé en mi abuela. La materna, la de Lugo, que murió cuando yo tenía nueve años. Me acordé del olor de su casa, una mezcla de leche caliente y de orujo, y de cómo me daba terrones de azúcar a escondidas cuando mi madre no miraba.

El segundo día pensé en cosas peores. En la última conversación con Marcos. En la cara de mi jefa cuando le pedí las vacaciones. En un paciente que se me murió en marzo, un hombre de cincuenta y dos años con un infarto, y al que no le sostuve la mano cuando se le fueron las constantes porque tenía las dos manos ocupadas haciendo otra cosa. Aquello me había perseguido durante semanas. Aquí me persiguió otra vez, con la misma intensidad.

Las cosas no resueltas no se quedan en tu siglo. Se vienen contigo.

También pensé, en momentos menos elevados, en mi cama. En mi cama concretamente, no en una cama en general. En el edredón nórdico que me había comprado en El Corte Inglés en octubre, en oferta. En la almohada viscoelástica. En lo que daría por meterme veinte minutos. También en una ducha caliente, larga, con un chorro a presión decente. Y en un café. Un café con leche, sin más, ni siquiera de los buenos, uno de máquina de gasolinera me valía.

Cailean no me ayudaba a distraerme porque Cailean apenas hablaba. Y cuando hablaba era en una lengua que yo no entendía. Lo cual reducía bastante las opciones.

Lo que sí hicimos los dos días fue lo siguiente.

Curarle. Le cambié el vendaje tres veces. La herida tenía buen aspecto, mejor del que yo esperaba; los bordes habían dejado de estar inflamados y empezaba a cerrarse de una manera sana. Le iba a quedar una cicatriz fea, pero estaba claro que no iba a ser la primera ni iba a destacar mucho en la colección.

Comer. Cailean me hizo entender, mediante una serie de gestos que en otro contexto habrían sido cómicos, que él podía intentar algo en el barranco. Salió al amanecer del segundo día contra mi opinión profesional. Yo negué con la cabeza, le toqué el vendaje, le señalé el suelo. Quédate. Él consideró el mensaje un segundo y salió igualmente, cojeando.

Volvió media hora después con dos conejos.

Levanté las cejas. Él levantó una trampa que se había hecho con un trozo de tela rota y una rama, con el aire de alguien que ha hecho esto desde los cinco años.

Los desolló. Yo lo miré porque no podía evitarlo. Soy enfermera, no tengo asco a la sangre, pero el proceso de un conejo entero a algo que pudiera comerse fue, debo reconocerlo, uno de los espectáculos antropológicos más impresionantes que había visto. Cailean lo hizo con dos movimientos. Le sacó la piel como quien le saca el calcetín a un niño.

Encendió un fuego pequeño, dentro de la grieta, en un agujero que cavó en el suelo para que el humo no se viera mucho desde fuera. Lo hizo con dos piedras y un puñado de musgo seco. Lo hizo en tres minutos. Yo había estado veinte la noche anterior intentando lo mismo y no había conseguido más que un poco de humo decepcionante.

Le di un golpecito en el brazo y le señalé el fuego. Después me señalé a mí y negué con la cabeza, indicando yo no sé.

Levantó las cejas un milímetro. Después se encogió de hombros, como si eso explicara alguna cosa muy obvia sobre las mujeres del sur.

Comimos conejo asado con las manos. Estaba bueno. Llevaba tanto sin comer comida de verdad que en cualquier otro contexto me habría parecido un manjar; aquí, con la sal que no tenía y la pimienta que tampoco, era simplemente algo caliente, salado de manera natural por la propia carne, y que me llenó el estómago por primera vez en lo que parecía una semana.

Cailean comió más despacio que yo. En mitad de la comida dijo algo y señaló mi brazo.

Me miré. Tenía un moratón enorme, morado y amarillo en los bordes, desde el codo hasta media muñeca. De la caída por la colina. No me dolía ya. Se me había olvidado que estaba ahí.

Me encogí de hombros. No es nada.

Señaló mi rodilla. El vaquero roto, la rodilla seca de sangre y costra.

Volví a encogerme de hombros.

Señaló su propio costado, vendado. Después me señaló a mí entera, con un gesto amplio. Después abrió las manos en el aire en una pregunta clara.

—Pues yo —dije—. Yo me curo a mí.

No me entendió las palabras, pero algo en mi cara debió de decirle suficiente, porque se levantó despacio, fue hasta el rincón donde teníamos el botiquín, y volvió con la povidona, la última gasa y el esparadrapo. Se sentó delante de mí.

Y me cogió la mano.

Con esa misma palma callosa de la primera mañana, pero esta vez no me apretaba. Me cogió la mano, le dio la vuelta, y se quedó mirando la palma arañada como si estuviera leyendo el mapa de algo.

—Cailean, no hace falta.

Levantó la vista. Me sostuvo la mirada un par de segundos. No respondió. No había nada que responder.

Limpió la palma con agua. Después con povidona, con muy poquita cantidad porque sabía perfectamente que era importante y que quedaba lo justo. Me la limpió alrededor con cuidado, sin tocar el centro. Me puso un trozo de gasa. La sujetó con un pedazo pequeño de esparadrapo.

Lo hizo bien. Lo hizo como si llevara haciéndolo toda la vida, y probablemente algo de eso había hecho toda la vida, sobre soldados, sobre amigos, sobre él mismo. Tenía las manos firmes, pero no rudas. Sabía dónde apretar y dónde no.

Yo me quedé quieta mientras él me trabajaba la palma. Quieta y sin hablar, que era una novedad importante. Me miré las manos. Tenía las uñas rotas. Una se me había arrancado entera. Los nudillos pelados.

Cuando terminó no me soltó la mano enseguida. La sostuvo un momento más, con el pulgar sobre la muñeca, como cuando tomas un pulso. Quizás eso fue exactamente lo que hizo.

Después la soltó.

—Tapadh leat —dije.

Lo dije mal. Lo había oído dos veces durante la mañana y lo dije como se me había quedado. Gracias, había deducido yo. Por el tono que ponía él al usarla.

Levantó las cejas. Algo se movió en su cara y asintió una sola vez.

* * *

Al tercer día decidimos salir. Mejor dicho: él decidió. Yo me adapté.

Llevaba unas horas más callado que de costumbre, lo cual era ya un nivel de silencio considerable. Se asomó por la grieta varias

veces. Olfateó el aire como un animal, lo hizo literalmente, levantando la cabeza y aspirando hondo. Volvió a entrar.

Cogió el bolígrafo del hotel, que ya había adoptado como herramienta normal sin preguntarse de dónde venía, y un trozo de cartón. Dibujó.

Dibujó una casa. Una casita simple, con tejado en pico, y dentro varios palitos que eran personas. Al lado de la casa, un círculo grande. Me señaló a mí y al círculo. Movió la mano del círculo a la casa.

Asentí.

Dibujó al lado un sol y una luna. Después otro sol y otra luna. Después un tercer sol. Tres días.

Eso lo entendí sin necesidad de más dibujo.

Le quité el bolígrafo de la mano. Dibujé los cuatro hombres a caballo. Me encogí de hombros, preguntando dónde estaban.

Cailean hizo una cara como si le hubiera pisado algo, y dibujó al lado un círculo con una equis encima. No. Después dibujó una flecha desde nuestra grieta saliendo en una dirección, otra flecha en otra dirección distinta, y los cuatro caballos por la segunda.

Asentí.

Dibujé después una flecha desde la grieta que no salía. Que se quedaba dentro. Me señalé a mí, le señalé a él, y junté los dedos índices dentro de la grieta dibujada. Aquí. Quedarnos.

Negó con la cabeza.

Se señaló el costado. Hizo un gesto a su alrededor que entendí como esto no aguanta. Después me señaló a mí y volvió a hacer el gesto, esta vez añadiendo algo. Ni tú.

Eso lo entendí sin necesidad de dibujo.

Recogimos. Recogimos era una palabra grande para lo poco que teníamos. Yo metí el botiquín en los bolsillos del abrigo y el móvil apagado. Cailean se ajustó la tela cuadriculada de manera que el

vendaje quedara bien sujeto sin presionar. Cogió un cuchillo que había sacado de algún sitio durante los dos días que llevábamos juntos y que yo, a estas alturas, había decidido no preguntarle de dónde había salido.

Salimos en silencio. Justo después del amanecer.

Hacía frío. Mucho. Yo iba con un abrigo que en Madrid me había parecido suficiente pero que en las Highlands era el equivalente a una camiseta mojada. Cailean me vio tiritando y, sin decir nada, se quitó una capa de tela que llevaba sobre los hombros, una especie de manta cuadriculada larga, y me la echó por encima.

Negué con la cabeza e incluso hice ademán de devolvérsela, pero me sostuvo la mano un segundo, apartándola, sin mirarme.

Empezamos a caminar.

* * *

Caminamos cuatro horas seguidas.

No hablamos. Yo porque no podía permitirme el aire; iba detrás de él, intentando seguirle el paso, y aunque él iba más despacio por la herida, seguía siendo un paso de hombre acostumbrado a moverse por terreno escocés desde los cinco años. Yo era una enfermera de Madrid que iba al gimnasio dos veces al mes en sus mejores semanas.

El paisaje era impresionante: colinas verdes oscuras, lagos pequeños de agua casi negra, brezo morado en zonas que parecían pintadas, y un cielo enorme, con tres tiempos meteorológicos distintos visibles al mismo tiempo. Llovía a la izquierda. Salía el sol a la derecha. Por delante, nubes bajas pegadas a las montañas.

Cailean caminaba con un ojo en el horizonte y otro en mí. Cada veinte o treinta minutos paraba sin previo aviso. Yo casi me chocaba con él. Él escuchaba. Olía. Volvía a caminar.

A media tarde paramos en un arroyo. Bebimos. Cailean sacó de un bolsillo interior de la tela algo que parecía carne seca, una tira larga y oscura. La partió en dos y me dio la mitad.

Hizo el gesto de animal con cuernos.

Asentí. Ciervo. Otra cosa que probar.

Estaba dura como una suela y tenía un sabor muy fuerte, ahumado, pero me llenó. Mastiqué un buen rato.

Cailean me miraba mientras yo masticaba. Tenía una sombra de algo en la cara, no exactamente preocupación, más bien valoración. Como si me estuviera calibrando.

Levanté las cejas. ¿Qué?

Negó con la cabeza y después dijo algo en gaélico. Tres frases. Habladas con tranquilidad.

—Cailean, ojalá supiese lo que me estás diciendo —dije, en español, porque era lo único que tenía y algo en mi voz le hizo apartar la vista.

Cuando creía que la conversación había terminado, me tendió la mano.

No era el gesto del corazón. Era otro. La mano abierta hacia mí, los dedos relajados, ofrecida como se ofrece la mano a alguien para ayudarla a levantarse.

Yo estaba sentada en una piedra. No necesitaba ayuda. Pero entendí que la mano no era para levantarme.

La cogí.

Era cálida. Grande. La piel áspera por el lado de la palma y suave por el dorso. Me apretó los dedos una vez, suave, y los soltó.

Dijo una palabra que sonó a vamos y nos levantamos.

* * *

Llegamos al alto de una colina al atardecer.

Cailean se detuvo en lo alto y miró hacia abajo. Yo llegué jadeando dos pasos por detrás y me detuve a su lado.

Abajo, en el valle, había humo. Varias columnas, finas, subiendo en línea recta. Una aldea. Una decena de casas bajas, con tejados

de paja, dispuestas alrededor de un edificio más grande de piedra. Había gente moviéndose entre las casas, pequeñas desde aquí, y caballos en un cercado.

Lo entendí. Cailean no se movió.

Me miró. Tenía la cara muy seria. Más que en los últimos dos días, en los que él, por defecto, había sido un hombre serio. Esta era otra cosa.

Dijo algo. Una frase corta y negué con la cabeza despacio.

Probó otra vez. Más despacio. Señalándose a sí mismo, señalándome a mí, señalando hacia abajo. Y haciendo después un gesto con las dos manos que yo no supe interpretar, pero que tenía el aire de cuidado.

—Vale —dije, aunque no me iba a entender—. Vale, cuidado.

Empezamos a bajar.

A medio camino, cuando ya se nos veía desde abajo, una figura grande salió de la casa más grande de piedra. Una mujer, por la silueta. Se quedó muy quieta mirándonos bajar. Después echó a correr hacia nosotros.

Cailean se paró en seco.

Murmuró algo. Una sola palabra. Y la dijo de una manera que me hizo entender que esa palabra cambiaba todo lo que yo me había imaginado en los últimos dos días.

La mujer ya estaba a treinta metros de nosotros. Veinte. Diez… Tenía el pelo rojo. Largo, suelto. Era joven. Era preciosa. Y corría hacia él con los brazos abiertos.

CAPÍTULO 5

La pelirroja

La mujer llegó a nosotros corriendo y se lanzó a los brazos de Cailean con tanta fuerza que casi lo tira al suelo. Él la abrazó con el brazo bueno y le dijo algo suave contra el pelo. Ella le contestó con la voz rota y le golpeó dos veces el pecho con el puño cerrado, como se golpea a alguien con el que estás muy enfadada por haberte hecho preocupar.

Yo me quedé tres pasos atrás. Aparté la vista hacia el valle, porque me pareció lo más educado. También porque no quería que se me viera la cara mientras procesaba lo que estaba pasando.

Yo no era nadie. Yo había pasado dos días en una grieta con un hombre al que había encontrado moribundo, eso era todo. Yo no le había hecho ningún tipo de pregunta personal, entre otras cosas porque no sabía hacerle preguntas en su idioma. El hombre podía tener mujer, hijos, suegros, perro y dos amantes en pueblos vecinos, y yo no tenía ningún derecho a sentir nada al respecto.

Miré una nube que se movía sobre el valle. Era una nube interesante. Tenía forma de algo.

—Es preciosa —dije, hacia la nube—. Me alegro mucho por ti, Cailean.

No me oyó porque seguían hablando. Ella le tocó la cara, le miró el corte de la ceja, le levantó un poco la tela para mirarle el costado y soltó una palabrota que sonó a palabrota incluso sin entenderla. Lo regañó. Cailean asintió, paciente, como un niño grande que sabe que se ha portado mal.

Entonces ella me vio.

Su cara cambió de manera muy interesante. Pasó por tres expresiones en menos de un segundo: sorpresa, evaluación, decisión. Lo último fue una sonrisa amplia, abierta, de las que se ofrecen cuando una mujer ha decidido que otra mujer no es enemiga hasta que se demuestre lo contrario.

Me extendió la mano.

—Fàilte —dijo.

—Aurora —contesté—. Soy Aurora.

—Aurora —repitió—. Eilidh.

—Eilidh.

Cailean dijo algo, presentándonos formalmente o intentando hacerlo. Habló rápido, señaló mi vendaje en la palma, después su costado, después miró a Eilidh con una cara que pedía que comprendiera. Eilidh me miró con renovado interés. Después dijo algo y se llevó la mano al pecho, igual que había hecho Cailean en la grieta el primer día.

Hice lo que pude con el gesto. Eilidh me cogió del brazo. Del brazo bueno, con cuidado, como si supiera ya que tenía el otro mal sin que se lo hubieran dicho. Tiró suavemente y empezamos a bajar los tres juntos. Yo entre los dos. Ella hablando sin parar con Cailean por encima de mi cabeza y Cailean contestando con monosílabos.

A los tres minutos de caminar, Eilidh giró la cara hacia mí y me dijo algo, sonriendo, señalándolo a él y después a sí misma.

—Piuthar.

—No te entiendo.

Lo dijo otra vez, más despacio.

—Piuthar —repitió, y se tocó el pecho. Después tocó a Cailean en el brazo—. Bràthair.

Volví a negar, esta vez con una sonrisa de derrota, las dos manos arriba.

Eilidh resopló de buen humor. Soltó mi brazo, juntó las palmas en un gesto de niños en hilera, después separó los dedos pulgar e índice en dos alturas, una más alta y otra más baja, y los señaló a los dos.

Ah.

Hermanos.

Tardé en procesarlo porque tardé en mirarla bien. Le miré el pelo rojo, la cara joven, los ojos del mismo gris que los de Cailean. Tenían la misma forma de boca. Cómo no me había dado cuenta. Eran iguales con varios años de diferencia y 50 kilos.

—Hermana —le dije, en español y Eilidh ladeó la cabeza, sin entender.

Junté las palmas otra vez, como ella había hecho, y la señalé a ella y después a Cailean.

Le brilló algo en la cara.

Algo en mi pecho, en el sitio donde se me había apretado todo hacía cinco minutos, hizo el ruido contrario.

Cailean caminaba a mi otro lado y, sin volver la cara, sin perder un paso, soltó una palabra muy corta en gaélico. No la entendí. Pero por el tono y por lo deprisa que apartó la vista cuando lo miré, le entendí lo suficiente.

Le di un golpecito en el brazo, sin mirarlo. Era el equivalente más cercano que tenía a cállate.

Eilidh nos miró a los dos con la cara de la persona que no entiende nada, pero intuye que hay subtexto. Sonrió otra vez. Era una sonrisa de hermana mayor, no de chica enamorada. La iba a empezar a querer en breve, lo veía venir.

* * *

La aldea era más grande vista desde dentro.

Había unas doce o quince casas, más algunas construcciones que no eran casas. Cobertizos, lo que parecía un horno comunitario, un

edificio bajo del que salía un olor fuerte y picante que decidí no investigar. Había niños. Eso me sorprendió, no debería haberme sorprendido, pero hasta ese momento yo solo había visto hombres armados y una sola mujer. Había niños corriendo entre las casas, perros pequeños siguiéndolos, gallinas, un par de cabras atadas a un palo. Olía a humo de chimenea, a animales, a comida que se estaba cocinando en algún sitio, a humanidad concentrada.

La gente se asomaba al vernos pasar.

Primero unos cuantos. Después más. Después casi todos. Se quedaban mirando con una mezcla de alivio (Cailean había vuelto) y curiosidad pura (Cailean había vuelto con eso).

Yo intenté pasar como una mujer normal, lo cual estaba lejos de ser posible. Llevaba un abrigo verde técnico, vaqueros, botas de senderismo, un coletero en la muñeca, y por encima de todo eso la capa cuadriculada que Cailean me había echado por los hombros y que me caía hasta media pierna. Estaba claro que era yo la que destacaba, no la capa. Me sentí como cuando vas a un bautizo vestida de viernes informal y tu suegra te ve entrar.

Una mujer mayor, bajita, salió de una de las casas y se vino directa a Cailean. Le tocó la cara con las dos manos. Le dijo algo. Le golpeó el pecho exactamente igual que había hecho Eilidh, lo cual indicaba que eso era un protocolo familiar. Después se giró hacia mí, me miró de arriba abajo durante un segundo muy largo, y dijo una palabra.

Eilidh se rio. Cailean cerró los ojos un momento como pidiendo paciencia.

Quise preguntar qué había dicho. No podía. Eilidh me cogió del brazo otra vez y me llevó. La mujer mayor se vino detrás. Y Cailean, sin yo poder evitarlo, fue arrastrado por dos hombres grandes que aparecieron de la nada hacia la casa de piedra. Le iban dando palmadas en la espalda y le hacían preguntas a las que él contestaba con cabeceos.

Me dejó sin despedirse.

A los dos minutos yo estaba dentro de una casa pequeña, con suelo de tierra y un fuego en el centro, rodeada de cuatro mujeres que tenían toda la intención de meterse en mi vida en los próximos cinco minutos.

* * *

Lo primero que hicieron fue quitarme el abrigo.

Eso no me lo esperaba. Eilidh me lo desabrochó como se le quita el abrigo a un niño, sin pedir permiso, con esa eficiencia que tiene la gente que tiene cosas que hacer. Me lo colgó de un clavo en la pared. Después una mujer mayor, no la de antes, otra, me tocó la manga del jersey con los dedos. Frotó la lana entre el índice y el pulgar.

—Mmmh.

Dijo algo a las otras. Las otras se acercaron. Me tocaron la manga también. Cuatro mujeres tocándome la manga de un jersey de H&M de hace tres temporadas.

—Es lana —dije, asintiendo, contenta de poder participar en algo.

No me entendieron, claro. Pero como yo tenía las manos en el jersey y ellas también, y la palabra lana tiene esa cosa onomatopéyica de las palabras de tela, una de ellas asintió como si lo hubiera pillado.

Me sentaron en un banco junto al fuego. Eilidh sacó un cuenco de algo caliente. Me lo puso en las manos. Yo lo miré. Tenía un color tirando a beige, espeso, con trozos. Olía a comida de verdad, calentita, con grasa y especias que llevaban siglos en la tierra y a las que mi nariz reconocía sin saber por qué.

Asentí dos veces, todo lo que entendía por gracias en ese momento.

Probé. Estaba buenísimo. Era una especie de potaje, con cebada y carne deshilachada y algo verde, y me entró por la garganta como una bendición.

—Math —dije, recordando la palabra de la barrita.

Las cuatro mujeres se rieron. Pero se rieron amablemente, como ríen las mujeres cuando una extranjera intenta decir algo en su idioma y casi lo consigue.

—Math, math —repitió Eilidh, asintiendo, y dijo algo a las otras que las hizo reír más fuerte.

Mientras comía me observaron en silencio. No incómodo. Concentrado. Como cuando vas a un veterinario nuevo y el veterinario evalúa a tu perro antes de tocarlo.

La mujer mayor que me había tocado la manga se acercó y me cogió un mechón de pelo. Lo miró. Lo soltó. Dijo algo.

Pasé el mechón entre mis dedos imitándola, asintiendo. Negro. Largo. Sí, qué descubrimiento.

Me señaló los ojos.

Me señalé los ojos también, le devolví el gesto.

Me señaló las manos. Las miró. Me cogió la mano del esparadrapo con cuidado y la levantó hacia la luz del fuego. Le dio la vuelta. Pasó el pulgar por mi palma, donde no había nada. Ni callos, ni durezas, ni marcas. Las uñas que habían estado pintadas hasta hacía una semana. Los dedos delgados.

Dijo una palabra. Lo dijo sin acritud, pero sin elogio.

Las manos de Eilidh, en comparación, tenían el dorso ancho, las palmas rojas, una pequeña quemadura blanca en el pulgar de algo que probablemente había sido un caldero.

Me solté de la mujer mayor con cuidado. Me toqué el pecho. Después miré alrededor buscando con qué explicarme. Cogí del banco el cuenco de potaje vacío y lo dejé en el suelo. Lo señalé como diciendo eso no. Después fingí limpiar una herida en el aire, vendarla, ponerle un parche.

Eilidh entendió antes que las otras.

—Cailean? You… heal?

Asentí.

Levanté las manos, mis manos sin callos. Las moví como diciendo estas. Sí.

Eilidh tradujo a las otras. Las otras se volvieron a mirar entre sí. La mujer mayor levantó las cejas.

Y entonces, sin previo aviso, me cogió de la muñeca.

No fuerte. Firme. Y tiró de mí. Me hizo levantarme del banco. Eilidh se levantó también, con cara de no entender muy bien qué estaba pasando, pero dispuesta a seguir.

Salimos de la casa.

* * *

Me llevaron a otra casa, dos puertas más allá.

Dentro había una niña pequeña, de unos cuatro o cinco años, tumbada en una cama estrecha. La madre estaba arrodillada al lado. Cuando entramos, la madre levantó la cabeza con los ojos rojos.

La mujer mayor dijo algo. La madre me miró. Negó con la cabeza, dijo algo a la mujer mayor, y volvió a mirar a su hija.

La mujer mayor le contestó con voz firme. Era claramente una autoridad. Curandera del clan, probablemente. La mujer que sabía de plantas y de fiebres.

La madre me miró otra vez. Después se apartó.

Me acerqué a la cama.

La niña tenía fiebre alta. Lo vi antes de tocarla. Tenía las mejillas encendidas, los labios secos y agrietados, los ojos entrecerrados. Respiraba rápido y poco profundo. Le puse la mano en la frente. Ardía. Le puse dos dedos en el cuello, le tomé el pulso. Demasiado rápido.

Le bajé un poco la manta. Le levanté el camisón. Le miré el pecho, el abdomen, las axilas, las ingles, buscando algo concreto.

Lo encontré en el cuello, debajo de la oreja. Un bulto duro, hinchado, del tamaño de una nuez pequeña. Lo toqué con cuidado. La niña gimió y giró la cara, débilmente.

Un ganglio inflamado. Que con esta fiebre, este pulso y esta deshidratación significaba infección. Bacteriana. Probablemente.

Levanté la cabeza y miré a la mujer mayor. Levanté tres dedos en el aire y los señalé con las cejas arriba.

La mujer mayor entendió la pregunta sin necesidad de Eilidh. Levantó tres dedos también.

No dije nada. Era lo que tenía que hacer, no porque entendiera lo que iba a hacer yo.

Porque sí, era una infección. Era una infección que en mi siglo se trataba con dos pastillas cada doce horas, y en setenta y dos horas la niña estaba en pie. En este siglo se trataba con suerte y con plantas que yo no conocía.

Recordé mi antibiótico de emergencia, esa pomada que un farmacéutico me había vendido para una quemadura del verano pasado, sin abrir, en el bolsillo interior del abrigo. Era una crema, no eran pastillas. No servía para una infección interna. Servía para heridas tópicas.

Salvo que.

Salvo que yo recordaba, de un curso de heridas crónicas que había hecho hacía dos años, que ciertos tipos de pomadas antibióticas podían tener un uso fuera del prospecto en casos de absceso superficial si se hacía un drenaje.

Si yo drenaba ese ganglio. Si yo abría ese bulto del cuello de la niña con algo afilado, sacaba lo que tuviera que salir, y aplicaba la pomada por dentro… Era una idea terrible. Era una idea que en mi hospital me costaría la carrera profesional. Era una idea que requería instrumental que no tenía, anestesia que tampoco tenía, y la calma absoluta de una niña de cuatro años que estaba consciente y aterrorizada.

Era también la única que tenía.

Me incorporé.

Miré a la mujer mayor. Señalé el fuego. Junté las manos en cuenco. Hice el gesto de verter.

—Uisge —dije, usando la única palabra que sabía para agua.

Le caí más simpática de golpe. La mujer mayor dijo algo a una de las otras, que salió.

Saqué el abrigo del clavo y lo zarandeé hasta que noté el peso del botiquín en el bolsillo interior. Eso lo saqué a la vista. Eilidh siguió mis manos con la mirada.

Después señalé a la madre. Señalé la puerta. Moví la mano hacia fuera con suavidad. Negué con la cabeza.

Eilidh frunció el ceño. Repetí el gesto. La madre, sin que nadie le tradujera, lo entendió perfectamente, porque las madres entienden cuándo las están echando aunque sea por su bien. Empezó a protestar. Eilidh le puso la mano en el brazo y le habló bajito.

La madre salió llorando.

Lo último era Cailean. Dije su nombre. Señalé el suelo a mi lado, después la puerta, después junté el índice y el pulgar muy pegados. Aquí. Ya.

Esta vez Eilidh entendió sin problema y salió corriendo.

La mujer mayor me sostuvo la mirada un instante muy largo. Después asintió una sola vez, salió por la puerta gritando órdenes y, fuera, oí cómo la aldea entera empezaba a moverse.

También escuché la palabra bana-bhuidseach.

Bruja.

La dijeron bajo, como si el miedo creciera más cuando se pronunciaba fuerte.

CAPÍTULO 6

La hija de Mòrag

Cailean no vino enseguida.

Esperé arrodillada al lado de la cama de la niña, midiéndole el pulso cada dos minutos con dos dedos en el cuello. Eilidh había salido a buscarlo. Llevaba fuera siete minutos. Diez. La niña respiraba cada vez peor. La madre, a pesar de las indicaciones, había vuelto a entrar y se había quedado en una esquina de la habitación. Lo único bueno era que no se había movido de ahí. Me observaba con una mezcla de odio y de esperanza que era posiblemente la combinación más difícil de soportar que he visto en mi vida.

La mujer mayor, la curandera, también seguía dentro. Había vuelto con el agua hirviendo y mi botiquín del abrigo y se había sentado en un taburete bajo, callada, en una postura tensa.

No me ayudaba. Eso me llamó la atención. Una curandera local debería estar acercándome cosas, sosteniéndome el agua, tratando de entender lo que quisiera pedir. Esta no. Esta estaba quieta, como esperando algo, y no era a mí a quien estaba esperando.

La puerta se abrió y Cailean entró con Eilidh detrás. No venía solo. Detrás de Eilidh venía un hombre mayor, alto, con barba blanca y la misma tela cuadriculada que Cailean, pero ajustada al cuerpo con un broche grande. Llevaba una espada al cinto. Tenía los ojos del color del hielo y la cara de un hombre que no sonríe por sistema.

Detrás del hombre mayor venían otros dos. Más jóvenes. Armados también.

La habitación, que ya era pequeña, se llenó.

Cailean se acercó a mí. Tenía la cara muy seria. No la cara de la grieta. Otra. Una cara que no le había visto y que pertenecía

claramente a la persona que era él en esta aldea, no a la persona que era él conmigo.

Dijo algo a los otros, hacia la cama, presentando la situación. Después se giró hacia mí.

Levanté las manos, las separé en el aire trazando un cuello. Después junté los dos puños contra el bulto invisible que tenía la niña en el suyo y los abrí de golpe, como algo que estalla.

Cailean entendió. Yo creo que entendió. Pero el hombre de la barba blanca no, y el hombre de la barba blanca era el que importaba.

Cailean se volvió hacia él y habló rápido. Habló durante medio minuto largo, señalándome a mí, después a su propio costado, después a la niña. El hombre escuchó sin moverse. Cuando terminó, el hombre hizo una pregunta corta.

Cailean tradujo lo que pudo, mirándome.

—Who you are.

—Aurora.

—No. Who you.

Entendí. Quería saber qué clase de persona era, no mi nombre.

Hice el gesto de mi oficio. Mano sobre frente para tomar fiebre. Dedos sobre cuello para pulso. Trabajé un vendaje invisible alrededor de mi propio brazo. Después miré a Cailean y le señalé el costado vendado.

Cailean se lo confirmó con dos frases. El hombre mayor me miró durante otro segundo muy largo, después asintió una sola vez.

La mujer mayor del taburete habló entonces. Habló rápido, con la entonación de la persona que lleva veinte minutos esperando turno y por fin se lo dan. Lo que dijo fue largo. Era una protesta. Era claramente una protesta porque señaló a la niña, después a sí misma, después a mí, y la palabra que repitió tres veces fue una que no necesitaba traducción.

El hombre mayor la escuchó hasta el final. Después dijo dos palabras.

La curandera bajó la cabeza, pero no se calló del todo. Murmuró algo entre dientes que sonó a maldición.

Cailean se inclinó un poco hacia mí. Habló bajo, en su inglés roto.

—Mòrag —dijo, señalando a la curandera con la barbilla—. Child... sister of her.

Tardé un segundo.

—¿La niña es sobrina suya?

—Yes.

Vale. Genial. La niña era sobrina de la curandera. La curandera había estado tres días intentando salvarla con lo que sabía y no lo había conseguido. Y ahora yo entraba, una extranjera vestida de forma extraña, con un tubo de algo que ella no podía identificar, y le proponía abrir el cuello de su sobrina con un objeto afilado.

Entendí su rabia entera. La habría tenido yo.

Mòrag levantó la cabeza. Me miró durante un momento muy largo, evaluando si yo le estaba ofreciendo algo de verdad o si era una manera elegante de quitarle la cara delante del jefe.

No le dije nada. Le sostuve la mirada.

Asintió. Una vez. Mínimo.

Se levantó del taburete.

El hombre mayor hizo un gesto con la mano. Los dos hombres armados que habían entrado con él salieron por la puerta. Él se quedó.

A la madre de la niña la sacaron también, suavemente, porque el jefe le habló con cariño y ella obedeció llorando.

Quedamos dentro Cailean, Eilidh, Mòrag, el jefe y yo.

Y la niña.

Le había hecho a Eilidh los gestos para que me trajera lo que necesitaba durante los siete minutos largos que Cailean había tardado en aparecer. Tenía sobre el cofre de madera al pie de la cama: agua hirviendo en un cuenco grande, un cuchillo pequeño que Eilidh había sacado de la cocina, paños limpios y mi minúsculo botiquín abierto.

Me lavé las manos en otro cuenco de agua templada, con jabón de aspecto extraño que Eilidh me trajo. Lo froté despacio, con intención, hasta los codos. Entre los dedos, los nudillos, las muñecas. Me sequé con un paño limpio.

Cailean me miraba sin entender por qué tardaba tanto en lavarme.

Después señalé el cuenco. Señalé a Cailean. Señalé a Mòrag.

Cailean frunció el ceño.

Repetí. Cuenco. Él. Mòrag. Sin moverme del sitio.

—Now —dije, porque la palabra la sabía.

Cailean miró el cuenco. Miró a la niña en la cama. Su cara no dijo nada útil, que era lo que hacía cuando había demasiadas cosas pasando dentro. Después se acercó al cuenco y metió las manos.

Mòrag no se movió hasta que Cailean terminó. Entonces se acercó ella. Se las lavó imitándome, hasta los codos, sin que yo se lo pidiera dos veces. No le gustaba hacerlo. Se notaba. Pero lo hizo.

El jefe, en su rincón, observaba todo.

Saqué el cuchillo del agua hirviendo con dos paños limpios, sin tocarlo con los dedos. Lo dejé sobre un paño abierto. Saqué con el otro paño una aguja de coser que Eilidh me había traído. La metí también en el agua hirviendo y la dejé hervir otro minuto.

Cogí las manos de Cailean. Las puse a cada lado de la cabeza de la niña, con la presión justa para sujetarla sin asfixiarla. Le aguanté el gesto un segundo más para que entendiera que eso era exactamente lo que quería de él, ni más fuerte, ni más flojo.

Asintió.

Después miré a Mòrag. Le señalé los hombros de la niña y mis propias manos contra el colchón. Mòrag entendió y se colocó.

Nos colocamos. Cailean a la cabeza. Mòrag a un lado. Yo al otro lado, sobre la niña, con el cuchillo en la mano derecha y los dedos de la izquierda palpando el bulto del cuello.

La niña, en algún sitio dentro de su fiebre, abrió los ojos un momento y me miró.

—Hola, cariño —le dije, en español, porque me salió—. Cierra los ojos si quieres.

No entendió, pero algo en el tono, o en mi cara, o en la mano de Mòrag, que era de su tía y que en ese momento la sujetaba sin temblar, la hizo cerrar los ojos.

Encontré el centro del bulto con los dedos. Apreté un poco. Estaba fluctuante. Tenía pus dentro.

Le hice un gesto a Cailean para que supiera que había llegado el momento y en cuando asintió, corté.

Fue un corte pequeño, exacto, de medio centímetro. La niña dio un grito desgarrador y se intentó mover. Cailean la sujetó más fuerte. Mòrag le aguantó los hombros. Yo apreté el bulto desde abajo con la palma de la mano izquierda, hacia arriba, vaciándolo.

Salió pus amarillento y sangre mezclada. Mucho. Más de lo que esperaba. El olor era el que conocía. Un alivio profesional me recorrió en el momento exacto en que más concentrada estaba.

Limpié con un paño esterilizado. Volví a apretar. Salió más, esta vez menos espeso. Limpié otra vez.

La niña se había puesto a llorar de manera continua, agotada, sin fuerzas para gritar.

Apreté por última vez. Salió ya solo un líquido claro con hilos de sangre. Limpio. Vacío.

Cogí el tubo de pomada antibiótica. Apreté una cantidad pequeña sobre el corte y la introduje un poco con la punta del dedo. Pomada por dentro, pomada por fuera.

Tapé con un paño limpio.

Me incorporé. Tenía las manos llenas de sangre y de pus y de la transpiración que se me había bajado por la frente sin que yo me hubiera dado cuenta.

Cailean dejó de sujetar a la niña. Mòrag también.

La niña, agotada, cerró los ojos del todo y se quedó dormida casi inmediatamente. Le tomé el pulso. Seguía rápido. Pero ya no acelerado de la misma manera. Era el pulso de un cuerpo agotado, no de un cuerpo en sepsis.

Le hice a Eilidh el gesto de beber, señalando a la niña. Eilidh salió.

Volví la cabeza hacia el jefe del clan, que seguía en su rincón sin haberse movido durante toda la operación y me sostuvo la mirada.

No sonrió. No habló. No hizo ningún gesto, solo salió de la habitación.

Salí de la casa cinco minutos después.

Necesitaba aire.

Fuera era casi de noche. La aldea seguía despierta. Había gente esperando a que saliera alguien con noticias. Cuando me vieron, se hizo una quietud completa. Como cuando entras en una clase de niños y todos paran a la vez.

Eilidh salió detrás de mí. Dijo una sola palabra a la gente que esperaba. Los aldeanos rompieron en murmullos.

Me alejé. No mucho. Lo justo para llegar al cercado de las cabras y apoyarme en la valla. Necesitaba estar quieta sin que me mirase nadie.

Las cabras me miraron, eso sí, pero las cabras no cuentan.

Y entonces, sin previo aviso, me empezaron a temblar las manos.

Me las miré. Temblaban como tiemblan las manos de alguien que acaba de soltar un peso muy grande y le viene de golpe todo lo que

no se había permitido sentir. No era frío. No era miedo. Era la descarga.

Me agarré a la valla con las dos manos. Me agaché y apoyé la frente en la madera.

No lloré. Eso me sorprendió. Llevaba dos días llorando por todo y ahora, después de hacer la cosa más arriesgada de mi vida profesional con un cuchillo de cocina hervido y un tubo de Bactroban caducado, no me salía una lágrima.

Solo el temblor.

Me quedé así un rato. No sé cuánto. Cinco minutos, diez. Hasta que el temblor se fue como se va una marea pequeña, dejando solo un cansancio espeso por todo el cuerpo.

Cuando levanté la cabeza, Cailean estaba a tres metros de mí, mirándome. No sé cuánto llevaba ahí. No me había hecho notar su llegada.

Se acercó, quedándose a un metro. No me tocó.

Habló en gaélico. Despacio. Cinco o seis palabras.

No entendí nada. Y por el tono no eran palabras de felicitación. Eran palabras de algo más complicado.

Levanté las cejas. ¿Qué?

Cailean miró al suelo un momento. Después levantó una mano y la movió despacio en el aire, horizontal, como quien aplana algo.

—Stay —dijo.

—¿Me quedo?

Asintió.

Levanté tres dedos y las cejas.

Negó con la cabeza. Hizo el gesto de aplazar con la mano y señaló hacia la casa grande de piedra, la del jefe.

Eso lo entendí.

El jefe decidía.

—Vale.

Cailean no se movió.

Algo cruzó su cara que no era exactamente incomodidad sino algo más cercano al peso de quien sabe algo que no quiere decir.

Sacó el cuchillo del cinto. Lo sostuvo un momento. Después lo volvió a guardar.

Yo me quedé mirando el cinto donde había vuelto el cuchillo.

—Ah —dije.

Buscó la palabra. No la encontró en inglés. Probó otra cosa.

—Bean-shìth —dijo, y al ver que no me llegaba—. Witch.

Esa palabra sí la conocía.

—Bruja.

Asintió.

Me eché a reír. Una risa corta, sin alegría, que sonó rara saliendo de mi garganta.

—Lógico. Llego de la nada, vestida raro, hablando raro, con cosas raras, y la primera vez que abro la boca propongo cortarle el cuello a una niña. Yo también pensaría que soy bruja. Es la opción más razonable, en realidad.

Cailean no se rio.

—Aurora —dijo.

Era la primera vez que decía mi nombre desde la grieta. Lo dijo entero. La erre redonda, sin arrastrarla como otras veces.

—¿Qué?

Hizo un gesto. Un gesto muy concreto. Llevó la mano al cuello con dos dedos, abriéndolos y juntándolos, como una soga.

Me quedé mirándolo.

Después abrió la mano. La cerró. La abrió otra vez con los dedos rectos en el aire, encendidos.

Fuego.

—¿Me quemarían? —dije, en voz baja.

Probablemente no entendió la palabra exacta. Entendió la frase.

Asintió.

Asintió y se quedó mirándome con esa cara suya que no era exactamente preocupación sino algo más áspero, algo que tenía que ver con la información que estaba dándome y con su incapacidad para protegerme de esa información.

Yo me agarré otra vez a la valla.

Esta vez no tembló nada. Esta vez se quedó todo muy quieto por dentro, en un sitio frío que conocía bien de las noches malas en urgencias.

—Bueno —dije al cabo de un momento—. Bueno.

—Aurora...

—Estoy bien.

No estaba bien.

Cailean dio un paso. Levantó la mano. La dejó a medio camino, sin tocarme, como si se lo hubiera pensado mejor. La bajó.

Señaló hacia la casa grande del jefe. Después juntó las palmas a un lado de la cara, en gesto de dormir, y movió la mano otra vez aplanándola en el aire.

—Tomorrow —dijo.

—Mañana decide.

—Yes.

—¿Y tú?

Tardó un momento en contestar.

Levantó dos dedos. Los señaló a sí mismo. Después al jefe imaginario, en la dirección de la casa de piedra. Hizo un gesto de inferioridad, los dos dedos por debajo de otra mano abierta.

—Mac... bràthair. Nephew.

—Sobrino.

Asintió.

—Pero no eres tú.

Negó con la cabeza.

Me aparté de la valla. Las cabras seguían mirándome, ofendidas por algo que no era mío.

—Vale —dije.

Pasé por delante de él. No le miré. Caminé hacia la casa de Eilidh con un paso que intentaba ser firme.

A medio camino, sin volverme, dije en voz alta y en español:

—Si me condenan, no quiero que vengas a despedirte. No me sirve. Y a ti tampoco te va a servir.

No me entendió. Y no me importó. Lo había dicho para mí.

Entré en casa de Eilidh.

Ella ya tenía preparado un jergón en el suelo, junto al fuego. Estaba sentada en el banco esperándome. Cuando me vio entrar se levantó. Me miró la cara. Miró mis manos, que seguían con rastros de sangre seca entre los dedos aunque me las había limpiado. Se acercó despacio y me puso una mano en el hombro, torpe, con la rigidez de alguien que no sabe si tiene permiso.

Yo no me moví. No me salió ni acercarme ni apartarme. Me quedé quieta con su mano en el hombro, mirando el fuego, y se me cayeron dos lágrimas que no tenían ningún sitio mejor donde caer, mientras fuera, en la noche de las Highlands, alguien empezaba a cantar algo lento y triste en una lengua que no era la mía y que no sería nunca la mía aunque viviera ahí cien años.

CAPÍTULO 7

Flores de muerto

Me desperté antes del amanecer con la espalda destrozada.

El jergón de Eilidh era paja prensada con algo dentro que no era exactamente cómodo y que crujía cada vez que me movía. Había dormido cuatro horas seguidas, lo cual en las circunstancias era un milagro, y me había despertado con la cara pegada a algo que esperaba que fuera lana y que olía a lana, así que bien.

Eilidh dormía en su cama, de espaldas a mí, respirando hondo.

Me quedé mirando el techo un momento. El fuego se había reducido a brasas y daba una luz rojiza y baja que hacía que todo pareciera menos real de lo que era.

Me levanté.

* * *

Fuera hacía un frío seco que entraba por la nariz. El cielo estaba despejando por el oeste, con las últimas estrellas todavía ahí, y hacia el este había una línea muy fina de color entre las montañas. Preciosa.

La aldea dormía. Había un perro tumbado delante de una puerta que me miró sin moverse y dos cabras en el cercado.

Fui a ver a la niña.

La madre estaba despierta, sentada al lado de la cama. Cuando entré levantó la cabeza con una cara que en cualquier idioma significaba lo mismo: ¿cómo está?

Me acerqué. Le puse la mano en la frente a la niña. Menos caliente. Claramente menos. Le tomé el pulso. Más lento, más

regular. Dormía con la boca cerrada y la respiración tranquila.

Levanté la vista hacia la madre y asentí.

La madre cerró los ojos. Solo eso. Los cerró y se quedó quieta unos segundos con las manos apretadas en el regazo.

No me dijo nada. No me tocó. Cuando abrió los ojos me miró de una manera que no necesitaba traducción y salí.

* * *

El problema de la pomada era real.

Quedaba para una aplicación más, dos si era muy cuidadosa. Después de eso no tenía nada. Y la niña necesitaba al menos tres días más de tratamiento para que la infección no volviera.

En urgencias habría pedido amoxicilina y asunto resuelto. Aquí tenía que pensar en lo que había. En lo que crecía.

Había visto algo el día anterior, caminando desde la colina hasta la aldea, en un tramo húmedo junto a un arroyo. Tallos finos, hojas plumosas, flores blancas en cabezuela plana. Lo había reconocido sin detenerme porque iba caminando detrás de Cailean intentando no quedarme atrás. Achillea millefolium. Milenrama. La había visto en un póster de fitoterapia que llevaba años colgado en la sala de descanso de urgencias y que nadie leía excepto yo, en las noches largas de invierno.

Propiedades antisépticas. Cicatrizante. Usada en heridas desde los griegos. Desde antes de los griegos, probablemente.

No era mi Bactroban. Pero era algo.

Salí de la aldea antes de que nadie se levantara, siguiendo el camino que llevaba al arroyo. Encontré la planta donde la recordaba, en una mata grande junto a las piedras del agua. La reconocí bien: las flores blancas, las hojas finamente divididas, el olor característico cuando rompí una hoja entre los dedos. Aromático, un poco amargo.

Corté varios tallos con las tijeras del botiquín. Los suficientes para varios días de cataplasmas.

Volví a la aldea con los tallos en la mano, satisfecha con la solución, pensando ya en cómo prepararlos, en qué proporciones, en cómo explicarle a Mòrag lo que quería hacer para que no me los tirara a la cara.

Mòrag me estaba esperando en la entrada.

No era casualidad. Llevaba ahí el tiempo suficiente para tener los brazos cruzados y la mandíbula apretada de esa manera específica que tienen las personas que han estado ensayando mentalmente lo que van a decir.

Me vio llegar. Vio los tallos.

Y su cara cambió de una manera que yo no entendí, pero que me hizo parar en seco.

Dijo algo. Una sola frase, corta, con una palabra que repitió dos veces.

Yo levanté los tallos hacia ella. Los miré también. Flores blancas, tallos verdes, perfectamente normales.

Hice el gesto de aplicar algo sobre el cuello, después señalé a la casa de la niña.

Mòrag no miró el gesto. Me miraba a mí. Dijo algo más, más largo, y esta vez el tono tenía una cualidad distinta que me recordó al tono que usaba mi abuela cuando alguien hacía algo que no se hacía.

Una mujer que pasaba por allí con un cubo se paró. Miró los tallos. Dijo algo a Mòrag. Mòrag le contestó. La mujer me miró a mí con una expresión que no era exactamente miedo pero que se le acercaba, y siguió andando un poco más rápido.

Otro hombre salió de una casa, vio los tallos, y entró otra vez.

Mòrag alargó la mano. No para coger los tallos. Para señalarlos, con un dedo extendido, sin tocarlos. Después se llevó la misma mano al pecho, cruzó el brazo sobre sí misma, y dejó caer la cabeza hacia un lado un segundo.

Lo hizo deprisa. Como quien escupe.

Lo entendí enseguida y no quise entenderlo.

* * *

Eilidh me encontró diez minutos después, sentada en el banco de fuera de su casa con los tallos en el regazo.

Se sentó a mi lado sin decir nada.

Miró los tallos. Frunció el ceño. Los miró otra vez. Y entonces hizo el mismo gesto que Mòrag había hecho, pero entero esta vez, despacio: cruzó los brazos sobre el pecho, cerró los ojos, inclinó la cabeza.

El gesto universal de muerto.

Achillea millefolium. Milenrama. Antiséptica, cicatrizante, usada desde los griegos. Y aparentemente usada también aquí para algo que tenía que ver con los muertos. Un rito funerario, probablemente. Una planta de duelo.

Y yo había entrado al poblado con un manojo en la mano el día que el jefe decidía si me ahorcaban.

—Perfecto —dije—. Perfecto, Aurora. Diez sobre diez.

Eilidh me puso la mano en el brazo un momento. Breve. Después la quitó.

Me levanté. Tiré los tallos al suelo. Los miré un segundo más, pensando en la niña y en sus tres días de infección y en lo que iba a hacer sin antiséptico, y después los pisé y entré en la casa.

* * *

Cailean no apareció en toda la mañana.

Eso lo supe porque no hice otra cosa que estar pendiente de si aparecía, lo cual era exactamente el tipo de comportamiento que me habría criticado en cualquier otra persona. Cada vez que se abría una puerta miraba. Cada vez que oía pasos miraba.

Eilidh me trajo un cuenco con algo caliente al mediodía. Lo dejó delante de mí. Yo no lo toqué.

Eilidh empujó el cuenco hacia mí dos centímetros.

Yo lo empujé de vuelta.

Eilidh lo empujó otra vez, esta vez con una cara que no admitía negociación.

Lo empujé otra vez. Ella lo empujó más fuerte. El cuenco derramó un poco por el borde y las dos nos quedamos mirándolo. Después Eilidh me miró con una expresión que era básicamente no me hagas esto, y ya por lástima, cogí la cuchara y comí.

Estaba bueno. No importaba que estuviera bueno. Lo comí mirando la puerta.

* * *

Cailean llegó cuando yo había decidido que no iba a seguir esperando.

Entró sin llamar, que supuse que era lo normal. Tenía la cara de haber estado haciendo algo durante horas que no había sido fácil, y llevaba el pelo suelto, que antes llevaba recogido, lo cual significaba que algo en las últimas horas había sido lo suficientemente físico como para deshacerle lo que llevara.

Me levanté.

Él me miró. Miró a Eilidh. Le dijo algo a su hermana. Eilidh cogió su capa del clavo y salió sin mirarme, lo cual no era buena señal o era muy buena señal y no sabía distinguirlas.

Nos quedamos solos y levanté las cejas en modo: ¿Y bien?

Cailean se acercó al fuego. Se quedó de pie delante de las brasas, de espaldas a mí, calentándose las manos. No contestó enseguida.

Levantó una mano por encima del hombro. Espera.

Esperé. Diez segundos. Veinte.

Se giró.

—You stay.

Solté el aire.

—But... —Levantó dos dedos.

—Dos condiciones.

Asintió, aunque no sé si por la palabra o por el tono. Por la palabra, probablemente. Two era casi dos.

Señaló hacia la casa de Mòrag. Después juntó sus dos manos, abriendo y cerrando los dedos al mismo tiempo. Juntas.

—Trabajar con Mòrag.

—Yes.

—¿Ella sabe eso?

Por la cara que puso, deduje que Mòrag lo sabía y que la conversación había sido parte de lo que le había ocupado la mañana.

Levantó el segundo dedo. Dudó. Esta era la condición complicada, lo supe antes de que la formulara.

Señaló hacia la puerta. Señaló hacia fuera. Después negó con la cabeza y movió la mano en horizontal, en gesto de lejos no. Después se señaló a sí mismo, después a Eilidh imaginaria a un lado, y otra vez la puerta.

—¿No puedo salir sola?

Asintió a algo en mi cara.

—Necesito a alguien conmigo —traduje en voz alta.

Asintió otra vez.

—¿Quién?

Cailean no contestó. Pero tampoco apartó los ojos de mí.

—Ah —dije.

Silencio.

Levanté la mano abierta y la cerré varias veces preguntando ¿cuánto tiempo?. Levanté las cejas.

Cailean se encogió de hombros.

Me senté en el banco y miré el fuego un momento.

—Cailean —dije, sin mirarle y busqué la forma de preguntarle si me iban a condenar.

—Not know —dijo al final.

—Pero era posible...

Me quedé callada un rato. Él se quedó de pie. Ninguno de los dos habló y no fue un silencio incómodo sino uno de esos que se instalan solos cuando dos personas han estado en tensión mucho tiempo y de repente la tensión cede un poco y el cuerpo no sabe qué hacer con el espacio que queda.

Después me acordé de algo.

Me levanté. Fui hasta la puerta, la abrí, señalé hacia donde había dejado los tallos en el suelo. Seguían ahí.

—Las flores —dije.

Cailean miró los tallos desde la puerta. Y algo en su cara cambió. Una cosa pequeña, rápida, que no llegué a leer del todo.

—For dead —dijo.

—Ya sé que son para los muertos aquí. ¿Por qué?

Buscó las palabras durante un momento.

—Women put on body. —Se llevó la mano al costado, justo donde tenía su herida vendada—. When man die. Battle. —Pausa—. MacRae men.

Las pongo sobre los nuestros, leí.

Me quedé mirando los tallos en el suelo.

—Y yo entré al poblado con un ramo el día que el jefe decidía si me mataba...

Me eché a reír. No pude evitarlo. Fue una risa corta, sin demasiada alegría, de las que salen cuando la alternativa es ponerse a llorar y ya has llorado suficiente.

Cailean no se rio. Pero algo alrededor de su boca se movió un milímetro.

—Oye —dije, cuando se me pasó—. Las flores. ¿Tú lo sabías?

Me miró. Levanté las cejas y señalé el suelo, hacia los tallos pisados, después hacia él. ¿Antes? ¿Sabías?

Cerró los ojos. Apoyó la mejilla en la mano derecha y la inclinó. Dormía.

Entrecerré los ojos. Señalé hacia él otra vez, después aparté la mano de la mejilla en el aire. ¿Y si no hubieras estado dormido?

Una pausa larga. Demasiado larga para ser inocente.

Levantó una mano y movió los dedos en el aire, indecisos. Puede.

Le miré.

Volvió a hacer el mismo gesto, igual de despacio, sin apartar los ojos de los míos. Y esta vez sí que había algo en su cara que en otro hombre habría llamado humor.

Me guardé eso para pensarlo más tarde, cuando estuviera sola.

* * *

Por la tarde fui a ver a la niña con Mòrag.

No fue agradable. Mòrag entró primera, me dejó la puerta en la cara sin querer o queriéndolo, y cuando entré yo ya estaba arrodillada al lado de la cama revisando el vendaje con una competencia que no necesitaba mi ayuda para nada.

Me quedé de pie. La observé trabajar. Tenía las manos rápidas y seguras, sabía exactamente cómo levantar el paño sin arrancar la costra nueva, sabía cómo limpiar los bordes. Lo que no sabía era lo que había dentro del corte ni por qué estaba funcionando. Para ella era magia de una extranjera. Para mí era bacteriología básica.

Saqué la pomada. Le ofrecí el tubo.

Mòrag lo miró. No lo cogió.

Puse un poco en mi dedo. Se lo mostré. Señalé el corte.

Mòrag me miró a mí. Miró el tubo. Miró el corte.

Extendió la mano.

Le puse el tubo en la palma. Lo olió. Lo apretó un poco, vio salir la pomada, la olió también. Después, con un cuidado que yo no esperaba, aplicó una cantidad exacta sobre el corte. Ni mucho ni poco. La cantidad que había que poner.

No me miró cuando terminó. Pero tampoco me devolvió el tubo.

Se lo dejé.

* * *

Esa noche, antes de dormirme, oí voces fuera.

Dos hombres. Hablando en voz baja, pero con urgencia, con ese ritmo que tiene una conversación cuando las noticias son malas y no quieres que te oigan.

Reconocí la voz de Cailean.

Me quedé quieta en el jergón, mirando el techo, escuchando un idioma que no entendía. La conversación duró varios minutos. Después silencio. Después pasos alejándose.

La aldea dormía. Eilidh dormía. Yo estaba despierta en la oscuridad pensando en el tono de esa conversación, en la urgencia de las voces, en lo que podía ser tan importante a esas horas. Y pensé en el jefe poniéndole la mano en el hombro a Cailean esa tarde, cuando los había visto de lejos cruzar el patio juntos. Y en cómo Cailean había asentido.

Había reconocido una palabra en la conversación. Puerto. La misma en castellano y en gaélico no, pero la había dicho con el acento de alguien que la ha usado en otro idioma. No pregunté.

Y en que en toda la conversación sobre las dos condiciones, en ningún momento me había dicho quién había pedido qué. Si el jefe había pedido que me quedara. O si había sido él.

CAPÍTULO 8

Lo que no se traduce

Cuatro días después de la decisión del jefe, la aldea había llegado a un acuerdo tácito sobre mí.

No era aceptación. Era algo más parecido a la tolerancia cautelosa que se tiene con un animal que ha demostrado no morder, pero que sigue siendo raro. Las mujeres me saludaban cuando me veían. Los hombres me ignoraban con una educación deliberada que era peor que el desprecio abierto. Los niños me seguían a distancia, lo cual era lo más honesto de todo.

Yo había establecido una rutina. Levantarme con la luz. Ir a ver a la niña, que se llamaba Sìle y que estaba mejorando a una velocidad que a Mòrag le costaba trabajo no celebrar delante de mí. Desayunar con Eilidh, que me había enseñado las palabras para pan, leche, fuego y suficiente, que era la palabra que yo más usaba porque Eilidh tenía una idea generosa de las raciones. Después pasaba las horas centrales del día con Mòrag, que me enseñaba plantas y yo le enseñaba cosas a cambio, en un intercambio mudo y tenso que funcionaba mejor de lo que ninguna de las dos habría admitido.

Cailean aparecía. Desaparecía. No había un patrón claro.

Lo que sí había era esto: cuando estaba, yo sabía dónde estaba. No porque lo buscara. Sino porque mi cuerpo lo sabía antes que yo, de esa manera inconveniente que tienen los cuerpos cuando han decidido algo que la cabeza todavía está negociando.

* * *

Mòrag había desarrollado un método para enseñarme plantas que consistía en pegarme una hoja en la mano y mirarme fijamente

hasta que yo dijera algo. Si lo que decía estaba mal, chasqueaba la lengua. Si estaba bien, me la quitaba.

Era un sistema bastante directo.

En cuatro días había aprendido los nombres de unas treinta hierbas y las situaciones en las que se usaban. Lus era hierba en general. Lus nan laogh era una cosa amarilla que se le daba a las vacas. Yo no iba a tener que tratar a una vaca, pero me lo apunté igual porque no se sabía. Las palabras se me quedaban a medias y volvían cambiadas al día siguiente, y a veces Mòrag me corregía con un suspiro y a veces con un gesto pequeño que me hacía pensar que llevaba años corrigiendo a aprendices más jóvenes y menos inútiles que yo.

A cambio yo le enseñaba lo que podía. Cómo lavarse las manos antes de tocar una herida. Cómo hervir un cuchillo. Cómo distinguir entre una infección que iba a más y una que iba a menos por el color y por el olor. Eso último lo entendió enseguida, porque resultó que ella ya lo sabía, pero lo decía con otras palabras y por otros motivos. Que algo oliera a malo en su sistema era exactamente lo mismo que bacterias gram negativas en el mío, solo que más corto.

El tercer día le enseñé el truco del esparadrapo para acercar bordes de heridas que no necesitaban sutura. Lo hicimos con una mujer joven que se había cortado la mano cardando lana. Mòrag observó cómo lo hacía. Después me hizo repetir el gesto sin la mujer delante, sobre su propio antebrazo, con un trozo de tela. Después lo hizo ella sobre el mío.

No me sonrió cuando terminó. Pero asintió una vez, que era el equivalente local de un abrazo.

* * *

El cuarto día aprendí sin querer la palabra para enemigo.

Estaba con Mòrag en su casa, mirando cómo hervía una mezcla de hierbas que olía a madera mojada y a algo floral que no supe

identificar, cuando entraron dos hombres hablando rápido. Le dijeron algo a Mòrag. Mòrag contestó. Los hombres salieron.

Mòrag apagó el fuego debajo de la olla, cogió su capa y me señaló a mí. Después señaló la puerta y el suelo donde estábamos.

Asentí. Me quedo.

Salió.

Me quedé sola en casa de Mòrag, que olía a hierbas, mirando la olla apagada.

Fuera empezó a haber movimiento. Voces. Pasos. El sonido de caballos, varios, entrando en la aldea. Me asomé por la rendija de la puerta.

Había cuatro jinetes en el centro de la aldea. No eran los mismos cuatro del barranco, pero llevaban telas de colores distintos a los MacRae, y eso ya lo sabía leer. El jefe había salido a recibirlos con tres hombres a su lado. Uno era Cailean.

Los jinetes hablaron. El jefe contestó. Cailean no habló, pero estaba en una postura que conocía: el cuerpo quieto pero los pies ligeramente separados, el peso repartido, las manos libres. La postura de alguien que está escuchando y calculando al mismo tiempo.

Uno de los jinetes señaló hacia las casas. El jefe negó con la cabeza. El jinete insistió. El jefe volvió a negar.

Después el jinete dijo algo y la conversación cambió de temperatura. Lo noté aunque no oyera bien. El jefe no respondió enseguida. Cailean sí. Dijo algo breve, directo, con un tono que no dejaba espacio para réplica.

El jinete lo miró. Después miró al jefe. Después los cuatro se giraron y se fueron por donde habían venido.

El jefe le dijo algo a Cailean cuando los jinetes se alejaron. Cailean no contestó. El jefe le puso la mano en el hombro, igual que el otro día, y esta vez vi lo que no había visto antes: Cailean no era sobrino del jefe en el sentido de que el jefe fuera su tío simpático.

Era sobrino del jefe en el sentido de que el jefe era el hombre que mandaba sobre todo lo que Cailean era y tenía y podía perder. Eso era distinto.

Cailean asintió.

Entré de nuevo en la casa antes de que me viera mirando.

* * *

Esa tarde le pregunté a Eilidh quiénes eran.

Con dibujo. Cogí el bolígrafo del hotel, que ya era un objeto comunitario que Eilidh usaba para apuntar cosas que yo no entendía, y dibujé los cuatro jinetes. Levanté el dibujo.

—Mackenzie —dijo Eilidh sin dudarlo.

Asentí. Ya sabía eso. Dibujé una interrogación al lado de los jinetes, lo cual en ningún siglo es un símbolo universal, pero Eilidh llevaba días aprendiendo mi sistema y lo entendió.

Dibujó ella. Un rectángulo que era una casa, supuse. Al lado de la casa dibujó algo que podría ser agua, líneas horizontales onduladas. Después dibujó otra casa al otro lado del agua. Flechas entre las dos casas, de un lado al otro.

Señaló la primera casa.

—MacRae.

Señaló la segunda.

—Mackenzie.

Señaló el agua del medio. Dijo una palabra que no conocía. La repitió. Después señaló a los dos lados del agua, juntó las manos, y las separó con un gesto brusco.

Dibujé un pez en el agua. Levanté las cejas.

Eilidh se rio. Asintió. Después negó con la mano: no solo eso. Dibujó al lado del agua un cuadrado pequeño. Después otro. Después varios. Casas. Una franja de casas junto al agua.

Tierra. Tierra con costa.

Tierra con costa y con paso de río, que en ese siglo significaba control sobre quién pescaba, quién cruzaba y quién pagaba por cruzar. Todo lo que se movía entre los dos territorios pasaba por ese punto. Era lo mismo que una autopista de peaje, solo que con hachas.

Eso era. Algo concreto, viejo, sin solución fácil, porque esas disputas nunca la tenían. En mi siglo seguían peleándose por cosas exactamente iguales, solo que con abogados en lugar de hachas.

Señalé el dibujo de los jinetes de hoy. Hice una cara de pregunta.

Eilidh puso la cara seria. Dibujó al lado de los jinetes Mackenzie algo pequeño que tardé en entender. Una figura humana tumbada. Después dibujó al lado de la figura tres líneas pequeñas, ascendentes. Algo que se elevaba.

Aire saliendo. Último aliento.

Eilidh señaló el lado MacRae con el dedo. Después señaló a los Mackenzie.

Asentí despacio.

Un MacRae muerto a manos de un Mackenzie. Junto al agua disputada. Y los Mackenzie viniendo a la aldea como si nada.

Por la cara que puso Eilidh deduje que no venían a disculparse.

* * *

Cailean vino esa noche.

Llamó antes de entrar, lo cual no había hecho antes. Eilidh le abrió. Intercambiaron algo, Eilidh cogió su capa y salió con la naturalidad de alguien a quien le han pedido que salga y no le importa demasiado.

Nos quedamos solos otra vez.

Cailean se sentó en el banco. No enfrente de mí. Al lado, con espacio entre los dos, mirando el fuego.

Esperé.

—Tomorrow —dijo—. You not go out.

Asentí.

Negó con la cabeza otra vez, marcando el not. Después extendió la mano hacia la puerta y la cortó en el aire con la palma vertical. No.

—Vale.

—All day.

—Todo el día.

—Yes.

Levanté las cejas hacia la puerta y después hacia mí. ¿Por los de hoy?

Me miró. Algo en su cara indicó que yo sabía más de lo que esperaba.

Señalé hacia la puerta de Eilidh, después a mi propia boca, después abrí y cerré los dedos como una boca hablando.

Cruzó algo que podría haber sido exasperación por su cara, brevemente.

—They come again. More men.

—¿Vienen más mañana?

—Yes. Chief... talk. Long.

—Negociaciones.

No entendió la palabra. Hice el gesto: dedos juntos abriéndose y cerrándose, las dos manos enfrentadas. Hablar.

—Aye —dijo.

—¿Y yo qué tengo que ver?

Tardó. Se quedó mirando el fuego.

Hizo un gesto que me incluía a mí. Después dibujó con el dedo en el aire algo redondo. Distinta. Después se llevó la mano a la

cabeza con los dedos abiertos hacia fuera, como cosas que salen volando. Preguntas. Muchas.

Lo entendí. Una mujer desconocida, vestida raro, con objetos raros, recién llegada al clan en el momento en que los Mackenzie andaban buscando problemas. Era demasiada coincidencia para un enemigo que buscara excusas. Podían usarme. Como prueba de algo, como argumento, como distracción. No sabían quién era yo. Y lo que no se sabe se convierte en lo que conviene que sea.

—Entiendo.

—Aurora. —Dudó—. Important. You inside.

—Estaré dentro.

Asintió. Se levantó.

Y aquí fue donde cometí el error.

Llevaba cuatro días encerrada en una aldea que no era mía, esperando decisiones de un hombre al que no conocía, sin poder salir sola, sin poder comunicarme con nadie de manera real, con un botiquín prácticamente vacío y sin la menor idea de si había una manera de volver a casa o si esa palabra, casa, había dejado de significar algo concreto.

Y Cailean se levantaba del banco después de darme una orden y se iba.

—Oye —dije.

Se paró.

—¿Cuánto tiempo?

—What?

Abrí las manos. Hice el gesto del sol cruzando el cielo, de un lado al otro. Después otro sol. Después otro. Levanté las cejas y abrí las manos otra vez.

—¿Cuánto tiempo así?

Entendió. Apartó la vista.

—Not know.

—No lo sabes o no me lo dices.

Silencio.

Sostuvo la frase aunque no la entendiera entera. Las dos posibilidades se las leía en la cara.

—Cailean. Algo. Cualquier cosa. Un plan.

Se giró hacia mí. Tenía la cara seria, no de la manera habitual sino de una manera más cerrada, más de dentro hacia fuera.

—Plan —dijo, despacio, buscando cada palabra—. Plan is... you alive. Tomorrow. After. —Pausa—. Enough plan.

Me quedé mirándole.

Era suficiente plan. Era un plan miserable y era suficiente plan y él lo había dicho sin dramatismo, como un hecho.

—Vale —dije, en voz baja.

No añadí nada. Él tampoco.

Salió.

* * *

A la mañana siguiente me quedé dentro.

No fue fácil. Oí los caballos llegar antes del amanecer, muchos más que el día anterior, y conté los cascos como se cuentan las cosas cuando no puedes hacer nada y necesitas ocupar la cabeza. Eilidh entró y salió dos veces sin decirme nada útil, porque no podía. Mòrag no apareció en todo el día, lo cual significaba que o estaba en la reunión o estaba haciendo algo relacionado con la reunión.

La niña Sìle vino a verme.

Entró sola, despacio, con la precaución de los niños que han estado enfermos y todavía no se fían del todo de su propio cuerpo. Tenía el vendaje del cuello limpio, la cara menos encendida, los ojos despiertos.

Se sentó en el suelo delante de mí.

Me miró.

Yo la miré.

Sacó algo del bolsillo. Un trozo de tela doblado. Lo desplegó con cuidado y me lo tendió.

Era una flor. Pequeña, amarilla, aplastada de llevarla doblada en el bolsillo. No era la milenrama. Era otra cosa, algo que ella había escogido y recogido y guardado para mí.

La cogí.

—Tapadh leat —dije, usando las palabras que le había oído decir a Eilidh cuando alguien le daba algo.

Sìle sonrió. Fue la primera sonrisa que alguien en esa aldea me dedicaba sin ningún cálculo detrás.

Me la guardé en el bolsillo del abrigo.

* * *

La reunión terminó al atardecer.

Lo supe porque los caballos se fueron y porque la aldea entera soltó una tensión que yo no había sabido que estaba aguantando hasta que desapareció. Las voces cambiaron. Los perros salieron de donde estuvieran. Alguien encendió algo que olía a carne asándose.

Cailean entró sin llamar esta vez.

Tenía la cara de haber pasado un día muy largo haciendo algo que no le gustaba.

Se sentó. No en el banco. En el suelo, con la espalda contra la pared y las piernas estiradas, con el cansancio físico de alguien que ha estado contenido muchas horas y ahora puede no estarlo.

Eilidh le trajo algo de beber. Él lo cogió sin mirarla.

Yo esperé.

Bebió y dejó el cuenco en el suelo.

—Mackenzie want peace.

—¿Quieren paz?

—They say.

El tono decía exactamente lo que opinaba de eso.

Levanté la barbilla hacia él. ¿Y tú?

—Peace is good. If is true.

Cailean señaló el valle oscuro más allá de la cueva, donde todavía se veía humo a lo lejos.

—¿Y si no? —pregunté despacio, aunque sabía que no iba a entenderme.
Él cogió una rama del suelo y dibujó dos líneas en la tierra. Las juntó primero. Después las separó de golpe con la mano.

—War.

Luego volvió a unirlas… y apretó el puño sobre ellas hasta aplastarlas lentamente.

—Worse. Because… —se señaló los ojos— you not see it coming.

Me quedé callada.

Había dicho eso con demasiada fluidez para alguien que hablaba poco inglés. Frases cortas, sí. Pero exactas. Sin buscar. Como quien ha pensado esa idea muchas veces en otro idioma y la traducción le salió sola porque la idea ya estaba hecha.

Lo miré.

Él seguía mirando el fuego.

Guardé eso también. En el mismo sitio donde guardaba las otras cosas que no sabía todavía qué hacer con ellas.

* * *

Esa noche, muy tarde, cuando Eilidh llevaba horas dormida y el fuego estaba casi muerto, oí que alguien se paraba delante de la puerta.

No llamó. No entró.

Se quedó ahí un momento. Después se fue.

No supe si era Cailean. No salí a comprobarlo. Me quedé en el jergón mirando la puerta en la oscuridad, con la flor amarilla de Sìle en el bolsillo del abrigo que usaba de almohada, pensando en la paz que podía ser mentira y en la guerra que al menos se veía venir. Y en que llevaba ocho días allí y todavía no había pensado en serio en cómo volver. No porque no pudiera. Sino porque cada vez que empezaba a pensarlo, algo me interrumpía. O yo me interrumpía a mí misma. Que era distinto y peor.

CAPÍTULO 9

Lo que sabe y lo que calla

El defecto de Cailean tardé nueve días en verlo.

No fue algo dramático. No fue una traición ni una mentira con intención. Fue algo más cotidiano y más difícil de perdonar: fue que tomó una decisión sobre mí sin decirme nada, porque en su mundo las decisiones sobre las mujeres se tomaban así, y no se le ocurrió que en el mío no.

Pero eso fue después. Antes hubo otras cosas.

* * *

Hubo, por ejemplo, el cerdo.

Tres días después de la reunión con los Mackenzie, alguien mató un cerdo para celebrar algo que yo no entendí del todo, pero que tenía que ver con un acuerdo provisional y con que el mes acababa y el siguiente empezaba y en ese clan los meses tenían sus propios rituales, sus propias maneras de marcar que el tiempo pasaba y que la gente seguía viva para contarlo, y con el hecho de que nadie hubiera muerto todavía. La aldea entera comió junta en el exterior, alrededor de dos fuegos grandes, con el cerdo asado y pan y algo que bebían de un cuerno que pasaba de mano en mano y que olía a whisky aunque no podía ser whisky, o sí podía ser whisky porque estábamos en Escocia y los escoceses llevaban destilando desde antes de que nadie les pidiera permiso.

Me senté con Eilidh y con dos mujeres que se llamaban Beathag y Mairí y que llevaban días mirándome con una curiosidad que iba en aumento. Beathag era joven, dieciséis o diecisiete años, con una cara redonda y una energía que no cabía en su cuerpo. Mairí era mayor, cuarenta y tantos, con las manos de alguien que había

amasado pan toda su vida y unos ojos que había visto más de lo que contaba.

El cuerno llegó a mí.

Lo cogí. Lo olí. Era whisky. O algo que en unos siglos sería whisky y que ahora era un licor áspero que olía a turba y a grano.

Bebí y ardió de manera satisfactoria.

Beathag me observó beber y dijo algo a Mairí que hizo reír a Mairí. Le pregunté a Eilidh con los ojos. Eilidh me dijo con la cara que no me lo iba a traducir y que era mejor así.

Mairí señaló el cuerno y después señaló al lado MacRae de mi cabeza. Me señaló a mí. Hizo el gesto de beber otra vez. Me miró con aprobación.

Beathag se inclinó hacia mí y, con un gesto cómplice, dijo dos palabras en gaélico que terminaron con Mairí dándole un manotazo en el brazo. Beathag se rio sin arrepentirse.

—¿Eso era un piropo o un insulto? —Miré a Eilidh preguntándole con mímica y prefirió fingir no entenderme.

Me sirvió más cerdo.

Al otro lado del fuego estaba Cailean con el jefe y tres hombres más. Comían y hablaban y de vez en cuando uno de ellos señalaba hacia algún sitio en la oscuridad, hacia el territorio que estaba más allá de la aldea, y los otros asentían o negaban.

No me miró en toda la cena.

Eso también lo guardé.

Beathag, con un par de tragos encima, decidió en algún momento que mi pelo le interesaba más que el cerdo, y me lo deshizo el coletero para hacerme una trenza que terminó siendo más una idea de trenza que una trenza propiamente dicha. Mairí intervino. La deshizo y empezó de nuevo. Beathag protestó. Las dos discutieron por encima de mi cabeza durante un buen rato y yo me dejé hacer con los ojos cerrados, oliendo a whisky y a algo que se parecía mucho a estar bien.

Cuando abrí los ojos de nuevo, esta vez Cailean me estaba mirando desde el otro fuego, pero apartó la vista enseguida.

Mairí le dio una palmadita a Beathag y dijo algo que sonó a terminado. Me toqué la trenza y me llegaba hasta media espalda. Estaba bastante mejor de lo que esperaba.

—Math —dije, hacia ellas dos.

Mairí asintió, satisfecha. Beathag se quejó y Mairí le dio otro manotazo.

* * *

Hubo el día en que Mòrag me enseñó el nombre de veinte plantas.

No porque quisiera enseñármelas. Porque yo le pregunté una, después otra, después otra, y en algún punto entre la séptima y la octava Mòrag decidió que si iba a tener que aguantarme era mejor que fuera útil. Me los dijo de corrido, señalando cada planta en el orden en que estaban colgadas a secar. Yo los repetí. Ella me corregía con una sola expresión, la de alguien que esperaba que lo hiciera mal. Y cuando lo hacía bien, que era la mitad de las veces, no decía nada.

La decimoctava la repetí bien a la primera. Mòrag no dijo nada, lo cual en su sistema era el equivalente a un diez con matrícula de honor. La decimonovena planta no la conocía. Era algo de hoja grande, oscura, con un olor muy fuerte que me recordaba a algo sin que yo supiera a qué.

Le señalé la planta, después mi cabeza, mi estómago, mi pecho. ¿Para qué?

Mòrag dudó. Cogió la planta. Hizo algo que no esperaba: me la puso en la mano y me cerró los dedos alrededor.

La olí.

Tardé un momento en ubicarlo. Después lo tuve: era el mismo olor que había en la cueva donde curé a Cailean. El olor dulzón que

había decidido no investigar.

Levanté la planta hacia ella. Después me toqué la sien y abrí los ojos extra fuerte. ¿Recuerdo?

Mòrag me miró sin entender el gesto exacto, pero entendió que yo había reconocido algo.

Habló. Una frase larga, con cuidado, mirándome mientras hablaba como si intentara que las palabras me entraran por los ojos si no podían por los oídos.

No la entendí. Pero el tono era distinto al habitual. No era el tono con el que me enseñaba plantas. Era el tono con el que se dice algo que importa.

Guardé la planta en el bolsillo.

* * *

Y hubo la mañana que lo pillé.

Llevábamos ya casi dos semanas en la aldea. Yo había establecido una rutina, Mòrag me toleraba con algo que casi podría llamarse respeto profesional si lo veías con buena luz, Sìle se había recuperado del todo y me seguía por la aldea como un satélite pequeño y silencioso, y Cailean y yo teníamos lo nuestro, que era una cosa sin nombre hecha de gestos y de silencios y de dos personas que se buscaban sin reconocerlo.

Esa mañana yo estaba sola en casa de Eilidh. Eilidh había salido temprano. Yo estaba sentada en el suelo con el bolígrafo del hotel y la caja del paracetamol, que ya estaba tan escrita por los dos lados que apenas quedaba espacio, intentando hacer un inventario de plantas medicinales con sus nombres en gaélico y sus usos aproximados.

Cailean entró. Me vio en el suelo con el bolígrafo y se quedó un momento en la puerta. Levantó las cejas hacia el interior de la casa, buscando a Eilidh y negué con la cabeza señalando la puerta. Fuera.

Asintió. Se quedó de pie y miró lo que yo estaba escribiendo.

Le ofrecí la caja sin pensar.

La cogió. La miró. Era una lista de palabras en gaélico con dibujos al lado. Reconoció algunas. Señaló una.

—Lus-na-fala —dijo—. Good.

—Sí, eso es para las heridas.

Pasó a la siguiente línea. Leyó. Y aquí fue donde ocurrió.

Yo había escrito, en la parte de abajo de la caja, sin pensar, porque era mi lista y nadie la leía:

Preguntar a Cailean por los Mackenzie.

Cailean leyó esa línea.

No lo vi leerla. Lo vi después, en su cara, cuando levantó los ojos de la caja. Fue una fracción de segundo. Menos. Pero su expresión había cambiado de la manera específica en que cambia la cara de alguien que ha visto algo que no esperaba encontrar y está decidiendo qué hacer con eso.

Me devolvió la caja.

—Math —dijo, señalando la lista de plantas—. Good list.

Y cambió de tema.

Me quedé con la caja en la mano. Lo miré. Él estaba mirando el fuego con la misma expresión de siempre, tranquila, cerrada, sin fisuras.

Pero yo había visto lo que había visto.

No dije nada. Lo guardé en el mismo sitio donde guardaba las otras cosas, que ya era un sitio bastante lleno.

* * *

El error de Cailean ocurrió dos días después.

Por la mañana temprano, Mòrag me mandó a buscar una planta concreta que crecía en el lado norte del bosque que bordeaba la aldea. Me lo explicó con dibujos: la planta, el bosque, el norte, que

indicó señalando con el dedo. Me dio un cesto. Me señaló a mí y señaló la puerta.

Levanté las cejas. ¿Yo? ¿Sola?

Asintió.

Levanté un dedo. Un momento. Señalé hacia fuera, dibujé en el aire la silueta alta de Cailean y miré a Mòrag con la pregunta clara.

Mòrag hizo un gesto que entendí perfectamente sin necesidad de traducción y que se reducía a me da igual lo que él diga, este es mi encargo. Me empujó suavemente la espalda con la palma de la mano hacia la puerta y salí.

El bosque estaba a diez minutos de la aldea. Lo conocía de vista, lo había mirado muchas veces desde dentro del perímetro. Era un bosque escocés de verdad, con pinos altos y robles viejos y el suelo cubierto de agujas y de musgo húmedo. Olía a resina y a tierra removida.

Encontré la planta sin dificultad. Llené el cesto. Tardé veinte minutos.

Cuando salía del bosque de vuelta hacia la aldea, oí los caballos.

No venían hacia mí. Venían por el camino del oeste, en dirección a la aldea, y eran muchos. Más que los de la reunión. Me quedé quieta detrás de un roble y conté: doce, catorce, dieciséis jinetes con las telas de los Mackenzie.

No era una visita de negociación. Dieciséis hombres armados no venían a hablar.

Me pegué al roble. Los jinetes pasaron por el camino sin mirar hacia el bosque. El último llevaba algo atado al caballo que tardé en identificar porque no quería identificarlo: era un hombre. MacRae por la tela. Inconsciente o muerto, no podía saberlo desde donde estaba.

Esperé hasta que pasaron todos. Después corrí hacia la aldea por el camino más corto, pegada a la línea del bosque, con el cesto golpeándome la pierna.

La aldea ya lo sabía. Había hombres armados en el perímetro y mujeres metiendo niños en las casas y el jefe en el centro con cuatro hombres, entre ellos Cailean, dando instrucciones en voz baja y rápida.

Entré por el lado sur. Eilidh me vio llegar y corrió hacia mí. Me agarró del brazo y tiró hacia su casa.

—Inside. Now.

—Voy, voy.

Dentro, Eilidh cerró la puerta y me miró. Vio el cesto. Vio que venía del exterior. Su cara pasó por varias cosas rápidamente.

—You outside?

Asentí. Señalé el cesto. Señalé hacia la casa de Mòrag.

Eilidh dijo algo entre dientes que era una palabrota, o dos, o tres seguidas.

La puerta se abrió.

Cailean entró. Miró el cesto. Me miró a mí. Miró a Eilidh.

Eilidh le dijo algo. Señaló el cesto. Señaló la puerta norte, que era la que daba al bosque.

Cailean me miró otra vez y esta vez la mirada era distinta. No era la cara del hombre que calculaba ni la cara del hombre que cargaba con cosas sin decirlas. Era la cara de alguien al que acaban de decirle que algo malo casi pasa y que el casi no borra el resto.

—You go outside. —No era una pregunta.

—Mòrag me mandó.

—I say. No outside. Alone.

—Y Mòrag me mandó sola. ¿A quién hago caso?

No entendió las palabras completas, pero entendió la mitad. Habló en gaélico, rápido, a Eilidh. Eilidh contestó. Él volvió a hablar. El intercambio fue corto y tenso y terminó con Eilidh saliendo por la

puerta con una expresión de quien prefiere no estar presente en lo que viene.

Nos quedamos solos.

—Cailean, yo no sabía que hoy iban a...

—I know. Not your fault.

—¿Entonces?

Se paró. Buscó.

—I decide. You not go. —Hizo el gesto de cortar con la mano—. Mòrag... she not ask me.

Ahí estaba.

Él había decidido que yo no salía. Mòrag también tenía autoridad sobre mí en su esquema mental. Y los dos habían tomado decisiones sobre lo que yo hacía sin decírmelo a mí ni coordinarse entre ellos. Y yo había estado en medio sin saber nada, con un cesto de mimbre, a cincuenta metros de dieciséis jinetes Mackenzie que traían un hombre atado al caballo.

—Cailean —dije, despacio, dejando que cada palabra fuera deliberada—. Yo no soy de aquí. No sé las reglas.

Junté las manos en una pirámide invertida señalándome a mí en el centro. Después señalé hacia él y hacia la puerta, donde imaginariamente estaría Mòrag. Después abrí los brazos en un gesto vacío entre los dos.

—Si los dos decidís cosas sobre mí y nadie me lo dice...

Hice el gesto del cesto al hombro y caminé dos pasos hacia el bosque imaginario.

—...voy a hacer algo mal sin querer.

No entendió todo. Pero entendió el núcleo porque el núcleo era el tono.

Se quedó callado un momento.

—Is true —dijo al fin.

—¿Vas a hacer algo al respecto?

Pausa.

Señaló hacia la casa de Mòrag. Hizo el gesto de hablar.

—I talk her.

—Bien.

—Aurora. —Esperó a que yo lo mirara—. Today. You lucky.

—Lo sé.

—Lucky is not plan.

—Ya. El plan es estar viva mañana, ¿verdad?

—Yes.

Asentí.

Y aquí fue donde tendría que haber parado, pero llevaba dos días dándole vueltas a esa fracción de segundo en su cara y la cabeza me trabajaba sola.

—Cailean —dije.

Me miró.

Cogí la caja del paracetamol del suelo. La abrí por la cara donde estaba escrito Preguntar a Cailean por los Mackenzie y la giré hacia él.

Señalé las letras. Señalé sus ojos. Levanté las cejas.

Nada en su cara se movió. Absolutamente nada. Era una cara construida durante años para no moverse cuando no convenía, pero no apartó la vista.

Y no negó.

—¿Desde cuándo? —pregunté.

Él entendió la pregunta sin gestos. Esa era la prueba.

Silencio largo.

—From beginning —dijo al fin, en voz muy baja.

Me quedé mirándolo.

Desde el principio.

Desde la grieta. Desde que yo le hablaba mientras lo curaba creyendo que no entendía nada, diciéndole cosas que no le habría dicho de haber sabido. Desde que le había contado lo de Marcos. Desde que me había reído del olor. Desde que había dicho en voz alta, arrodillada sobre él en la oscuridad, que era el hombre más guapo que había visto en mi vida.

Todo eso.

Lo había entendido todo.

La sangre me subió a la cara de una manera que no tenía nada que ver con el frío de afuera.

—Hijo de puta —dije, en español, muy claro.

Y porque no estaba segura de que entendiera hijo de puta, añadí, todavía en español:

—Eso lo entiendes, ¿no?

Cailean cerró los ojos un segundo. Los abrió.

—Aurora...

—No.

Levanté la mano.

Él se quedó de pie. Me miró. Y en su cara, por primera vez desde que lo conocía, había algo que se parecía a la incomodidad genuina de alguien que sabe que ha hecho algo mal y no tiene manera fácil de deshacerlo.

Señalé la puerta.

Dudó.

Señalé otra vez. Sin teatro. Sin enfado a la vista. Sin nada que él pudiera usar para quedarse a explicar y salió.

* * *

Yo me quedé sentada en el banco de Eilidh, con el cesto de plantas en el suelo y las manos en el regazo, mirando el fuego.

Pensé en todas las cosas que había dicho en voz alta creyendo que no me entendía.

Pensé en la barrita de cereales en la grieta. En es el hombre más guapo que he visto en mi vida. En cada vez que sueltas esa sonrisa yo pierdo un poco de criterio. En no te voy a perdonar que huelas bien. En la noche que lo había llamado bolsa de agua caliente humana.

En todo.

Cerré los ojos.

Abrí los ojos.

—Bueno —dije al fuego, en voz muy baja—. Pues ya está.

El fuego no opinó. Las brasas crujieron una vez y se apagaron un poco más.

Fuera, la aldea seguía en tensión por los Mackenzie y el hombre atado al caballo y lo que eso significaba para los próximos días. Y yo seguía aquí, sin botiquín, sin cobertura, sin pasaporte, sin oveja… Y con un hombre que llevaba semanas entendiéndome perfectamente.

CAPÍTULO 10

Dieciséis jinetes

No le hablé en todo el día siguiente.

No fue una decisión consciente. Fue que cada vez que lo veía algo en mí se ponía tieso y miraba para otro lado, y como él no insistió, la cosa siguió así. Eilidh lo notó. Mòrag probablemente también, pero Mòrag tenía la virtud de no meterse en lo que no le pedían, que era uno de los pocos puntos en común que teníamos.

Lo que sí hice fue pensar. Pensar con esa claridad fría que me venía a veces en urgencias cuando había demasiadas cosas pasando a la vez y el cerebro decidía que o se ordenaba o se paraba.

Cailean había entendido todo desde el principio.

Vale.

Eso significaba que cuando había dicho que era el hombre más guapo que había visto, lo había oído. Que cuando había llorado sola en la grieta la primera noche, diciéndole a un hombre dormido que había viajado en el tiempo y que mi madre se iba a morir, él estaba quizás en ese borde entre la consciencia y no, escuchando.

Eso no me gustaba. No me gustaba porque era una intimidad que yo no había elegido dar y que él había cogido sin decirme que la tenía.

Y al mismo tiempo, sabía, porque era honesta conmigo misma cuando no me quedaba otra, que si me lo hubiera dicho al principio yo no habría hablado. Habría medido cada frase. Habría construido una versión presentable de mí misma y se la habría dado.

Eso tampoco me gustaba, porque era más complicado de sostener como argumento.

Me pasé el día con Mòrag sin hablar más de lo necesario, que con Mòrag era lo habitual. Por la tarde fui a ver a Sìle, que ya corría por la aldea con la energía recuperada de los niños que han estado enfermos y ahora lo compensan. Me vio llegar y vino hacia mí y me cogió de la mano sin preguntar, como hacen los niños que han decidido que alguien es suyo, y me llevó a ver una cabra que según ella había parido esa mañana.

La cabra había parido. El cabrito era pequeño y húmedo y se sostenía en las patas con esa determinación temblorosa de los recién nacidos de cualquier especie.

—Màthair —dijo Sìle, señalando a la cabra.

—Madre.

—Màthair —repitió, asintiendo. Después señaló al cabrito—. Mac.

Hijo. Eso lo había oído ya.

Señaló a la cabra otra vez. Después a mí.

Me llevé la mano al pecho. Negué con la cabeza despacio. Señalé hacia el este, lejos, más allá de la colina.

Sìle me miró con la paciencia de los niños que esperan que los adultos entiendan cosas simples.

Señaló a la cabra. Señaló al cabrito. Después me señaló a mí y señaló hacia las casas. Hacia la aldea. Hacia algo que yo tardé en entender y que cuando entendí no supe qué hacer con ello. Cogió mi mano y la apretó una vez y se fue corriendo hacia donde estaban los otros niños.

Me quedé mirando a la cabra.

La cabra me miró a mí con esa indiferencia absoluta que tienen las cabras y que en ese momento me pareció admirable.

* * *

El problema de los Mackenzie llegó antes de lo que esperaba.

Antes del amanecer del día siguiente, Eilidh me despertó con una mano en el hombro y un candil en la otra. No dijo nada. Señaló la puerta.

Fuera había movimiento. Hombres en el perímetro, voces bajas, el sonido de algo que no identifiqué hasta que me desperté del todo: era madera. Alguien estaba reforzando la entrada de la aldea con madera.

Eilidh me metió de vuelta dentro antes de que pudiera ver más.

—Stay —dijo, con una firmeza que no admitía negociación.

Levanté las cejas. ¿Qué?

No me contestó. Salió.

Me quedé en la puerta entreabierta mirando la oscuridad. El frío era denso y húmedo, de los que se meten por la ropa. Las estrellas habían desaparecido, el cielo estaba cubierto, y la única luz era la de dos antorchas en la entrada de la aldea y el brillo anaranjado de las chimeneas.

Vi a Cailean.

Estaba con el jefe y otros cuatro hombres al fondo, de espaldas a mí, mirando hacia el norte. Llevaba la espada al cinto y algo que no le había visto antes: una especie de tela enrollada en el brazo izquierdo que hacía las veces de escudo improvisado.

Cerré la puerta y me senté en el banco.

Pensé en qué podía hacer yo que fuera útil, y la respuesta honesta era: depende de lo que pase. Si había heridos, mucho. Si había batalla, nada. Si había que esconderse, relativamente poco porque no conocía el terreno.

Saqué el botiquín. Lo abrí. Conté lo que quedaba: un parche, tres gasas, el esparadrapo casi agotado, la aguja, hilo dental, dos paracetamoles, las tijeras. No había mucho más que decir.

Puse el botiquín en el bolsillo del abrigo y esperé.

* * *

Cailean entró veinte minutos después.

No traía la espada al cinto. La traía en la mano, envainada, lo cual era distinto de manera que yo notaba aunque no supiera explicarlo. Venía con prisa, pero no con el pánico de alguien a quien persiguen.

Me vio sentada con el abrigo puesto y el botiquín en la mano.

—Good —dijo, señalando el botiquín—. Come.

Levanté las cejas. ¿Dónde?

Señaló hacia la casa de Mòrag.

—With her. If...

No terminó la frase. No hizo falta.

—¿Heridos ya? —pregunté, e hice el gesto de venda en el brazo.

—Not yet. Mackenzie come. Many.

Levanté la mano. ¿Cuántos?

Se encogió de hombros. Después abrió y cerró las dos manos varias veces. Más de veinte. Quizás más de treinta.

Me levanté y salimos.

La aldea había cambiado en veinte minutos de una manera que reconocí de los turnos de noche en urgencias: el momento en que la sala de espera se llena de golpe y todo el mundo sabe que las próximas horas van a ser de un tipo particular. Esa energía concentrada, sin histeria, de gente que sabe lo que tiene que hacer y lo está haciendo.

Las mujeres metían cosas en las casas. Los hombres se colocaban en el perímetro. Los niños habían desaparecido, metidos dentro por sus madres. Los perros, que siempre sabían, estaban quietos y pegados a las paredes.

Mòrag nos vio llegar y le dijo algo a Cailean sin mirarme. Cailean contestó. Mòrag me miró entonces, me evaluó en dos segundos, y asintió con la cabeza hacia el interior de su casa.

Entré.

Tenía ya preparado lo suyo: tiras de tela limpia enrolladas, agua caliente en tres ollas, hierbas que yo no conocía todas pero que reconocía algunas, un cuchillo pequeño limpio, agujas enhebradas con hilo que no era hilo dental pero que serviría.

Me puse a su lado.

Trabajamos en silencio, preparando lo que fuera que se necesitara, y en ese silencio había algo que llevaba semanas construyéndose entre nosotras sin que ninguna lo nombrara: no éramos amigas. Probablemente nunca lo seríamos. Pero éramos dos mujeres que sabían lo que hacían y que en los próximos minutos u horas iban a necesitarse mutuamente y lo sabían.

Cailean se quedó en la puerta un momento.

Lo miré.

Él me miró.

Había cosas sin resolver entre nosotros y los dos lo sabíamos y en este momento exacto no importaban nada. Eso también es una forma de comunicación.

—Careful —dije, en inglés, porque era su idioma y no el mío y quería que lo entendiera sin dudas.

Algo cruzó su cara.

—You too.

Salió.

* * *

Los Mackenzie llegaron con la luz.

No fue el ataque que yo había imaginado, con caballos y gritos y fuego. Fue más frío que eso. Se colocaron en el perímetro norte de la aldea, a distancia, y mandaron a un hombre solo a hablar. El hombre habló durante varios minutos con el jefe. El jefe contestó. El hombre volvió con los suyos.

Hubo un silencio de unos diez minutos que desde dentro de casa de Mòrag fue el silencio más largo de mi vida.

Después el primer hombre cayó.

Lo trajeron a nosotras dos minutos después. Era joven, veinte años quizás, con una herida de flecha en el muslo que había entrado limpia pero que había girado dentro. Estaba consciente y hacía el ruido de los que intentan no hacer ruido, que es peor que el de los que gritan.

Mòrag y yo nos miramos.

Ella cogió las tiras de tela. Yo cogí las tijeras y corté la tela que le cubría la pierna.

La flecha había entrado por la cara anterior del muslo y había salido parcialmente por el lateral. No había tocado la femoral, eso lo vi antes de tocar nada, porque si hubiera tocado la femoral él no estaría aquí. Pero estaba clavada en ángulo y sacarla iba a ser complicado.

Miré a Mòrag. Señalé los hombros del chico, después sus piernas, después le hice la mímica de aguantar fuerte.

Mòrag entendió. Lo sujetó.

No voy a describir los veinte minutos siguientes en detalle porque los veinte minutos siguientes fueron trabajo y el trabajo no siempre tiene narrativa. Tiene manos y decisiones y el ruido de alguien aguantando el dolor y el olor específico de la sangre fresca que es distinto al de la sangre vieja. Saqué la flecha. Limpié. Cerré lo que pude cerrar. Mòrag puso sus hierbas encima de las mías sin que se lo pidiera, sabiendo qué ponía ella y qué ponía yo, y entre las dos hicimos algo que en mi siglo habría sido insuficiente y en este era lo mejor que había.

El hombre perdió el conocimiento a la mitad. Eso fue una ventaja para todos.

Cuando terminamos, Mòrag dijo algo en voz baja. No me lo dijo a mí. Lo dijo al aire, como se dice algo que no está dirigido a nadie

concreto pero que alguien tiene que decir.

No la entendí. Pero el tono era el de alguien que reconoce que las cosas han salido bien.

* * *

Vinieron tres más esa mañana.

Uno con una herida de espada en el hombro, limpia, que cerró bien. Otro con dos costillas rotas y el labio partido y nada más que yo pudiera hacer por las costillas salvo decirle con gestos que no respirara hondo durante las próximas semanas, lo cual era un consejo inútil, pero era el que tenía. El tercero era un niño de doce años que se había quemado la mano con una antorcha y al que le curé la quemadura con lo último de la pomada y le di el paracetamol que me quedaba machacado en agua porque el dolor de una quemadura en la mano es desproporcionado al tamaño de la herida.

El niño no lloró. Doce años, mano quemada, y no lloró. Me miró mientras le curaba con unos ojos muy serios y cuando terminé dijo algo en voz baja.

Mòrag, a mi lado, me miró. Me señaló a mí, después al niño, y juntó las palmas hacia arriba.

Te ha dado las gracias.

—Tapadh leat —le dije al niño.

El niño me miró con una expresión de sorpresa absoluta, como si un perro le hubiera hablado, y salió corriendo.

Mòrag hizo un sonido. Tardé en entender que era una risa contenida.

Era la primera vez que la oía reírse.

* * *

La batalla, si podía llamarse así, terminó antes del mediodía.

No supe los detalles hasta más tarde. Lo que sí supe, porque lo vi desde la puerta de casa de Mòrag, fue que los Mackenzie se

fueron por donde habían venido y que los MacRae no los persiguieron, lo cual significaba que o habían ganado lo suficiente para no necesitar más o que el acuerdo provisional que habían estado negociando había sobrevivido a la mañana de alguna manera retorcida que yo no entendía.

Salí.

La aldea estaba en ese estado posterior al miedo que es mitad alivio y mitad agotamiento. La gente hablaba en voz baja. Alguien lloraba dentro de una casa. Los hombres del perímetro empezaban a entrar, con las caras de los que han estado mucho tiempo esperando algo que no ha llegado del todo.

Lo vi antes de buscarlo.

Estaba sentado en el suelo, apoyado en la pared exterior de la casa grande de piedra, con las piernas estiradas y la espada en el suelo al lado. Tenía un corte en la frente que había sangrado y se había secado y tenía los ojos cerrados.

Me acerqué.

Abrió los ojos cuando me oyó llegar. Me miró desde abajo.

Me senté en el suelo a su lado. No enfrente. Al lado, con la pared fría a la espalda y el hombro a diez centímetros del suyo.

Le miré el corte. No era profundo. Se había cerrado solo.

—¿Estás bien?

—Yes.

Silencio.

Levanté las cejas. ¿Y los demás?

—Four hurt. Not dead. —Pausa—. One Mackenzie dead. Two hurt.

Asentí.

Otro silencio. Más largo esta vez.

—Cailean.

—I know.

—¿Qué sabes?

—What you want to say.

—¿Y qué quiero decir?

Abrió los ojos y me miró de lado.

—That... I should tell you. From beginning. That is not fair. What I do.

—No, no es justo que me hayas ocultado esto.

—No…

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

Tardó.

—Porque… —Empezó y se interrumpió. Volvió a intentarlo, buscando las palabras—. Tú hablas cuando crees que yo no entiendo.

Lo dijo despacio, señalándome apenas con la mano.

—Inglés… mercenarios irlandeses. Ahí aprendí algunas palabras. Después fui más al sur. Navarra. Dos años. Soldados castellanos. Un cura que hablaba sin parar mientras curaba heridas. —Pausa—. Años escuchando. Algunas palabras se quedan. Otras vuelven cuando se necesitan. —Hizo un gesto vago hacia algún lugar fuera de la cabaña —. Aprendí a hablar idiomas para ellos. Para negociar. Para sobrevivir. —Bajó la vista un instante—. Pero tú… tú hablas de verdad. Entonces si no sabes. Verdad real. Si yo digo que entiendo… tú paras.

Me quedé mirando el suelo delante de mí. Tenía razón. Era exactamente lo que habría pasado si llego a saber que me entiende. Lo que no resolvía nada, pero era verdad.

Era una de las cosas más íntimas que me habían hecho en la vida, y no estaba segura de si tenía derecho a llamarlo intimidad o si tenía que llamarlo invasión, y la diferencia entre las dos cosas dependía de lo que él hubiera hecho con todo lo que había oído.

Me miró.

—¿Lo sabes? ¿Desde cuándo?

—Lo deduje. Llevaba días viendo que entendías demasiado rápido, apenas sin gestos y noté que leíste lo que escribí en el cartón de paracetamol.

Asintió despacio y me quedé muy quieta.

—¿Qué has hecho con todo lo que me has oído decir? ¿Lo has usado para algún beneficio?

Tardó.

—Nada.

—¿Nada?

—Lo guardo.

—¿Por qué?

—Porque es tuyo.

Cerré los ojos un momento.

Era exactamente lo correcto que podía contestar. Era lo que yo necesitaba oír. Y eso me incomodaba más que si me hubiera contestado mal, porque significaba que él había pensado en esto y que había decidido lo que decidir, y que llevaba semanas haciéndolo bien sin que yo lo supiera.

Lo miré de lado. Tenía la cabeza apoyada en la pared y los ojos cerrados otra vez y la sangre seca en la frente y el aspecto general de alguien que ha dormido poco y trabajado mucho y que en este momento no tiene recursos para ser otra cosa que lo que es.

Y lo que era, en ese momento, era un hombre que había tomado dos decisiones discutibles por razones que yo entendía aunque no me gustaran.

No era suficiente para olvidarlo. Pero era suficiente para seguir sentada en el suelo a su lado sin levantarme.

Nos quedamos así un rato. Sin hablar. Con el hombro de él a diez centímetros del mío y la aldea moviéndose despacio a nuestro alrededor.

En algún momento Cailean dijo, sin abrir los ojos, en voz muy baja:

—Aurora.

—¿Qué?

—La cosa que dijiste. En la cueva. La primera noche.

Se me paró el estómago.

—¿Qué cosa?

—No querías volver.

Me quedé muy quieta.

Eso lo había dicho en la grieta, la primera noche, creyendo que estaba inconsciente o que no entendía. Lo había dicho entre otras cosas, en medio del llanto y del agotamiento, como se dicen las cosas que uno no está listo para decirse a sí mismo en voz alta pero que salen solas cuando ya no queda energía para retenerlas.

—¿Eso dije?

—Sí.

—No me acordaba.

Me miró. No dijo nada. Pero la mirada decía te acuerdas.

—¿Y? —pregunté al cabo de un momento.

—¿Es verdad ahora?

No contesté enseguida.

Miré la aldea. Las casas bajas con los tejados de paja. El humo de las chimeneas. A Sìle cruzando el camino central con el cabrito de la cabra siguiéndola. A Eilidh saliendo de algún sitio con un cubo de agua y parando a decirle algo a una mujer mayor. A Mòrag en la puerta de su casa, mirando hacia donde estábamos nosotros, con

una expresión que no era exactamente aprobación pero que tampoco era lo contrario.

Pensé en Marcos. En mi madre. En mi cama. En el café de máquina de gasolinera.

—No lo sé —dije.

Cailean no dijo nada más. Como si eso fuera suficiente. Quizás en su siglo lo era.

El sol había salido por fin, pálido y frío, sobre las montañas del este. Grian, pensé. La primera palabra que habíamos aprendido juntos, dibujada en un trozo de cartón de paracetamol en una grieta de piedra, lo que parecía mucho tiempo atrás.

Me levanté.

—Tengo que volver con Mòrag.

—Sí.

—Cailean.

Levantó la vista.

—Esto no se ha terminado.

—Lo sé.

—Bien.

Me fui.

No miré atrás. Pero supe, sin mirarlo, que él me seguía con los ojos hasta que doblé la esquina. Y supe también, aunque no me gustara reconocerlo, que llevaba semanas sabiéndolo.

CAPÍTULO 11

El precio

Tres días después del ataque enterraron al hombre que no había vuelto.

Se llamaba Dùghall. Lo supe por Eilidh, que me lo dijo la noche anterior con la cara de la persona que ha conocido al muerto toda su vida. Tenía treinta y cuatro años. Tenía una mujer y dos hijos pequeños y un padre viejo. Lo habían matado los Mackenzie en el primer envite, antes de que diera tiempo a nadie a saber qué estaba pasando, con una lanza por la espalda mientras corría a su puesto.

El entierro fue al amanecer. Toda la aldea salió. Yo también, con Eilidh, vestida con una túnica oscura que ella me había prestado y que me caía como un saco pero que al menos era del color que tocaba.

Lo enterraron en una loma al sur de la aldea, en un cementerio pequeño con cruces de piedra desgastadas por siglos de viento. La mujer del muerto, que se llamaba Iseabail, no lloró. Los dos niños sí, en silencio, pegados a las piernas de su madre. La gente cantó algo en gaélico, una melodía baja y antigua que parecía salir del suelo más que de las gargantas.

Sobre el cuerpo, antes de cubrirlo de tierra, pusieron las flores blancas.

Las flores que yo había llevado en la mano el día que el jefe decidía qué hacer conmigo.

Me quedé en la fila de detrás, sin moverme, mirando las flores caer sobre la tela que envolvía a Dùghall. Eilidh me miró un momento, leyó algo en mi cara, y me cogió del codo. No dijo nada. Solo me sostuvo el codo hasta que terminó el cántico.

* * *

Cailean estuvo en el entierro, pero no a mi lado.

Estuvo con el jefe, en la primera fila, en la postura específica de quien no es familia directa del muerto pero sí es responsabilidad sobre el muerto. Eso lo entendí ahí. Cailean no era solamente sobrino del jefe. Cailean era el siguiente. El que mandaba después. El que respondía cuando el jefe no podía o no estaba.

Eso explicaba muchas cosas. Explicaba que tomara decisiones sin pedir permiso. Explicaba que el jefe le pusiera la mano en el hombro de aquella manera específica. Explicaba que los Mackenzie hubieran mandado a hablar con él tan a menudo como con el jefe.

Y explicaba algo más, algo que tardé en formular del todo y que tenía que ver con quién se casaba un hombre que iba a ser el siguiente en mandar un clan. No con cualquiera, eso seguro. No con una extranjera vestida raro y con un acento que nadie reconocía y un pasado que no se podía verificar.

Eso lo dejé en suspenso, sin acabar de pensarlo. Había cosas más urgentes.

* * *

Lo más urgente llegó esa misma tarde.

Mòrag y yo estábamos revisando al herido de la flecha en el muslo, que iba mejor de lo que tenía derecho a ir, cuando entró Eilidh con una expresión que no era la habitual.

Habló con Mòrag. Mòrag la escuchó. Mòrag me miró.

Levanté las cejas. ¿Qué?

Eilidh me hizo el gesto de venir. Las dos juntas salimos de casa de Mòrag y cruzamos la aldea hasta la casa grande del jefe.

Era la primera vez que yo entraba allí.

Dentro era más amplio que las otras casas, con dos habitaciones, un fuego grande en el centro y una mesa larga de madera oscura.

Olía a humo viejo y a cuero. En la mesa estaba sentado el jefe, con dos hombres a un lado y Cailean al otro.

Cailean me vio entrar y algo en su cara hizo el cálculo rápido de lo que estaba a punto de pasar.

El jefe me señaló un banco enfrente de él.

Me senté. Eilidh se quedó de pie detrás de mí. No se le había invitado a sentarse.

El jefe habló.

Habló durante un rato largo, en gaélico, con esa entonación que tienen los hombres que mandan cuando explican algo importante a alguien que no manda. Yo no entendí nada. Cailean tradujo cuando terminó.

—Mackenzie quieren hablar. Paz. Paz de verdad esta vez.

Asentí.

—Pero piden una cosa. Para probar.

Levanté las cejas.

—Piden... una mujer. De los MacRae.

Tardé un momento en procesar.

—¿Una mujer? ¿Para?

—Casarse. Hombre Mackenzie. Hombre importante. —Pausa—. Une dos clanes.

—Una boda política.

—Sí.

Me quedé callada. Mirando la mesa. Mirando al jefe que esperaba mi reacción con la cara de un hombre que llevaba treinta años negociando vidas humanas como quien negocia parcelas.

Levanté los ojos despacio hasta encontrar los de Cailean. Él no apartó los suyos

—¿Y por qué me contáis esto a mí?

—Porque te piden a ti.

Lo que siguió no fue cómodo. Fue el tipo de información que se asienta despacio, desde arriba hacia abajo, sin pedir permiso.

—¿A mí?

—Sí.

—Ni siquiera me conocen.

Cailean dudó. El jefe le dijo algo y Cailean tradujo.

—Saben que estás aquí. Saben que salvaste gente. Piensan... que si MacRae te da a ellos, es regalo. Regalo grande.

—Soy un regalo.

—En cabeza de ellos. Sí.

—¿Y en la tuya?

No me contestó.

El jefe habló de nuevo y Cailean escuchó con atención, asintió una vez, y se giró hacia mí.

—El jefe dice... es tu elección.

Lo miré.

—Sí. Tú no eres MacRae. Él no manda en ti.

—¿Pero?

—Si dices no... quizá vuelve guerra. Quizá no. No es seguro.

—Y si digo que sí, me caso con un desconocido en otro clan y no os vuelvo a ver.

Una pausa muy larga.

—Sí.

Lo procesé despacio. Tres respiraciones.

Miré al jefe. El jefe me sostuvo la mirada con esa neutralidad estudiada de los que han aprendido a no influir en las decisiones difíciles.

Levanté la mano. Junté el índice y el pulgar dos veces.

—¿Cuánto tiempo?

Cailean tradujo. El jefe contestó.

—Tres días.

Asentí.

Me levanté. El jefe levantó una mano para que esperara y dijo algo más. Cailean tradujo.

—Dice... gracias. Por nuestros heridos. Por Sìle.

Asentí hacia el jefe.

El jefe asintió una vez, despacio. Era la primera vez que me miraba con algo que no era pura evaluación.

Salí.

Eilidh salió detrás de mí. No habló. Tampoco le pedí que hablara. Caminamos juntas hasta su casa y entramos y ella se sentó en el banco y yo me senté en el jergón en el suelo y nos quedamos así un rato.

Después Eilidh hizo algo que no esperaba. Se levantó, fue al rincón donde tenía sus cosas, sacó una botella pequeña de barro y dos cuencos. Sirvió. Me dio uno.

Lo probé. Era el licor del banquete. El whisky-no-whisky.

Lo bebí entero.

Eilidh asintió, conforme.

* * *

Cailean vino dos horas después.

Llamó esta vez. Lo cual me pareció innecesariamente formal después de lo que acababa de pasar, pero también era coherente con él, que tenía un sentido del protocolo que aparecía en los momentos menos esperados.

Eilidh le abrió, le miró, y salió sin decir nada.

Nos quedamos solos.

Se sentó en el banco. Yo seguía en el suelo, con la espalda contra la pared y el cuenco vacío entre las manos.

—¿Lo sabías antes?

Tardó.

—Sí.

—¿Cuánto antes?

—Dos días.

—¿Y no me lo dijiste?

—El jefe... dijo no. Hasta hoy.

—El jefe te lo prohibió.

—Sí.

—Y tú obedeciste.

—Sí.

Me quedé mirando el cuenco.

No estaba enfadada. Eso me sorprendió. Estaba algo, pero no enfadada. Era una cosa más fría que el enfado y más triste. No tenía un nombre fácil. Tenía que ver con entender, por fin del todo, que Cailean tenía una jerarquía de lealtades y yo no estaba en la cima de esa jerarquía. Estaba en algún sitio. Pero el clan estaba primero. El jefe estaba primero. Las reglas estaban primero.

Y eso era de él. Y era de su siglo. Y yo no tenía derecho a esperar otra cosa, aunque por algún motivo la hubiera esperado.

—Cailean —dije, sin levantar la vista—. ¿Tú qué piensas?

—¿De qué?

—De esto. De que me case con un Mackenzie.

Silencio largo.

—No es mi elección.

—No te pregunto si es tu elección. Te pregunto qué piensas.

Más silencio.

Levanté la vista.

Cailean tenía la cara que le había visto algunas veces en las últimas semanas, esa cara que era casi inexpresiva pero que no era inexpresiva si sabías mirar. Tenía las manos sobre las rodillas. Estaba inmóvil de la manera específica en que la gente está inmóvil cuando algo dentro se mueve mucho y tiene que compensarlo desde fuera.

—Si te vas... —dijo, despacio—. Clan está a salvo. Quizá. Algunos años.

—Esa es la respuesta del clan, Cailean.

Me miró.

—Yo soy el clan.

—No.

Lo dije bajo, pero claro.

—Tú eres una persona dentro del clan. No es lo mismo.

Otra pausa larga.

—En mi mundo... es igual.

—Ya lo sé. Por eso te estoy preguntando como persona.

Cailean me sostuvo la mirada.

—Aurora —dijo al fin, con una voz más baja de lo habitual—. No me preguntes eso.

—¿Por qué?

—Porque yo no tengo derecho. Para responder.

—¿Quién te quita el derecho?

—Yo.

Lo miré.

Algo se me ablandó por dentro y algo se me endureció a la vez. Las dos cosas al mismo tiempo, en sitios distintos, sin contradicción.

—Vale —dije.

Bajé los ojos otra vez al cuenco.

Cailean no se movió. Ni se levantó ni se acercó. Se quedó sentado en el banco con las manos en las rodillas, y por primera vez yo tuve la sensación clara de que él estaba conteniendo algo que llevaba semanas conteniendo, y que esta era una de las muchas veces que lo había contenido, pero que las próximas iban a ser más difíciles.

—Cailean.

—Sí.

—Vete.

No protestó. Se levantó. Caminó hacia la puerta. Se paró antes de salir y dijo, sin mirar atrás:

—Tres días, Aurora.

—Lo sé.

Salió.

* * *

Esa noche no dormí.

No fue un no dormir dramático. Fue un no dormir productivo, de los que tenía a veces en urgencias después de turnos largos, cuando el cuerpo estaba demasiado activado para descansar pero la cabeza ya no servía para pensar bien. Me quedé en el jergón mirando el techo, contando las vigas, haciendo listas en la cabeza.

Lista uno: razones para decir sí.

El clan estaría más seguro. Sìle no perdería a su padre en una emboscada como Dùghall. Iseabail no se quedaría viuda otra vez. Eilidh seguiría haciendo pan por las mañanas sin tener que esconder a los niños en las casas. Yo me quedaría dentro del orden de las cosas, en un clan o en otro, viva, con un techo, con la posibilidad de seguir curando gente que la necesitase.

Lista dos: razones para decir no.

Casarme con un desconocido en un mundo que no era el mío y al que no había pedido venir. Renunciar a la posibilidad de volver a casa, lo cual no había decidido todavía pero al menos seguía siendo una posibilidad teórica. No volver a ver a mi hermana. No volver a ver a mi madre. No volver a comprar un café en la máquina de la planta cuarta del hospital con los dos azucarillos que cogía siempre y nunca usaba.

Lista tres: razones que no eran razones pero que pesaban.

Sìle, mirándome con esos ojos serios mientras le metía un palillo con pomada por dentro de un corte que le había hecho yo en el cuello. Mòrag, riéndose por primera vez cuando el niño quemado salió corriendo. El abrazo torpe de Eilidh la noche de la operación. La cara del jefe al darme las gracias. El cabrito siguiendo a Sìle por la aldea. La flor amarilla aplastada en el bolsillo de mi abrigo.

Y Cailean.

Cailean diciendo no me preguntes eso porque no tengo derecho a responder.

Cailean diciendo desde el principio.

Cailean callando, durante semanas, todo lo que callaba.

A las cuatro de la mañana me levanté.

Salí de la casa sin hacer ruido. Eilidh dormía profundo, había bebido más que yo del licor de barro y se le notaba en la respiración.

La aldea estaba quieta. Hacía frío. El cielo tenía un color tirando a violeta que solo aparece en las horas anteriores al amanecer.

Caminé hasta el cercado de las cabras. Me apoyé en la valla. Las cabras dormían en un montón compacto en una esquina, todas pegadas, conservándose el calor mutuo. El cabrito de Sìle dormía contra el costado de su madre.

—Bueno —dije al aire frío—. ¿Y ahora qué?

No esperaba que el aire frío me contestara, pero algo me contestó, con una claridad que no había esperado, desde dentro de mí.

Apoyé la frente en la valla y el cabrito de Sìle abrió un ojo. Me miró y volvió a cerrarlo.

Me quedé así un rato, hasta que empezó a salir la luz por las montañas del este y volví a la casa.

Eilidh seguía dormida, pero yo no me volví a acostar. Me senté en el banco delante del fuego, eché dos troncos pequeños sobre las brasas, las soplé hasta que prendieron, y esperé.

Tenía dos días y medio.

Y una decisión tomada que iba a tener que comunicarle a un hombre que llevaba toda la noche, lo sabía sin haberlo visto, sin dormir tampoco.

CAPÍTULO 12

Lo que ella decidió

Esperé hasta media mañana para buscarlo.

No por estrategia. Por cobardía. Por esa cobardía pequeña que tenemos todos cuando sabemos lo que vamos a decir y querríamos disponer de unas horas más para no tener que decirlo todavía.

A media mañana Eilidh me preguntó algo con los ojos, vio mi cara, y me señaló hacia la puerta. Salí.

Cailean estaba en el cercado de los caballos con dos hombres, revisando los cascos de una yegua negra que había levantado la pata trasera y no quería apoyarla. Me vio llegar antes que los otros, porque me había visto llegar antes que los otros siempre, en todas las situaciones, durante todas las semanas, y porque era una costumbre suya que ahora yo entendía mejor.

Le dijo algo a los hombres. Uno se rio. El otro me miró y volvió a la pata de la yegua.

Cailean salió del cercado. Levantó la barbilla hacia el camino del este. ¿Andamos?

Asentí.

Salimos por el lado este de la aldea, hacia un camino que subía suavemente entre brezos hasta una loma desde donde se veía el valle entero. No había acompañante. Por primera vez en semanas yo salía del perímetro y nadie nos seguía a distancia.

Caminamos sin hablar un rato. El brezo todavía tenía algunas flores moradas, aunque la mayoría se habían secado ya. El viento traía un olor frío y limpio. Era uno de esos días que en Escocia son raros, sin lluvia y con luz baja y dorada que pintaba todo de una

manera que en cualquier otra circunstancia me habría hecho parar a hacer una foto.

En lo alto de la loma Cailean se paró. Yo me paré dos pasos detrás.

—He decidido.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

Me miró de lado.

—Tu cara.

—No voy a casarme con el Mackenzie.

Cailean no se movió. Siguió mirando el valle. La mandíbula no cambió, ni los hombros, ni la postura. Solo se le movieron las manos un milímetro, una contra otra, como quien aprieta algo y lo suelta enseguida.

—El jefe —dijo.

—Hablo yo con el jefe.

Negué con la cabeza cuando intentó empezar a contestar.

—Esto es mío. No es el clan el que tiene que defenderme. Soy yo la que tiene que decir lo que voy a hacer y lo que no.

—No ser simple.

—Ya sé que no es simple. Pero es así.

Silencio.

Cailean se sentó en una piedra plana. No invitó a sentarme. Yo me senté en otra piedra, a un metro.

—¿Por qué? —dijo al fin.

Levanté las cejas. ¿Por qué qué?

—Por qué tú... no vas.

Eso era una pregunta que tenía dos respuestas. Una era la del cuerpo, la que había oído al amanecer junto a las cabras. La otra era

la que iba a darle a él.

Le di la primera, porque era más limpia.

—Porque si me caso con un desconocido en un clan que no es este me muero por dentro. Y llevo demasiado tiempo muriéndome por dentro.

Cailean me miró. No pidió que repitiera. La frase le llegó sola.

—¿Y la guerra?

Tardó.

—El jefe... no va a darte. Aunque digas sí.

Levanté la cabeza.

—¿Qué?

—Dice... tu elección. Pero él ya decidió. No te da.

—¿Cuándo lo decidió?

—Hace dos días.

Lo miré.

—¿Entonces por qué me lo ha contado?

—Porque... quiere saber. Quién eres.

—¿Cómo?

Cailean buscó las palabras.

—Si dices sí... el clan sabe que eres leal al clan. Si dices no... —Pausa—. El clan sabe que eres leal a ti. Las dos cosas buenas. Razón distinta.

Me quedé mirándolo.

—Era una prueba.

—Sí.

—¿Y la guerra?

—El jefe piensa que la guerra viene. Contigo o sin ti. —Pausa—. No es... peso tuyo.

Sentí varias cosas a la vez y todas eran incómodas.

Sentí alivio, primero, porque la decisión no traía las consecuencias que yo había creído que traía. Sentí rabia, después, porque me habían puesto en una posición de elegir algo cuya consecuencia era falsa. Sentí algo más, al fondo, que era casi respeto por el jefe, porque era una manera retorcida, pero eficaz de saber lo que yo era. Y sentí, por encima de todo, una vergüenza pequeña: yo había estado dos noches casi sin dormir cargando un peso que no era el que me habían dicho que era.

—¿Tú lo sabías?

—Sí.

—¿Hace dos días?

—Sí.

—¿Y no me lo dijiste?

—No.

—Cailean.

—Lo sé… —dijo, antes de que yo siguiera—. Lo sé.

Me levanté.

Caminé unos pasos por la loma. El viento me dio en la cara y se me metió por el cuello de la túnica y por la espalda. Hacía frío y de repente lo notaba con una intensidad que no había notado en todo el camino.

Volví a sentarme. Pero esta vez no en la piedra de antes. En la que estaba a su lado.

Nos quedamos un rato sin hablar. La conversación del día del ataque seguía colgando entre los dos como una puerta que ninguno había vuelto a abrir, y ninguno la abrió ahora. No hacía falta. Eso ya estaba dicho.

Lo que había que decir era otra cosa.

—Cailean.

—Sí.

—Esto va a explotar.

—Yo sé —dijo, despacio, cada sílaba puesta con cuidado—. Pero no hoy.

—No hoy —repetí.

Nos quedamos sentados un rato. Sin hablar. Mirando el valle.

Llevaba diez minutos sentada a un metro de él siendo muy consciente de ese metro. A los pocos minutos Cailean alargó la mano y me cogió la mía. No con prisa. No con la intensidad que yo había imaginado en algunas noches malas que no le iba a contar nunca. Solo me cogió la mano y la dejó sobre la piedra entre los dos, con sus dedos cerrados alrededor de los míos, y la mantuvo así.

Su mano era cálida. La mía estaba helada. Tardó un rato en empezar a calentarse.

No nos miramos. Seguimos mirando el valle. Y por una vez no pensé nada. No verbalicé nada. No hice ninguna lista mental ni dije nada gracioso ni busqué la frase que rematara la escena. Me quedé quieta, con la mano en su mano, con el viento de las Highlands en la cara, mirando un valle que dos meses antes no sabía ni que existía.

* * *

Volvimos a la aldea por separado.

Eso lo decidió él, sin decirlo. Empezamos a bajar juntos y al llegar al primer recodo del camino me dijo ve tú primero, y entendí. No por mí. Por mí en este momento no había necesidad. Por mí en el momento siguiente, cuando lo que pasara entre los dos tuviera que tener un orden público que aún no tenía.

Bajé sola. Cailean tardó otros diez minutos en aparecer en la aldea.

Eilidh me vio entrar. Me miró la cara. Vio algo, pero no me preguntó nada. Solo me señaló el banco y me senté.

Eilidh me sirvió un cuenco con algo caliente y se sentó enfrente a mirarme comer.

A la mitad del cuenco, sin levantar la vista, le dije en castellano:

—Voy a hablar con el jefe esta tarde.

Eilidh no entendió las palabras, pero sí entendió el tono.

Asintió. Una vez. Como cuando alguien te confirma algo que ya sabía.

* * *

El jefe me recibió a media tarde.

Esta vez estaba solo en la casa grande. Sin hombres, sin Cailean. Solo él, sentado en el mismo sitio de la otra reunión, con un cuenco delante y un trozo de pan en la mano.

Hablé yo primero. En castellano, despacio, sabiendo que no me iba a entender, pero sabiendo también que algunas cosas se dicen para el aire, no para el receptor.

—No me voy a casar con el Mackenzie. Y si la guerra vuelve por eso, lo siento por todos. Pero si me quedo en este clan, me quedo como yo, no como cosa que se entrega.

El jefe me dejó hablar. No interrumpió. Cuando terminé esperó un momento, partió otro trozo del pan que tenía en la mano, y me lo ofreció.

Lo cogí.

—Tapadh leibh —dije.

El jefe asintió.

Comimos pan los dos juntos, en silencio, sentados a la mesa larga, sin necesitar a Cailean para nada. Yo no entendía lo que él pensaba y él no entendía lo que yo decía, y aun así los dos estábamos diciéndonos algo y los dos lo estábamos entendiendo.

Cuando me levanté para irme, el jefe dijo dos palabras.

No supe qué significaban.

Esa noche, mientras Eilidh me cepillaba el pelo delante del fuego porque había decidido que mi pelo era una afrenta personal a las costumbres del clan, le pregunté qué significaban esas dos palabras.

Eilidh me hizo repetirlas. Las dije lo mejor que pude.

Hizo una pausa.

Después junté las manos contra mi mejilla, las separó ella y me señaló a mí y al suelo de la casa.

—Casa —dijo en gaélico. Y después juntó las manos en el gesto de bienvenida.

Tardé en entender.

—¿Bienvenida a casa?

Entendí.

No dije nada más. Eilidh siguió cepillándome el pelo, con esa firmeza paciente que tenía para todo lo que hacía con las manos, y yo me quedé mirando el fuego.

* * *

Esa noche, ya tarde, oí unos pasos frente a la puerta. Llamaron bajo. Eilidh dormía. Yo aún seguía despierta, así que me levanté y abrí.

Cailean estaba en la oscuridad con la capa puesta y algo en la mano que tardé en identificar.

Era la flor amarilla.

La que Sìle me había dado el día del ataque. La que yo había guardado en el bolsillo del abrigo. La que se había caído sin que yo me diera cuenta, en algún momento, en algún sitio, y que él había recogido y guardado no sabía cuándo.

Me la tendió y la cogí.

—Mañana.

—¿Mañana qué?

—Mañana hablamos.

Asentí y se fue.

Cerré la puerta. Me quedé apoyada en ella un momento, con la flor amarilla en la mano, mirando la habitación oscura y el fuego bajo y a Eilidh durmiendo de espaldas a mí.

Volví al jergón.

No dormí. Aunque tampoco hice mucho por conseguirlo. Había cosas flotando entre nosotros que seguían sin decirse, y la palabra mañana, en boca de un hombre que llevaba dos meses callando, pesaba más de lo normal.

Y, sobre todo, alguien acababa de decirme bienvenida a casa.

Y yo aún no sabía qué hacer con esas palabras.

CAPÍTULO 13

El nombre de la primera mujer

Cailean vino a buscarme antes del mediodía.

Eilidh me había estado mirando toda la mañana con esa intensidad muda de la gente que sabe algo y espera ver cómo se desarrolla. Cuando llamaron a la puerta, ella levantó la cabeza, me miró a mí, no se levantó. Abrí yo.

Era él. Llevaba la capa de los días de viaje, no la de uso diario, lo cual significaba que íbamos a un sitio que no estaba al lado.

—Andamos. Lejos.

—¿Cuánto?

—Horas.

Me puse el abrigo y cogí el botiquín por costumbre, aunque ya no quedara casi nada dentro. Eilidh me alcanzó una hogaza pequeña envuelta en un paño y me la metió en el bolsillo sin decir nada.

Salimos.

* * *

Caminamos durante dos horas hacia el oeste, por un camino que se iba haciendo más estrecho y más mojado. No hablamos. No por incomodidad. Por el tipo de respeto que se le tiene al silencio cuando se va a romper con algo importante y todavía no es el momento.

A media mañana llegamos a un loch. Un lago largo y estrecho, encajado entre dos paredes de montaña, con el agua tan oscura que parecía que no tenía fondo. En la orilla había una casa pequeña, de

piedra, con el tejado medio caído y la puerta arrancada. Llevaba años abandonada. Eso se veía sin entrar.

Cailean se paró delante.

—Aquí.

Levanté las cejas hacia la casa.

—Yo vivía aquí. Antes.

Lo miré.

—¿Solo?

Pausa.

—No.

Me quedé esperando. Él no se movió. Miraba la casa con esa quietud que ya conocía y que significaba que estaba decidiendo cuánto contaba y cuánto no.

Después caminó hacia la puerta. Yo lo seguí.

Dentro la casa era muy pequeña. Una sola habitación con un hueco para el fuego en el centro, el suelo cubierto de hojas secas que habían entrado por el agujero del techo, y en una esquina los restos de lo que había sido una cama. Olía a humedad y a moho y a abandono. No olía a personas. Llevaba demasiado tiempo sin usar.

Cailean se quedó en la puerta sin entrar del todo.

—Ocho años.

—¿Hace ocho años?

—Sí.

—¿Con quién?

Tardó.

—Con mi mujer.

Lo miré.

Cailean no apartó los ojos del interior de la casa.

—¿Estás casado?

—Estaba.

—¿Qué pasó?

Cailean no contestó enseguida. Entró. Caminó hasta el hueco del fuego apagado hacía años y se agachó al lado, como si comprobara algo, aunque allí no había nada que comprobar. Después se incorporó. Y habló sin mirarme.

—Murió. De parto. El niño también.

Dejé pasar unos segundos.

—Lo siento.

—Hace mucho.

—No tanto.

Me miró por encima del hombro.

—No. No tanto.

Salió de la casa. Caminó hasta la orilla del loch y se sentó en una piedra plana al borde del agua. Yo lo seguí. Me senté en otra piedra, no a su lado esta vez, enfrente, con el agua oscura entre los dos.

—Se llamaba Iseabail.

Me quedé quieta.

—¿Iseabail?

—Sí.

—La mujer de Dùghall se llama Iseabail.

—Otra. Mismo nombre.

—Ah.

Esperé. No tenía claro qué preguntar y qué dejar en paz. Decidí no preguntar nada y esperar a ver qué soltaba él.

—Era de este clan —dijo al cabo de un rato—. Nos casamos jóvenes. Veinte. Veintidós.

—Veintidós.

—Sí. Vivimos aquí. Dos años. Después ella... esperaba niño.

—Embarazada.

—Sí. El jefe nos dio casa en la aldea. Mejor. Para el niño.

—Eilean Donan.

—Sí.

—¿Y ella murió allí?

—Sí. Tres días. Largo.

Tres días. Tres días de parto. Sin médico, sin antibióticos, sin la posibilidad de hacer una cesárea si algo se complicaba. Y se había complicado. Eso pasaba más veces que no en esos siglos. Lo sabía como dato, pero el dato sentado enfrente de un hombre cuya mujer había muerto así no era un dato, era otra cosa.

—¿Mòrag estuvo con ella?

—Sí.

—Y no pudo.

—No.

Silencio.

Pensé en Mòrag. En la cara que había puesto la primera vez que entró en la casa de Sìle. En la rabia con la que me había recibido, en la rabia que no había sido contra mí sino contra mí ocupando el sitio en el que ella, ocho años antes, no había podido salvar a la mujer del sobrino del jefe.

Y pensé en la niña que se llamaba Sìle, sobrina de Mòrag, con la misma infección que había podido llevársela. Y en cómo Mòrag había aceptado mi ayuda, después de protestar, después de luchar por su sitio, porque ya había perdido a una mujer y no iba a perder a la niña por orgullo.

—Por eso fue tan duro lo de Sìle. Para ella.

—Sí.

—Y por eso al final me dejó.

—Sí.

Asentí, despacio.

Miré el loch. El agua negra. Las dos paredes de montaña que lo encerraban. Un sitio de una belleza brutal y muy poco habitable en invierno. Y aun así Cailean y su mujer habían vivido allí dos años, recién casados, en una casa de una habitación, con un fuego en el centro y probablemente la convicción de los muy jóvenes de que la vida iba a darles lo que ellos esperaban.

—¿Por qué me cuentas esto, Cailean?

Me miró.

—Porque tú no sabes.

—Eso es obvio.

—Porque... si te quedas. Tienes que saber.

—¿Saber qué?

Tardó. Construyó la frase despacio, palabra a palabra, como quien apoya un pie y después el otro en piedras sueltas.

—Que la tuve. —Pausa larga—. Y que no quiero otra vez.

Aparté la vista.

Esta vez no miré el loch ni la casa ni a él. Miré una piedra concreta a mis pies, una piedra gris con una veta blanca atravesándola, y me concentré en ella mientras dentro de mí pasaba algo que no quería que se me notara en la cara.

—Yo no puedo prometerte eso.

Asintió. Lentamente.

—Lo sé.

—No sé si me voy a quedar. No sé qué quiero todavía.

—También sé.

—¿Y aun así?

—Aun así.

Tardé en hablar otra vez.

—¿Y qué quieres tú?

Me miró.

—Que estés. —Pausa—. Hoy. Mañana. No más.

—Eso es muy poco para construir nada.

—Lo sé.

* * *

Cailean se levantó al cabo de un rato. Se acercó a la casa. Se metió dentro. Lo oí moverse durante unos minutos. Después volvió a salir con algo en la mano que tardó en mostrarme.

Era un broche.

Pequeño, de metal oscurecido por los años, con un dibujo de un nudo céltico apretado y un círculo en el centro donde habría habido una piedra que ya no estaba.

Me lo tendió.

—De ella.

Lo cogí con cuidado.

—Cailean, esto es...

—No lo uses. Si no quieres. —Pausa—. Solo tenlo.

—¿Por qué?

—Porque si te vas... quiero que algo de aquí vaya contigo.

—¿Y si me quedo?

Hizo el gesto de soltar algo, abriendo los dedos despacio.

—Entonces ya no es mío de guardar.

Lo miré.

Cailean tenía la cara muy seria. No era la cara cerrada de siempre. Era la cara abierta de un hombre que había decidido contar algo y que ahora no tenía a dónde ir con la cara, porque ya estaba todo dicho y no había marcha atrás.

Cerré los dedos alrededor del broche.

—Lo guardo.

—Bien.

Cailean no se sentó. Se quedó de pie, cerca, lo suficientemente cerca para que yo notara el calor que salía de él en el aire frío del loch. Era una cosa muy física y muy inconveniente y decidí no hacer nada con ella. Después él volvió a sentarse en su piedra, frente a mí, con el loch entre los dos.

Nos quedamos en silencio mucho rato. No uno de los silencios incómodos. Uno de los otros. Uno de esos en los que dos personas comparten algo que no necesita más palabras durante un buen rato porque las palabras ya hicieron lo que tenían que hacer.

* * *

A la vuelta, cuando estábamos llegando otra vez al perímetro de la aldea, Cailean se paró.

—Aurora.

Levanté la cabeza.

—Una cosa más.

—Dime.

—La grieta. De donde tú vienes.

Algo se me apretó por dentro.

—¿Qué?

—No es solo una.

Lo miré.

—¿Cómo?

—Hay otras. En las montañas. —Pausa—. Mi gente las conoce. Las llamamos... lugares de paso.

—¿Pasan cosas en ellas?

—A veces.

—¿La gente lo sabe?

—Algunos. Mòrag sabe.

Levanté la cabeza.

—¿Mòrag lo sabe?

—Sí.

—¿Y no me lo ha dicho?

Cailean hizo una pausa larga.

—Porque pensó, al principio, que tú venías de una. Y que por eso eras... bean-shìth. —Otra pausa—. Después cambió. Pero no lo habló.

—¿Y por qué me lo dices tú ahora?

Me miró.

—Porque tienes derecho a saber.

—¿Saber qué exactamente?

—Que hay más de una. Y que algunas están más cerca.

Me quedé quieta.

—¿Hay una cerca?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Medio día andando.

Tragué saliva.

—¿Y si voy ahí, puedo volver?

—No sé.

—¿Por qué no?

—Porque no es siempre. Y porque algunos que entran... no salen al otro lado.

—¿No salen?

—Sí.

—¿Y los demás?

—Salen donde quieren. O donde no quieren.

Me quedé mirando el suelo. Sentí frío en sitios donde no debería estar haciendo frío.

—¿Por qué coño me lo cuentas ahora, Cailean?

Tardó en contestar.

—Porque hoy te di un broche. Y te dije lo que te dije. —Pausa—. Y no quiero que te quedes solo porque no sabes que puedes irte.

Lo miré.

Lo miré entero. La barba con dos hebras grises, la cicatriz de la barbilla, los ojos grises con el círculo más oscuro alrededor del iris, las manos callosas que llevaban toda la vida haciendo cosas duras, la postura de alguien que había sido jefe en pequeño y que iba a serlo en grande, el hombre que llevaba semanas hablando lo justo y guardando flores que se le caían a una mujer del bolsillo.

—Eres una persona muy difícil, Cailean…

Algo en su cara se movió. Casi una sonrisa. La mueca de un lado, la de siempre.

—Sí.

—Vámonos.

Caminamos los últimos metros hasta la aldea sin decir nada más. Cuando entramos por el lado este, Eilidh nos vio desde su puerta. Nos miró a uno y a otro. No dijo nada. Pero se le notó algo en la cara.

Yo entré en su casa. Cailean siguió hacia la casa grande del jefe.

Esa noche, antes de dormir y sin saber todavía si estaba cabreada, saqué el broche del bolsillo del abrigo. Lo dejé en el suelo a mi lado, sobre la flor amarilla seca de Sìle. Dos objetos pequeños, juntos en el suelo de una casa que no era la mía, en una aldea que no era la mía, en un siglo que no era el mío.

Y a medio día de allí, en algún sitio de las montañas, una grieta que no había visto todavía esperaba sin avisar.

Mi cabeza tardó dos horas en dejarme dormir.

CAPÍTULO 14

Lo que sabe Mòrag

Tardé dos días en hablar con Mòrag.

No por estrategia. Porque cada vez que iba a empezar la conversación llegaba alguien, o se rompía algo, o pasaba algo que necesitaba sus manos antes que mis preguntas. La aldea tenía una capacidad infinita para urgencias pequeñas. Una cabra parida mal, un niño con tos, una mujer mayor con dolor en el pecho que no era infarto, pero que la asustaba. Mòrag y yo nos pasábamos las horas sin tener una sola conversación porque las conversaciones había que arrancarlas a un día que no las daba sin pelea.

Al tercer día decidí esperarla por la mañana en su casa antes de que llegara nadie.

Llegué cuando aún no había salido el sol. Mòrag ya estaba despierta, removiendo algo en una olla pequeña, con la cara de alguien que llevaba un rato pensando en cosas no agradables.

Levantó la vista cuando entré. Asintió y señaló el banco.

Me senté.

Esperé a que terminara de hacer lo que estuviera haciendo. Tardó cinco minutos. Cuando colgó la olla de su gancho y se sentó enfrente, con un cuenco de algo caliente en cada mano, supe que era ella la que iba a hablar primero.

Me dio uno de los cuencos. Era una infusión amarga. La bebí.

—Cailean —dijo, y junto a su nombre hizo el gesto del que habla y luego me señaló a mí.

Bebió de su cuenco. Yo del mío y estuvimos así un rato, las dos calentándonos las manos contra el barro y mirándonos calladas. No

sabía por dónde me iba a salir.

Después se levantó. Se acercó a la puerta. La abrió. Llamó con voz baja a uno de los niños que pasaba por la calle y le dijo algo corto. El niño salió corriendo.

Volvió a sentarse.

No me explicó. No hizo falta. Tres minutos después se abrió la puerta y entró Cailean.

Llevaba la cara de alguien al que han avisado de una conversación a la que preferiría no asistir. Pero entró igual. Saludó a Mòrag con un movimiento de cabeza. Me miró un instante y se sentó en el otro extremo del banco, dejando un hueco entre nosotros.

Mòrag le dijo algo en gaélico. Cailean asintió. ilidh asintió con la satisfacción de alguien que ha esperado suficiente tiempo fuera con el frío.

—Va a contarte lo que sabe —dijo en castellano—. Yo traduzco.

—Vale.

Mòrag esperó a que terminara. Después empezó.

Habló despacio, no por mí sino por él, dándole margen para encontrar las palabras. Su gaélico tenía una cadencia que ya reconocía aunque no entendiera el contenido. Cailean escuchaba un trozo, asentía, y traducía.

—Hay tres grietas que conocemos —dijo Cailean—. Quizá más. La más cerca está a medio día de aquí, hacia el oeste.

Asentí.

Mòrag siguió. Cailean tradujo.

—Ella ha ido tres veces. La primera de joven, por curiosidad. La segunda buscando a una amiga que había desaparecido.

—¿La encontró?

Cailean miró a Mòrag. Mòrag negó.

—No.

—¿Y la tercera vez?

Mòrag habló más largo esta vez. Cailean tardó en empezar.

—El año pasado. Para ver si la grieta seguía abierta o se había cerrado.

—¿Eso pasa?

—Sí.

Bebí. Mòrag bebió. Cailean esperó.

—Pregúntale —dije— cuánta gente conoce que haya entrado.

Cailean tradujo. Mòrag levantó cinco dedos.

—Cinco. En toda su vida.

—¿Volvieron?

Mòrag levantó tres.

—¿Y las otras dos?

—No volvieron.

Tragué saliva.

—¿Y las tres que volvieron?

Mòrag empezó a hablar otra vez. Cailean tradujo más despacio, palabra a palabra.

—Una volvió el mismo día. Lejos. A dos días andando del sitio por el que había entrado.

—Vale.

—Otra volvió cuarenta años después. Vieja. Dijo que estar en otra tierra. Con gente distinta.

Me quedé quieta.

—¿Cuarenta años?

—Sí.

—¿Y la tercera?

—Tres semanas. Para los demás. Tres días para ella. No creyó cuando se lo dijimos.

Asentí. No tenía nada que añadir.

Mòrag me sostuvo la mirada. No con dureza. Con la atención de quien está dándote información peligrosa y necesita saber si la estás procesando bien.

Cailean tampoco habló. Esperó. Mòrag esperó con él.

Bebí lo que me quedaba.

—¿Por qué ha decidido decírmelo ahora?

Cailean tradujo la pregunta. Mòrag respondió mirándome directamente, sin dirigirse a él. Cailean tradujo después, con cuidado de no añadir nada.

—Porque tú salvaste a Sìle. Porque dijiste no al Mackenzie. — Pausa, mientras Mòrag terminaba la frase—. Y porque él te dio el broche.

—¿Sabes lo del broche?

Cailean tradujo. Mòrag soltó un sonido por la nariz que podía ser una risa contenida o un suspiro.

—Eilidh sabe. Yo sé. El jefe sabe.

—Genial.

Cailean casi sonrió. Mòrag también, una fracción de segundo. Después le dijo a Cailean algo más, más bajo. Cailean tardó en traducir.

—Hay otra cosa.

—¿Qué?

Cailean tradujo mientras Mòrag hablaba.

—Cerca de la grieta del valle vive una mujer. Sola. En una cabaña.

—Vale.

—Esa mujer también vino por grieta.

Levanté la cabeza.

—¿Una mujer que viajó como yo?

Cailean asintió antes de que Mòrag terminara.

—Sí.

—¿De cuándo?

Mòrag negó despacio.

—No sabe —tradujo Cailean—. Habla raro. Un idioma que no es el suyo y no es el mío y no es el tuyo. Otro.

—¿De qué época?

Mòrag levantó las manos en un gesto de no saber.

—Lleva mucho aquí —dijo Cailean—. Más años de los que ella vive.

Me quedé sin aire un momento.

—¿La conoce?

Mòrag nos observaba en silencio.

—Va a verla a veces. Le lleva plantas. La mujer sabe cosas que ella no sabe.

—Quiero verla. Que me lleve.

Cailean tradujo despacio.

—La mujer no quiere ver a otros como ella. Dice que duele.

—Pero quizá conmigo...

Mòrag se encogió de hombros. Habló. Cailean tradujo de nuevo.

—Quizá. Pero solo si tu fear —y aquí Cailean dudó un segundo antes de terminar la frase— quiere.

—¿Mi qué?

Cailean no me miró cuando contestó.

—Hombre.

Volví la cabeza hacia él.

—¿Por qué tiene que decir él que sí?

Mòrag empezó a contestar. Cailean levantó la mano una vez, suavemente, pidiéndole que esperara. Mòrag esperó.

Cailean miró el cuenco vacío entre las manos de Mòrag. Después me miró a mí.

—Porque esa mujer fue la primera mujer que yo conocí —dijo, en su castellano lento, sin ayuda de Mòrag esta vez—. Antes de Iseabail. Antes de todas.

Me quedé quieta.

—¿La primera mujer?

—Sí.

—¿En qué sentido?

—En el sentido que entiendes, Aurora.

Mòrag me miró. Bebió de su cuenco sin apartar los ojos de mí. Yo cogí el mío con las dos manos porque necesitaba poner las manos en algún sitio que no fuera la mesa a diez centímetros de las suyas, con la infusión amarga ya casi fría, intentando procesar al mismo tiempo demasiada información: que había más grietas, que algunas no devolvían a la gente, que había una mujer cerca que había venido como yo de algún sitio que no era este tiempo, y que esa mujer, además, había sido con quien Cailean había aprendido lo que era una cama compartida.

Bajé los ojos al cuenco.

—¿Cuántos años tiene ella ahora?

Mòrag respondió antes de que Cailean tradujera.

—Setenta. Quizás más.

—¿Y tú, Cailean?

—Treinta y uno.

Hice las cuentas mentalmente. Cuando Cailean tenía dieciséis o diecisiete, ella tendría treinta y cinco. Eso era una manera muy

concreta de empezar.

—¿La quisiste?

—Sí.

—¿Y ella a ti?

—A su manera. Sí.

—¿Por qué no os quedasteis juntos?

Tardó.

—Porque ella no quiere a nadie cerca mucho tiempo. Porque tiene cosas que no puede compartir.

—¿La gente del clan lo sabe?

—Sí. No se habla. Pero se sabe.

Asentí.

Mòrag dijo algo más, mirándome. Cailean tradujo.

—Si vas a verla, tienes que saber. Y si no vas, también.

—Vale.

Me quedé un momento en silencio. Bebí el último trago, frío y amargo, y dejé el cuenco en el suelo a mi lado.

—Quiero ir.

Mòrag levantó las cejas hacia Cailean. Cailean tradujo. Mòrag asintió. Después preguntó algo.

—Pregunta por qué.

—Por dos razones. Una. Porque tengo que saber si la grieta funciona o no, y cómo, y si puedo decidir algo de verdad o si llevo dos meses tomando decisiones que ya estaban tomadas. Dos. Porque quiero hablar con esa mujer.

Cailean tradujo. Mòrag escuchó, asintió.

—¿Para qué con ella? —preguntó Cailean, sin traducir, ya por su cuenta.

Lo miré.

—Para saber qué se pierde de uno cuando uno se queda. Y qué se gana.

Cailean no tradujo rápido. Miró el suelo un momento. Después se lo dijo a Mòrag en su idioma, despacio.

Mòrag asintió. Hizo después una cosa que no esperaba. Se levantó, vino hasta donde yo estaba, me puso una mano en la coronilla, y la dejó ahí un segundo. Un gesto antiguo, no de cariño exactamente, de algo más parecido a una bendición práctica.

Después volvió a su sitio y empezó a recoger los cuencos.

Yo me levanté.

Cailean me siguió hasta la puerta. Antes de salir, sin mirarlo, le dije en voz baja:

—Pasado mañana.

—Pasado mañana —repitió.

Salí.

* * *

Lo encontré a la hora de comer en el cercado de los caballos.

Estaba con la yegua negra de la pata mala, que ahora apoyaba ya las cuatro y comía tranquila. Cailean le rascaba el cuello con una atención muy específica, esa atención que tienen algunos hombres con los animales y que en algunos casos es lo más parecido a un idioma compartido que pueden tener.

Cuando me vio acercarme, no se sorprendió. Como si me esperara.

—Quiero ir a verla.

—Ya lo sé.

—¿Vas a venir conmigo?

—Sí.

—¿No te resulta raro?

—Sí.

—¿Vas a venir igual?

—Sí.

Asentí.

—Pasado mañana.

—Pasado mañana. Mañana tengo reunión con tres hombres del jefe que no puedo perder.

—Vale.

—Aurora.

—¿Sí.

—Si la grieta está abierta y tú quieres irte... —Paró. Volvió a empezar—. Si quieres irte, yo no te detengo.

—Ya lo sé.

—Quería decirlo.

—Lo sé.

Otro silencio.

—Cailean.

—¿Sí?

—¿Sigues queriendo solo hoy y mañana?

Tardó un momento.

—No.

—¿Y ahora qué?

—Ahora quiero más, pero no te lo pido. Porque tú no estás todavía donde se puede pedir.

Asentí.

Era exacto. Era exactamente la frase que él podía decirme y que yo podía recibir sin que se me estropeara nada por dentro. Y eso era lo más complicado y lo más bonito de Cailean: que llevaba meses

calibrando hasta dónde podía decir lo que sentía sin pasar la línea de lo que yo podía sostener.

Le puse una mano en el brazo. Solo eso. Un segundo. Después la quité y volví a la aldea.

* * *

Esa tarde Eilidh estaba en su casa cuando entré. Estaba zurciendo algo y me miró.

Junté las manos en gesto de andar, levanté dos dedos, después señalé hacia el oeste.

Eilidh asintió. No se sorprendió.

—Cailean —dijo, e hizo el gesto de hablar.

—Te lo ha dicho.

Asintió aunque no me había entendido y siguió zurciendo. Pero después de un rato, sin levantar la vista, dijo en su gaélico, despacio, palabra a palabra para que yo pudiera seguir:

—Till... aquí. —Y señaló el suelo de la casa.

Tardé un segundo. Till significaba vuelve. Lo había aprendido con ella.

—¿Que vuelva aquí?

Asintió. Hizo el gesto de su jergón, después el suelo, después su corazón. Después negó con la cabeza y abrió las palmas: no decidas allí.

—Vale —dije.

Esa noche soñé con el loch oscuro y con una cabaña que no había visto todavía y con una mujer que hablaba un idioma que no entendía y que me miraba con una cara que era la mía dentro de veinte años.

Me desperté antes del amanecer.

CAPÍTULO 15

La mujer del valle

Salimos al amanecer.

Cailean, Mòrag y yo, los tres a pie, con dos sacos pequeños y comida para dos días. La yegua negra se había quedado en el cercado. Mòrag había dicho que era mejor llegar sin caballos. No lo había explicado más y nadie había preguntado.

La mañana era seca y fría, con una niebla baja que se levantaba en jirones cuando subía la luz. Cailean iba delante, Mòrag detrás, yo en medio. Esa colocación me llamó la atención. Era la colocación de proteger algo.

Caminamos durante tres horas sin hablar mucho. Mòrag iba a un paso firme y constante, sorprendentemente firme para una mujer de su edad, y Cailean adaptaba el suyo al de ella. Yo iba detrás de los dos pensando que cuanto más tiempo dedicáramos a llegar, más tiempo tenía para no llegar, y eso era una sensación contradictoria que decidí no examinar.

A media mañana cruzamos una garganta entre dos colinas y empezamos a bajar. El paisaje cambió. Menos brezo, más helecho. Un arroyo corriendo a la izquierda del camino. Y, después de otra media hora, una cabaña.

Era pequeña. Más pequeña que la del loch de Cailean. Tenía la chimenea humeando. Y delante, en una huerta diminuta perfectamente cuidada, había una mujer arrodillada arrancando malas hierbas.

Levantó la cabeza cuando nos oyó llegar.

Se incorporó.

Era alta. Más alta que yo. Setenta años o así, como había dicho Mòrag, pero los llevaba de una manera que no era la de las mujeres del clan. El pelo gris le daba una autoridad que no necesitaba del gesto. Tenía el pelo gris recogido en una trenza larga sobre el hombro, los ojos muy oscuros, y una postura recta de alguien que había sabido siempre que era alta y nunca había intentado disimularlo. Llevaba ropa de las Highlands, pero la llevaba como un traje prestado.

Nos miró a los tres por orden. A Mòrag asintió. A Cailean no le quitó los ojos de encima durante un par de segundos que se hicieron largos. Y a mí me miró durante un rato.

—Tu vieni di lontano —dijo al fin.

Italiano.

Era italiano. Lo reconocí porque mi cuñado era italiano y porque había estado dos veces en Bolonia.

—Vengo da molto lontano —dije, en el italiano cojo que había practicado con mi cuñado—. Non parlo bene.

La mujer me sostuvo la mirada.

—Español —dijo, ahora en castellano, con un acento muy distinto al mío, más antiguo, con las erres más vibradas—. ¿De qué parte?

—Madrid.

—Yo era de Florencia. —Pausa—. Hace mucho.

Asintió hacia la cabaña.

—Entrad.

* * *

Dentro la cabaña estaba ordenada de una manera que no había visto en el clan. Las cosas estaban en sitios pensados. Había un banco junto al fuego, una mesa pequeña, estantes con frascos de barro etiquetados con marcas que parecían un sistema propio. Una cama estrecha al fondo, con una manta doblada con esquinas exactas.

Olía a hierbas secas, a humo limpio y a algo más floral que no identifiqué.

—Sentaos.

Mòrag se sentó en el banco con la familiaridad de quien había estado allí muchas veces. Cailean se quedó de pie cerca de la puerta. Yo me senté en un taburete bajo que la mujer me indicó con un gesto.

Puso una olla pequeña sobre el fuego.

—Me llamo Lucia —dijo, mientras encendía las brasas con un movimiento muy preciso—. Lucia da Firenze. Pero aquí nadie usa el apellido. Lucia basta.

—Aurora.

—Aurora. Hermoso nombre. ¿Te lo pusieron por la del cuento o por la luz del amanecer?

—Por la luz.

—Mejor.

Mòrag le dijo algo en gaélico. Lucia contestó en gaélico, con el mismo acento antiguo que tenía en castellano. La conversación fue corta.

—Mòrag me ha contado lo de la niña —me dijo Lucia—. La sobrina. Y lo del Mackenzie. Has estado ocupada.

—Sí.

—¿Hace cuánto que estás aquí?

—Casi dos meses.

—¿Y cómo viniste?

Le conté. Brevemente. La oveja, la caída, la grieta, la cueva, Cailean. Lucia escuchó sin interrumpir. Mòrag, a su lado, también escuchaba aunque ya sabía la historia. Cailean miraba el fuego.

Cuando terminé, Lucia me sirvió un cuenco de algo caliente. Lo cogí. Olía a manzanilla y a algo más.

—¿Y tú?

Lucia se sentó enfrente.

— Yo vine en mil quinientos diez. Tenía veintidós años.

Tardé en procesar.

—Mil cuatrocientos.

—Sí.

—Llevas aquí...

—Cuarenta y ocho años.

Bebí un trago de la infusión sin saber bien por qué lo hacía.

—¿Llegaste de Florencia?

—Llegué de Pisa, en realidad. Mi familia tenía una casa de campo. Yo estaba escondida ahí porque había hecho algo que en Florencia se castigaba.

—¿Puedo preguntar qué?

—Leí libros que no debía. Y dije que los había leído. Y dije lo que pensaba sobre lo que había leído.

—Ah.

—Era el momento equivocado y la ciudad equivocada y la familia equivocada. Habían empezado a quemar libros en la piazza. No es exageración. Yo era amiga de la hija de un imprentero y a su padre lo encerraron. A mi padre le dijeron que controlara a su hija o ya verían. Mi padre me mandó al campo.

—¿Y allí encontraste una grieta?

—Allí encontré dos cosas. Un hombre, y una grieta. En ese orden.

—¿Quién era el hombre?

Lucia sonrió. Era una sonrisa muy elegante.

—Da igual quién era el hombre, Aurora. El hombre era un error. La grieta fue la consecuencia.

—¿Por qué dices que fue la consecuencia?

—Porque cuando el hombre me dejó, yo me senté en una piedra cerca de un olivar a llorar como una idiota. Y la piedra estaba al lado de una grieta. Y yo no estaba prestando atención.

—Ah.

—No es así de simple. Pero sí.

Asentí.

—¿Y caíste aquí?

—Caí cerca de Aberdeen. Tardé dos años en llegar aquí.

—Dos años.

—Dos. Aprendí inglés primero. Después gaélico. Después me cansé de la gente de Aberdeen y vine al oeste. Me instalé aquí.

Pausa.

—Y a los pocos años conocí a un chico de dieciséis años que se había hecho un corte en el brazo cazando y que vino a verme porque alguien le dijo que yo curaba heridas. Y le curé. Y volvió. Y volvió. Y volvió…

Cailean, junto al fuego, no se movió. Tenía la cara muy quieta. Pero algo en sus hombros se había relajado un milímetro, como cuando alguien deja por fin de aguantar algo.

Lucia lo miró. Le dijo algo en gaélico. Por el tono entendí lo justo: has crecido bien.

Cailean asintió una vez. Eso fue todo.

Lucia se giró otra vez hacia mí.

—Aurora. Tienes preguntas. Hazlas.

Tenía muchas. Las había ordenado en el camino. Las había desordenado nada más entrar. Empecé por la peor.

—¿Has intentado volver?

Pausa.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Tres veces. La primera, a los dos años. La segunda, a los diez. La tercera, a los veinte. Ninguna funcionó.

—¿Cómo que no funcionó?

—La grieta no se abrió.

—¿Se abre cuando quiere?

—Se abre cuando se abre. Yo no he descifrado el patrón. Mòrag tampoco.

—Pero…

—Pero algunas veces, sí. Algunas veces sí se abre.

—¿Cómo sabes cuándo está abierta?

Lucia bebió de su cuenco.

—Hay señales. Pequeñas. El aire alrededor de la grieta vibra un poco. Los animales no se acercan. A veces hay olor. A veces no hay olor donde debería haberlo.

—¿Y ahora?

—Ahora no sé. Hace seis meses que no voy a mirar. Está a una hora de aquí. Si quieres podemos ir esta tarde.

—¿Y si está abierta?

Lucia me sostuvo la mirada.

—Si está abierta y entras, tienes tres opciones.

—¿Cuáles?

—Sales al otro lado, en algún sitio del mundo, en algún momento del tiempo. Sales en tu sitio, en tu tiempo. O no sales.

—¿Las probabilidades?

—No las hay. No es física, Aurora. Es otra cosa.

Bebí.

—¿Qué hiciste cuando entendiste que no podías volver?

Lucia se quedó un momento en silencio. Después dijo:

—Lo entendí en la tercera vez. Y lloré tres días. Y después decidí que no iba a llorar más. Y construí esto.

—¿Y has sido feliz?

—No siempre. He tenido épocas. He tenido amigos. He tenido a Mòrag, que es la mejor amiga que he tenido en cualquier siglo. He tenido a Cailean. He tenido pacientes. He tenido un huerto. He conseguido libros, he escrito algunos que aquí no podré publicar nunca, pero que están escritos…

—¿Has tenido pareja formal?

—Sí. Dos veces. Una larga, doce años. El segundo, tres. Los dos están muertos.

—Lo siento.

—Es lo que tienen los siglos en los que la gente muere antes.

Hizo una pausa.

—Aurora. Te voy a decir una cosa que sé y que no sé si te conviene. Pero me la habría dicho a mí, así que te la digo a ti.

—Dime.

—Lo más difícil no es no poder volver. Lo más difícil es aprender a no extrañar lo que ya no existe.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando yo llegué, Florencia estaba viva. Mi madre estaba viva. Mi hermana estaba viva. Las calles que yo conocía estaban en pie. Mis libros existían. Mi cuerpo de niña que había corrido por esas calles había sido real. Pero ahora… todo eso lleva siglos muerto. Mi madre seguramente ya esté muerta. Y aun así yo la extraño como si la hubiera visto la semana pasada, porque para mí la vi la semana pasada. Y mi mente no se acomoda. Lleva cuarenta y ocho años sin acomodarse.

Me quedé mirando el cuenco.

Pensé en mi madre. En su voz por teléfono diciendo bebe agua, hija. En su cocina con las baldosas de los setenta. En el olor de la lavadora vieja. En todo eso que existía en algún rincón de mi mente como algo presente, no como algo histórico.

—¿Y los que se quedan, lo entienden?

—No. No del todo.

—¿Cailean lo entiende?

Lucia miró a Cailean.

—Cailean lo entiende más que la mayoría —dijo—. Pero no del todo. Es imposible.

Asentí.

—¿Hay algo bueno?

Lucia sonrió.

—Sí.

—¿Qué?

—Que el tiempo de un sitio es el sitio. Y los siglos son distintos pero el tiempo de cada uno es tan denso como el de cualquier otro. Las personas son personas. El amor es amor. La amistad es amistad. La medicina es medicina aunque cambien los nombres. Tú aquí estás haciendo cosas que importan. Igual que las hacías allí. Solo cambia el entorno.

—¿Y es suficiente?

—No lo sé. A mí me ha sido suficiente. A otros no.

—¿Otros?

—Sí. Yo no soy la única que ha venido. En los últimos cuarenta y ocho años he conocido a cinco más. Tres se quedaron. Dos lo intentaron y volvieron, y uno de los dos no sobrevivió al regreso.

—¿No sobrevivió?

—Salió del otro lado, sí. Pero no fue al sitio que esperaba, ni al tiempo que esperaba. Las grietas no son obedientes.

Silencio.

—Lucia.

—¿Sí?

—¿Tú lo intentarías una cuarta vez?

Lucia me miró con esos ojos muy oscuros.

—No.

—¿Por qué?

—Porque a esta edad ya soy más de aquí que de allí. Y porque la posibilidad de no salir al lado correcto es demasiado grande. Y porque tengo plantas que cuidar.

—¿Y si todavía fueras joven?

Pausa larga.

—No lo sé, Aurora. Esa pregunta la he pensado muchas veces y nunca tengo la misma respuesta.

Asentí.

* * *

Comimos los cuatro juntos. Pan, queso, algo que Lucia había cocinado por la mañana y que sabía a algo que ninguno de los del clan habría sabido cocinar. Una receta italiana adaptada con lo que se podía conseguir aquí.

Mòrag y Lucia se hablaron en gaélico sobre cosas que no me incumbían. Cailean comió en silencio. Yo también.

Habíamos comido en un silencio que en otro contexto habría sido incómodo y que aquí era simplemente cuatro personas con demasiadas cosas en la cabeza y comida suficiente para no tener que hablar. Yo había comido más que nadie. El miedo siempre me había dado hambre, lo cual era una respuesta fisiológica que nunca había sabido si admirar o preocuparme.

Después de comer, Lucia se levantó.

—Voy a llevarte a la grieta.

—¿Ahora?

—Ahora mejor. Está cerca.

Cailean se levantó y Mòrag también.

—No —dijo Lucia—. Solo Aurora y yo.

Cailean dijo algo en gaélico. Lucia le contestó. Cailean replicó. Lucia se mantuvo firme.

Después se giró hacia mí y lo dijo en castellano, para que yo lo oyera también.

—Cailean. Si está abierta, no quiero que estés delante. Por ti. Por ella. Por mí.

Cailean apretó la mandíbula. No contestó, pero tampoco insistió.

Salí con Lucia.

* * *

La grieta estaba en una falda de monte, entre dos rocas grandes, exactamente como la que yo había cruzado dos meses antes. Tan parecida que se me cortó la respiración un momento al verla.

Lucia se acercó. Olfateó el aire. Puso la mano cerca de las piedras, sin tocarlas. Cerró los ojos un momento.

Yo me quedé tres pasos detrás.

Lucia abrió los ojos.

Se giró.

—Está abierta.

Me quedé sin habla un momento.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Por la vibración. El aire vibra de una manera específica. Lo notas si conoces.

—¿Puedo notarlo yo?

—Acércate.

Me acerqué. Despacio. La piedra estaba a un metro. Después a medio metro. Después podía tocarla si extendía la mano.

Cerré los ojos. Y sí. Lo sentí. No era exactamente vibración. Era una cosa más sutil. Como un sonido muy grave que no llegaba a oírse, pero que el cuerpo registraba. Como cuando estás cerca de un altavoz que no suena pero que está encendido.

Abrí los ojos.

—Está abierta.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo lleva así?

—No lo sé. No vengo desde hace meses.

—¿Va a cerrarse?

—Tarde o temprano sí.

—¿Cuándo?

—No lo sé.

Silencio.

Me quedé mirando las dos piedras. El espacio entre ellas. La grieta estrecha y oscura por la que cabía una persona si se metía de lado. Igual que la que había cruzado.

—Lucia.

—¿Sí?

—¿Y si yo entrara ahora?

—Es tu decisión.

—¿Tú qué harías?

—No es mi decisión, Aurora. Y no voy a fingir que lo es.

—Pero tú has estado en esto. Sabes lo que es.

—Sí. Lo sé.

—¿Y?

Pausa larga.

—Aurora. Te voy a decir una sola cosa más. Y después tú decides sola y yo me voy a la cabaña.

—Dime.

—Si decides irte ahora, no vuelvas para decírselo a Cailean. Vete sin más. Porque si se lo dices y se despide, ya no podrás irte. Y la grieta puede cerrarse en una hora, mañana o dentro de un año, no se sabe.

Silencio.

—Y si decides quedarte, no entres ni un paso. Ni para mirar. Porque si entras un paso, ya entraste.

—¿En serio?

—En serio.

Lucia se acercó. Me puso una mano en el hombro.

—Decide sola. Yo me voy.

Empezó a caminar de vuelta hacia la cabaña y me dejó delante de la grieta.

CAPÍTULO 16

El paso

Me quedé delante de la grieta alrededor de veinte minutos. O al menos eso calculé.

La grieta estaba ahí. Vibrando bajo, sin sonido, esperando.

Pensé en mi madre. La pensé en concreto, no como concepto. La pensé un martes cualquiera, en la cocina, calentando café en el microondas que llevaba diez años pitando mal. La pensé el día que me dijo que mi padre había muerto, con la voz que se le había puesto, esa voz pequeña que no era la suya. La pensé llamando al consulado británico, exigiendo, explicando, llorando entre llamadas y empezando otra vez. La pensé sola en el salón con la tele puesta sin volumen.

Me llevé las dos manos a la cara y apreté con las palmas.

Pensé en mi hermana. En su hijo, mi sobrino, que tenía seis años y al que le había prometido llevarlo al parque cuando volviera de Escocia. En el grupo de WhatsApp con mis amigas del hospital. En la última conversación con María, en una cafetería al lado del 12 de Octubre, donde me había dicho estás muy gris últimamente, ¿sabes?, no te pareces a ti. Yo le había dicho que sí, que era el invierno. No era el invierno.

Pensé en mi cama. En mi piso de cincuenta metros cuadrados en Carabanchel con las paredes mal pintadas y la cocina americana y el sofá que era el de mi abuela y que olía a su casa cuando hacía calor. En las plantas del balcón que se habrían muerto ya, porque yo había salido a Escocia para una semana y llevaba dos meses fuera. En el yogur de soja que había dejado abierto en la nevera y que ahora sería una guerra biológica.

Pensé en todo eso y se me apretó el pecho con la nostalgia más concreta que había sentido en la vida.

Y entonces pensé en algo más.

Pensé en que si entraba ahora, en este momento, lo más probable estadísticamente no era ni mi siglo ni mi sitio. Lo más probable era otro lado de Escocia, en otro tiempo, sin Cailean, sin Eilidh, sin Mòrag, sin Lucia, sin Sìle, sin la cabra, sin el cabrito, sin el broche que llevaba en el bolsillo, sin la flor amarilla seca que también llevaba en el bolsillo, sin la lista de plantas en gaélico escrita en el prospecto del paracetamol que estaba sobre el banco de Eilidh.

Sin nada. En un sitio cualquiera.

Y sola.

Pensé en cómo se moriría mi madre si yo no volvía. La pensé en su cocina, mirando el teléfono, esperando una llamada que no llegaría nunca. La pensé en mi entierro vacío, sin mi cuerpo dentro del ataúd, porque no había cuerpo, porque yo había desaparecido en un campo de Escocia y nadie había encontrado nada.

Y pensé también, con una claridad muy específica, que si volvía a mi siglo y a mi sitio, esa vida que extrañaba ya no me estaba esperando como estaba. Que llevaba años saliendo de ella aunque no me había dado cuenta. Que Marcos había sido un síntoma, no un problema. Que la voz que había recuperado en urgencias de Sìle, esa voz que no usaba desde antes de Marcos, no iba a sobrevivir a tres meses de vuelta a mi vida de Madrid. Que el silencio del hospital y la rutina y los turnos de noche y la familia bienintencionada y los amigos preocupados me iban a anestesiar otra vez en seis meses.

Y que eso también lo sabía. Llevaba semanas sabiéndolo. Lo había dicho en voz alta en la grieta la primera noche, creyendo que nadie escuchaba, mientras un hombre fingía estar inconsciente y escuchaba.

Bajé las manos.

Miré la grieta.

Di un paso atrás. Despacio.

Otro paso.

Otro.

Cuando estuve a cinco metros me senté en el suelo. Tenía las piernas raras. No me sostenían bien.

Saqué el broche del bolsillo. Lo miré. El nudo céltico apretado. El círculo en el centro donde habría estado una piedra.

Pensé en Iseabail. La primera. La que se había muerto de parto en tres días. Pensé en Cailean a los veintidós años, mirando un cuerpo que ya no respiraba, con un bebé que tampoco. Pensé en cómo se construye un hombre alrededor de eso. En cómo decide volver a confiar en alguien una segunda vez. En lo que le cuesta y en lo que le exige y en lo que pide a cambio.

Pensé en Lucia. En sus cuarenta y ocho años aquí. En las tres veces que había intentado volver y no había podido. En su huerta perfectamente cuidada. En la frase: lo más difícil no es no poder volver, es aprender a no extrañar lo que ya no existe.

Y pensé en una cosa más, y esta es la que me hizo levantarme.

Pensé en que llevaba veinte minutos mirando la grieta y no había hecho el gesto de entrar. Que mi cuerpo, que llevaba dos meses sabiendo cosas antes que mi cabeza, se había sentado y había mirado y había sacado el broche del bolsillo y había bajado las manos.

Y que la respuesta no estaba en la cabeza. Estaba en el cuerpo. Y el cuerpo ya había contestado.

Me levanté.

Volví a caminar hacia la grieta. Pero esta vez no para entrar.

Me acerqué. Le puse la palma de la mano a la piedra de la izquierda, encima de los grabados. La vibración me subió por el brazo con esa nota muy grave de no-sonido.

—Adiós —dije, en voz alta.

No sé a quién. A mi madre quizás. A mi piso. A mi sofá viejo. A la versión de mí que se había caído por una colina detrás de una oveja.

Quité la mano.

Me di la vuelta y empecé a caminar hacia la cabaña de Lucia.

* * *

Lucia me vio venir desde la huerta.

No me preguntó. Me miró la cara y volvió a sus malas hierbas. Mòrag salió de la cabaña con una taza en la mano, me miró, no dijo nada. Cailean salió detrás de ella.

Se quedó muy quieto en la puerta.

Caminé hasta él.

—No he entrado.

Cailean cerró los ojos un momento. Solo eso. Cuando los abrió no estaban brillantes ni nada parecido, pero algo había cambiado en la cara de una manera que un mes antes yo no habría sabido leer y ahora sí.

—¿Por qué?

—Porque no me ha salido de dentro.

Cailean asintió. Y después hizo algo que no había hecho antes: se acercó un paso. Solo uno. Lo suficiente para que yo tuviera que levantar la cabeza para mirarlo. No me tocó. Pero estaba tan cerca que podía oler el frío que traía en la ropa y algo más, el olor de él que ya conocía sin haber decidido aprenderlo.

—¿Vas a entrar? —dije.

—No.

—¿Por qué?

—Porque estás tú en la puerta.

Me sostuvo la mirada.

—¿Vas a volver más adelante?

—No lo sé.

—¿Y ahora?

—Y ahora vuelvo a la aldea contigo.

Asintió.

Eso fue todo.

No me abrazó. No me besó. No hubo ninguna escena de las que hay en las películas. Asintió, dio un paso a un lado para que yo entrara en la cabaña, y entró detrás de mí.

Lucia me sirvió un cuenco de algo caliente sin decir una palabra y me lo bebí.

* * *

Comimos otra vez los cuatro, antes de irnos. Esta vez yo hablé más. Lucia me hizo preguntas concretas sobre Madrid del siglo XXI que tardé en contestar bien porque no era tan obvio como parecía. ¿Hay tranvías? Hubo y ya no. ¿Cómo se llega de Florencia a Madrid? En avión, en seis horas. ¿Qué es un avión? La cara que puso me hizo entender que para ella eso no era curiosidad. Cada respuesta era un detalle al que se asomaba sin poder llegar.

Le dije lo que pude. Le hablé del metro. De los teléfonos móviles. De cómo era mi cocina. De cómo era mi turno en urgencias.

Lucia escuchaba con los ojos muy concentrados, como quien lee un libro despacio.

Al final se levantó y sacó algo de un cajón pequeño de la mesa.

Era un papel. Doblado en cuatro, viejo, amarillento.

Me lo dio.

—¿Qué es esto?

—Una carta. Llévala.

—¿Para quién?

—Para nadie en concreto. Para alguien que pueda leerla, algún día.

—¿Qué dice?

—Dice quién fui yo. Dice las cosas que escribí aquí y que nadie va a leer. Si tú vuelves alguna vez a tu tiempo, déjala en algún sitio donde alguien pueda encontrarla. Si no vuelves, dásela a alguien que la guarde. Da igual.

La cogí.

—Lucia.

—Lo sé. Es ridículo.

—No es ridículo.

—Un poco sí. Pero llévatela igual.

La guardé en el bolsillo. Junto al broche y la flor.

Salimos los tres de vuelta.

* * *

Caminamos de regreso en otro silencio distinto. Mòrag delante esta vez. Cailean al lado mío.

No nos cogimos la mano. No nos hizo falta.

A media tarde, en la subida de la garganta entre las dos colinas, nos sentamos a beber agua. Mòrag se adelantó unos metros para darnos espacio sin que pareciera que daba espacio.

—Cailean.

—Sí.

—No sabía qué iba a hacer hasta que no lo hice.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo tampoco.

Lo miré.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo no sabía qué ibas a hacer. Ni si ibas a volver.

—¿Y qué pensaste mientras esperabas?

Tardó.

—Pensé que si no volvías... habría sido lo correcto. Para ti.

—¿Y para ti?

—Para mí, no. Para ti, sí.

—Cailean.

—¿Sí?

—No funciona así esto.

Me miró.

—¿Cómo?

—No sé. Pero no así. Lo que es bueno para mí también tiene que ser bueno para ti, si vamos a hacer algo, sea lo que sea.

Asintió despacio. Como quien recibe una idea que necesita pensar más.

Nos levantamos y seguimos caminando.

* * *

Llegamos a la aldea al anochecer. Eilidh estaba en la puerta de su casa esperándonos como si llevara horas. Probablemente las llevaba.

Me vio.

No me preguntó nada con palabras. Me preguntó con la cara y asentí mientras Eilidh hizo una cosa pequeña con la mandíbula que era alivio.

Me señaló dentro. Pasé y Cailean se quedó fuera con Mòrag, hablando algo en voz baja que ya no escuché.

Eilidh se colocó enfrente y me dijo, en castellano nuevo, palabra a palabra, como quien estrena un par de zapatos sobre piedras:

—Mañana. Tela.

Levanté la cabeza.

—¿Tela?

Eilidh asintió. Se pellizcó la manga del jersey. Después señaló los vaqueros rotos de la caída y el jersey de H&M lleno de manchas que no salían.

—Tela. Tú. Nueva.

—¿Para ropa nueva?

—Sí.

Bajé la vista.

—Mañana hablar. Cailean. Tú. Yo.

—¿De qué?

Eilidh me miró. Hizo el gesto de una casa con las dos manos. Después me señaló a mí. Después su casa. Después negó.

Tardé un segundo.

—¿De dónde vivo a partir de ahora?

Eilidh asintió.

Bajé la cuchara.

—Eilidh.

Negó con la mano antes de que yo siguiera. Hizo el gesto del clan de los MacRae, después el de boda, después negó con fuerza y se rio una vez. No es lo que piensas.

Después se puso seria. Se señaló a sí misma, después la casa, después yo, después tres días con los dedos, después una mano abierta. Mi casa, para una noche o tres meses está bien. Después negó con la cabeza. Pero ya no.

—¿Qué soy entonces?

Eilidh se encogió de hombros. Me señaló a mí con un dedo.

Eso lo dices tú.

Asentí y miré a un punto fijo.

* * *

Esa noche, ya tarde, me senté en el banco delante del fuego y saqué los tres objetos del bolsillo del abrigo.

El broche de Iseabail. La flor amarilla seca de Sìle. La carta doblada de Lucia.

Los puse en línea sobre el banco.

Tres objetos. De tres mujeres. De tres relaciones distintas con este sitio.

La primera había muerto aquí. La segunda había nacido aquí. La tercera había venido aquí desde fuera y había decidido quedarse cuarenta y ocho años.

Yo todavía no sabía qué iba a ser en este sitio. Pero ya sabía algo más concreto que ayer.

Sabía que no iba a entrar.

Esta vez no.

Ya vería las próximas.

Apagué el fuego y me acosté.

Eilidh, desde su cama, me dijo en voz muy baja, en el gaélico lento que usaba cuando quería que yo la entendiera:

—Aurora. Fàilte.

—Gracias.

Cerré los ojos.

Tardé en dormirme. Pero esta vez tardé porque tenía cosas que pensar de cara al día siguiente, no porque tuviera cosas que pensar de cara al resto de mi vida.

Y eso, esa noche, era una diferencia importante.

CAPÍTULO 17

Lo que se construye

La conversación sobre dónde vivía ocurrió al día siguiente, después de desayunar.

Eilidh lo había organizado con la eficiencia silenciosa con la que organizaba todo. Había avisado a Cailean, había quitado cosas del banco para que hubiera sitio para tres personas, había puesto pan y leche en la mesa como si la conversación fuera a ser más fácil si había comida.

Cailean llegó exactamente cuando había dicho que llegaría. Se sentó. Yo me senté enfrente. Eilidh en el medio.

—Cuéntame las opciones.

Cailean las tenía pensadas. Eso se veía. Juntó las manos sobre la mesa con el aire de alguien que ha preparado una presentación. Le faltaba el PowerPoint, pero el gesto era ese.

—Primera. —Levantó un dedo—. Te quedas aquí. Con Eilidh. Como ahora.

—¿Eilidh quiere eso?

Eilidh hizo un gesto de que sí, pero con la cara de que no exactamente.

—Segunda.

—La casa pequeña al norte. Lleva dos años vacía. Desde que murió el hombre que vivía allí. El jefe podría dártela.

—¿Una casa para mí sola?

—Sí.

—¿Eso es normal aquí?

Cailean y Eilidh intercambiaron algo con los ojos.

—No mucho. Pero Mòrag vive sola. Y tú eres como Mòrag para el clan. Sanadora.

—¿El jefe lo aprobaría?

—Ya lo aprobó.

Lo miré.

—¿Ya hablasteis con el jefe?

—Anoche.

—¿Antes de hablar conmigo?

—Sí.

—Cailean.

—Quería saber si era posible antes de ofrecerlo.

—Y si no hubiera sido posible no me lo habrías dicho.

—No habría tenido sentido.

—Pero sí habría tenido sentido preguntarme a mí primero qué quiero.

Silencio.

Eilidh miró el pan con interés.

—Tienes razón —dijo Cailean al fin.

—¿La tercera opción?

Tardó.

—La tercera... no la pensé todavía.

—Pues yo sí.

Me miró.

—Me quedo con Mòrag. Como aprendiz. Como asistente. Como quiera llamarse. Y dentro de un tiempo, cuando haya aprendido lo suficiente y el clan me haya visto trabajar suficiente, paso a la casa del norte.

Silencio.

—¿Mòrag sabe esto?

—Todavía no. Pero creo que sí.

—¿Por qué?

—Porque me puso la mano en la cabeza. Y Mòrag no pone la mano en la cabeza de gente que no va a tener cerca.

Cailean procesó eso.

—Habla con ella.

—Hoy.

—Y el jefe.

—Al jefe lo ves tú.

Cailean hizo un gesto de acuerdo que era casi una sonrisa.

—¿Cuánto tiempo en casa de Mòrag?

—No lo sé. El que sea. Los dos meses que llevo aquí no son suficientes. Necesito aprender más idioma, más medicina de este siglo, más de cómo funciona esta gente. No puedo vivir sola sin eso.

—Es sensato.

Cailean me miró un segundo más de lo que pedía la frase. No dijo nada. Cogió el cuenco que tenía delante y bebió, que era su manera de no decir cosas.

Eilidh levantó la vista del pan y dijo algo en gaélico.

Cailean tradujo.

—Dice que también puedes quedarte aquí mientras aprendes. Que no le molesta. —Pausa—. Pero dice también que si te quedas, ella te va a enseñar a tejer. No puedes decir que no.

Miré a Eilidh.

Eilidh me sostuvo la mirada con los brazos cruzados.

—Dile que acepto.

Eilidh asintió con la satisfacción de alguien que lleva semanas esperando el momento adecuado para imponer el tejido a otra persona.

Eilidh levantó el pan y me lo ofreció.

Lo cogí.

* * *

Mòrag dijo que sí con cuatro palabras.

Fui a verla esa mañana después de la conversación. Le expliqué lo que quería con los pocos gestos y palabras de gaélico que ya manejaba bien, y con un dibujo cuando me faltó. Mòrag me dejó terminar.

Después dijo, en gaélico, despacio para que yo cogiera cada palabra:

—Ya lo sabía.

Eso lo entendí solo.

Levanté las cejas. ¿Cuándo?

Mòrag me miró. Hizo el gesto de poner sus dos manos delante, una junto a la otra, sin tocarse. Después el gesto de la operación. Después se señaló a sí misma.

Cuando estuviste a mi lado en la operación de Sìle y no me estorbaste.

Asentí.

Mòrag me señaló el banco. Dijo otra frase en gaélico que tardé en descifrar y que después entendí porque ella misma me señaló las hierbas colgadas del techo, después la ventana, después el frío de fuera.

Las plantas de invierno. Son las más difíciles.

Me senté.

* * *

La primera semana con Mòrag fue la más dura.

No porque Mòrag fuera cruel. Era exigente de una manera completamente funcional, sin adornos, la misma exigencia que yo había tenido en urgencias con los estudiantes de medicina en prácticas. Si hacías algo mal, te lo decía. Si hacías algo bien, no te lo decía, pero pasaba a la siguiente cosa.

Lo más duro fue el idioma.

Mòrag me enseñaba en gaélico. No tenía opción, porque era su idioma y era el de todos los pacientes y era el idioma de las plantas y de los preparados y de los nombres de los síntomas. Yo cogía los sonidos y los colgaba de gestos y de olores y de colores, que era la manera que había funcionado con Cailean. Pero Mòrag usaba palabras largas para cosas complejas y yo tardaba en retenerlas.

Cailean ayudaba cuando podía.

Que no era siempre.

* * *

Aquí es donde empecé a entender la otra cara de Cailean.

La que no había visto en la grieta ni en el loch ni en la loma sobre el valle.

Cailean era el siguiente del clan. Y el siguiente del clan, en ese otoño particular de ese siglo particular, tenía demasiadas cosas al mismo tiempo. Los Mackenzie habían enviado un mensaje al jefe que no era de paz, era de plazo. Tenían un caladero en disputa que querían resolver antes del invierno. Había tres familias del clan con deudas entre ellas que el jefe había dejado pudrirse y que Cailean había heredado como problema propio. Y había un hombre del clan, un tal Fearchar, que llevaba meses murmurando en los sitios donde se murmuraba que el jefe se estaba haciendo viejo y que el sobrino era demasiado joven y demasiado blando.

Cailean no me contó nada de esto directamente. Lo fui viendo yo sola. Lo veía en cómo llegaba a comer con la cara de haber resuelto algo que había generado tres problemas nuevos. Lo veía en las

reuniones largas en la casa de piedra, con voces que subían y bajaban y lo veía en cómo cambiaba de postura cuando Fearchar entraba en algún sitio, ese endurecimiento mínimo que era vigilancia.

Eso costó más de lo que quería admitir.

No porque yo necesitara que estuviera. Sino porque había aprendido a esperar que estuviera, y esa expectativa era mía y él no la había creado, pero tampoco la había corregido, y cuando no aparecía yo me encontraba de mal humor.

Se lo dije una tarde. Directamente, sin preámbulo.

—Cailean. Cuando dices que vas a venir y no vienes, tienes que avisar.

Me miró. Llevaba la cara de los días largos.

—No siempre puedo.

—Ya sé que no siempre puedes. Pero cuando puedes avisar y no avisas, me dejas esperando.

—¿Esperas?

—No en el sentido literal. En el sentido de que lo tengo en la cabeza y debería no tenerlo.

Pausa.

—Aurora, yo...

—No te estoy pidiendo que te disculpes. Te estoy pidiendo que cuando puedas avisar, avises.

—Sí.

—¿Sí lo harás o sí has oído lo que digo?

Lo vi llegar antes de que lo dijera.

—Sí lo haré.

—Bien.

No añadí nada más. Él tampoco.

Pero esa noche llegó a casa de Eilidh antes de que yo me acostara y me dijo, sin entrar, desde la puerta:

—Mañana no puedo venir. Reunión con el jefe y tres hombres del norte. Va a durar el día.

Me lo dijo con la cara del hombre que está aprendiendo algo que no le han enseñado antes.

—Gracias.

—De nada.

Se fue.

Eilidh, desde su banco, sin levantar la vista del zurcido, dijo en gaélico una palabra que yo ya conocía:

—Bien.

—¿Lo has oído?

Eilidh levantó una mano y señaló la habitación con un gesto amplio. Después se llevó los dedos a la oreja.

Esta casa tiene una habitación.

* * *

El problema de Fearchar llegó dos semanas después de mi vuelta de la grieta.

Estaba con Mòrag preparando un cataplasma para un hombre con dolor de espalda cuando Eilidh vino a buscarnos.

En el centro de la aldea había un grupo de hombres. Fearchar en el medio, hablando. Era un hombre de cuarenta y tantos años, ancho, con la barba roja muy recortada y la costumbre de hablar con los brazos como si el espacio fuera suyo. No me había dirigido la palabra nunca. Me había mirado muchas veces. No de la misma manera que me miraban los demás.

Cailean estaba al lado del jefe, escuchando.

Fearchar habló y señaló hacia mí.

Mòrag dijo algo entre dientes en gaélico y levanté las cejas. ¿Qué?

Mòrag me miró un segundo y después usó el castellano lento, las cuatro palabras justas:

—Tú. Espía. Mackenzie.

Tardé en procesar.

—¿Que vine de los Mackenzie?

Mòrag asintió.

—Eso es absurdo.

El jefe le dijo algo a Fearchar. Fearchar contestó. El jefe volvió a hablar. Cailean no intervino. Ese detalle me llamó la atención. Cailean estaba ahí y no intervenía.

Después entendí por qué.

El jefe habló más largo. Lo que dijo fue recibido con silencio por el grupo de hombres. Fearchar apretó la mandíbula, pero no contestó. Asintió una sola vez, con la cabeza muy recta, y se fue.

El grupo se disolvió.

Mòrag, a mi lado, esperó a que Fearchar se hubiera alejado lo suficiente. Después me miró.

Hizo el gesto del jefe con la barbilla, después uno largo de hablar, y después me señaló a mí. Apoyó la palma en su propio pecho y abrió la mano: salvaste gente.

Asentí.

Levanté la barbilla hacia Fearchar, que se alejaba. Hice el gesto de cortar con la mano. ¿Lo deja?

Mòrag negó.

Levanté las dos manos.

Mòrag buscó. Levantó tres dedos. Señaló al jefe en la distancia. Señaló a Cailean, que estaba a unos metros. Y por último me señaló a mí.

Lo entendí.

Asentí despacio.

Junté el índice y el pulgar. ¿Cuánto tiempo?

Mòrag se encogió de hombros. Y eso, viniendo de Mòrag, no era no sé. Era poco.

* * *

Esa noche, cuando Eilidh ya dormía, salí a dar una vuelta corta por el perímetro.

Cailean estaba fuera. Apoyado en la pared de la casa grande, mirando el norte.

Me acerqué.

—Fearchar.

—Sí.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo que tenga que hacer.

—¿Eso es una respuesta?

—Es lo que sé de momento.

Lo miré de lado. Tenía la cara alargada y en ella se reflejaba cansancio.

—Cailean. Yo no quiero ser la razón por la que tienes un problema con alguien del clan.

—No eres la razón. Fearchar tiene razones de antes de que llegaras.

—¿De qué tipo?

Pausa.

—Quiere lo que tendrá mi tío. Y después lo que tendré yo. Eso no es por ti.

—¿Pero yo le doy argumentos?

—Sí. Por ahora.

—¿Y si me comporto de una manera que no le dé argumentos?

—No lo harás.

Lo miré.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque para no darle argumentos tendrías que ser distinta a como eres. Y eso no pasa.

No supe si era un cumplido o un diagnóstico.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Las dos cosas. Como casi todo contigo.

Me quedé mirando el norte también, a su lado.

—Oye —dije al cabo de un rato. ¿Qué dijo el jefe exactamente. Cuando cerró el tema.

Cailean se tomó unos segundos.

—Dijo que tú eres MacRae.

Me giré a mirarlo.

—¿Me llamó MacRae?

—Sí.

—¿Y puede hacer eso?

—Puede hacer lo que quiera. Es el jefe.

—Cailean. Explícamelo.

Se giró hacia mí.

—Significa que tienes clan. Que tienes nombre aquí. Que Fearchar ya no puede decir que eres de fuera, porque el jefe dice que no. Que si alguien te hace daño, es como hacérselo a un MacRae.

Me quedé mirándolo.

Y Cailean me sostuvo la mirada con esa cara suya que llevaba meses aprendiendo a leer, la cara que no decía todo lo que pensaba, pero que ya no ocultaba que había algo que no decía.

—La próxima vez que el jefe decida algo que me afecta, dímelo antes.

—Lo intentaré.

Era la respuesta más honesta que podía darme. No era lo que yo quería oír. Era lo que era verdad, que era mejor.

Asentí.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Aurora MacRae.

Lo dijo en voz muy baja. Sin ironía. Lo dijo tan bajo que casi parecía poca cosa. Pero no lo era.

* * *

Esa noche soñé con Florencia. No con Madrid. Con Florencia y con una mujer de pelo gris escribiendo en una habitación pequeña con una vela, rodeada de plantas secas colgadas del techo.

Cuando me desperté no supe por qué había soñado eso.

Después me acordé de la carta de Lucia, doblada en el bolsillo del abrigo, y lo entendí.

La saqué. La desdoblé con cuidado. El papel era frágil, amarillento, con una letra muy pequeña y cuidada que era italiano antiguo.

No la pude leer. Pero la sostuve un rato, frente a la luz baja del fuego.

Después la volví a doblar y la guardé en el bolsillo.

Y pensé que algún día, cuando supiera suficiente, iba a leerla entera. Y que ese día iba a ser de los que cambian cosas.

Pero no ese día.

Mòrag me esperaba en una hora para enseñarme las plantas que crecen bajo la nieve, y Eilidh me había prometido empezar con el tejido si terminábamos antes de mediodía.

CAPÍTULO 18

Lo que no se perdona fácil

Fearchar empezó despacio.

Eso era lo más peligroso de él. No era un hombre de movimientos bruscos. Era un hombre que sembraba cosas en conversaciones pequeñas, en comentarios de pasada, en preguntas que parecían inocentes y que dejaban una idea instalada sin que nadie pudiera señalar exactamente cuándo había entrado.

Lo fui viendo durante dos semanas.

Una mañana, mientras yo cruzaba el centro de la aldea con Mòrag, Fearchar habló con un grupo de hombres y uno de ellos me miró de una manera que la semana anterior no habría mirado. No con hostilidad abierta. Con algo más vago y más difícil de combatir, que era duda.

Otra tarde, en el horno comunitario donde las mujeres cocían el pan, Beathag, la chica joven de cara redonda, no me saludó. Llevaba semanas saludándome. Ese día miró hacia otro lado.

Dos mujeres mayores dejaron de hablar cuando pasé a su lado. Una se tocó el amuleto de hierro que llevaba al cuello.

Otra escupió al suelo después de mirarme.

No hacía falta entender el idioma para entender eso.

Mòrag lo veía también. No decía nada. Pero cada vez que Fearchar aparecía en algún sitio donde estábamos nosotras, Mòrag se ponía en una postura específica, los hombros ligeramente adelantados, la cabeza alta, que era la postura de alguien que lleva la contraria sin abrir la boca.

Se lo conté a Cailean una noche.

—¿Y qué vas a hacer?

—Todavía no sé.

—Cailean. Beathag lleva tres días sin mirarme. La semana pasada me enseñó a hacer el nudo del delantal.

—Lo sé.

—¿Y saberlo es suficiente?

Me miró.

—No. Pero actuar pronto es peor que esperar.

—¿Por qué?

—Porque si yo enfrento a Fearchar ahora, él dice que lo hago por ti. Y eso te hace más débil, no más fuerte.

Lo pensé.

Era lógico. Era exactamente la lógica de alguien que conocía cómo funcionaba su mundo. Y aun así me costaba sentarme a esperar mientras alguien deshacía lentamente lo que yo había tardado semanas en construir.

—¿Cuánto tiempo?

—No mucho más.

—Eso me lo dijiste la semana pasada.

—Lo sé.

No añadí nada. Él tampoco.

* * *

Lo que hizo Cailean lo descubrí por Eilidh.

No por él.

Eilidh vino a buscarme al mediodía, diez días después de esa conversación. Tenía la cara de los días complicados, esa cara suya que era más seria que de costumbre y que significaba que había estado callando algo y ya no podía más.

Me señaló el banco.

Me senté.

Eilidh se sentó enfrente. Juntó las manos sobre la mesa. Habló en gaélico despacio, con las palabras que ya sabía que yo entendía, y se ayudó de gestos para las que no.

—Mi hermano. Habló con el jefe. —Levantó tres dedos—. Tres días.

—¿Tres días?

Eilidh asintió.

—¿De qué?

—De ti. Y de Fearchar.

Hizo el gesto de pensar, después el de hablar entre dos, después una solución pintada en el aire con las dos manos juntándose.

—¿Qué solución?

Eilidh tardó. Levantó las manos como pidiendo paciencia mientras buscaba.

—Fearchar tiene hijo menor. Mac. Joven. —Levantó las dos manos abiertas y después siete dedos.

—Diecisiete años.

—Sí.

Se quedó mirándome. Esperó. Yo no entendí del todo. Hizo entonces el gesto que no quería hacer: juntó las manos por las muñecas como atándolas, y después se señaló a mí.

Me quedé mirándola.

—Que me case con el hijo de Fearchar.

Eilidh asintió.

—¿Y Cailean estuvo de acuerdo?

Eilidh no contestó enseguida. Hizo el gesto de hablar y después abrió las manos en el aire.

—Dijo que es tu elección.

—Eilidh. ¿Cailean dijo que sí?

Eilidh tardó. Después negó con la cabeza despacio. Y después la inclinó hacia un lado, como diciendo tampoco dijo que no.

Me levanté.

No dije nada. Cogí el abrigo del clavo y salí.

* * *

Cailean estaba en el cercado de los caballos. Otra vez. El cercado de los caballos era el sitio donde Cailean procesaba las cosas, lo había entendido ya. Era el sitio donde iba cuando necesitaba hacer algo con las manos mientras la cabeza trabajaba.

Me vio llegar y se quedó quieto.

—¿Es verdad?

No preguntó qué. Lo sabía.

—Aurora...

—Sí o no.

Pausa.

—El jefe lo propuso. No yo.

—¿Pero no dijiste que no?

—Dije que era tu elección.

—Cailean. —Bajé la voz porque había dos hombres al otro lado del cercado—. Me llevas dos meses diciéndo que las decisiones sobre mí son mías. Y cuando el jefe propone casarme con el hijo de un hombre que me quiere fuera de aquí, tú dices que es mi elección y te callas.

—Sí.

—¿Y no se te ocurrió venir a contármelo?

—Iba a contarlo.

—¿Cuándo?

—Cuando tuviera más claro cómo decirlo.

—Llevas tres días.

—Lo sé.

—Tres días sabiendo esto, y mientras tanto yo estaba con Mòrag aprendiendo plantas de invierno sin saber que había una conversación sobre mi vida matrimonial a mis espaldas.

—No es una conversación sobre tu vida. Es una propuesta que puedes rechazar.

—¿Rechazar cómo? ¿Sola? ¿Sin saber que existe?

No contestó.

—¿Y tú? —Bajé todavía más la voz—. ¿Qué eres tú en todo esto? Porque yo creía que éramos algo, Cailean. No sé qué exactamente. Pero algo. Y algo no se queda callado tres días mientras el jefe habla de casarte con otra persona.

—Yo no me caso con nadie.

—Ya lo sé. Yo soy la que se casa.

—Tú no te casas con nadie si no quieres.

—¡Ese no es el punto!

Los dos hombres al otro lado del cercado levantaron la cabeza. Bajé la voz hasta casi nada.

—El punto es que otra vez tomaste una decisión sobre mí sin decirme nada. Y esta vez no es lo del jefe ni lo de la casa ni lo del idioma. Esta vez es algo que me afecta directamente y que tiene que ver con nosotros y con lo que somos, y tú te quedaste callado.

Cailean tenía la cara muy quieta. Demasiado quieta.

—Sí —dijo al fin.

—¿Sí qué?

—Sí me callé. Sí tenía que decirlo. Sí hice mal.

—¿Por qué lo hiciste?

Tardó mucho.

—Porque si te lo decía... tenía que decir también lo que pienso yo. Y lo que pienso yo no cambia lo que tienes que decidir tú. Y no quería que mi opinión te llevara a un lado.

Lo miré.

—¿Y qué piensas tú?

—Que no quiero que te cases con el hijo de Fearchar.

—¿Por qué?

—Porque el hijo de Fearchar tiene diecisiete años y tú treinta y uno. Porque Fearchar nunca va a quererte dentro del clan de verdad. Porque...

Se paró.

—Porque qué.

Me miró.

—Porque yo...

Cerró la boca.

Abrió los ojos. Los cerró.

—Cailean. Termina la frase.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Porque si la termino, ya está dicha. Y tú no estás todavía en el sitio donde puedo decirla.

Me quedé mirándolo.

Pensé en Lucia. En lo que me había dicho sobre las grietas. Si entras un paso, ya entraste. Cailean tenía su propia versión de eso. Su propia grieta que no quería cruzar hasta saber que yo estaba al otro lado.

Y yo estaba furiosa con él. Y también entendía exactamente lo que hacía y por qué lo hacía. Y seguía enfadada. Solo que ahora entendía por qué.

—Voy a decirle al jefe que no —dije—. Yo. Hoy.

—De acuerdo.

—Y después vamos a hablar tú y yo. De verdad. De lo que somos y de lo que no somos y de cómo se hacen las cosas entre nosotros. Porque así no funciona.

—De acuerdo.

—¿Eso es todo lo que vas a decir?

—No.

—¿Y qué más?

— No en todo. Pero sí en lo importante.

Tardé un momento.

—Bien.

Me giré para irme.

—Aurora.

Me paré. No me giré.

—Lo siento.

Era la primera vez que se lo oía decir en cualquier idioma.

No contesté. Seguí caminando, pero lo guardé. Lo guardé en el mismo sitio donde guardaba las otras cosas que todavía no sabía qué hacer con ellas, y ese sitio estaba cada vez más lleno y en algún momento iba a tener que vaciarlo.

* * *

El jefe me recibió esa tarde. Entré sola. Sin Cailean, sin Mòrag, sin Eilidh.

El jefe levantó la vista cuando entré. Algo en su cara registró que yo venía sin escolta y que eso significaba algo.

Me senté enfrente.

Hablé en castellano y gaélico a la vez, despacio, con los gestos que necesitara.

—No voy a casarme con el hijo de Fearchar.

Hice el gesto de atar muñecas, después negué con la mano.

—No voy a casarme con nadie que no elija yo.

Me señalé a mí, después fingí el gesto de coger algo del aire y soltarlo, y después negué otra vez.

—Y si eso es un problema para el clan, lo entiendo. Pero tenía que decírselo yo.

Me señalé el pecho, después a él, después la línea recta entre los dos.

El jefe me escuchó. No entendió todas las palabras, pero entendió suficiente.

Cuando me levanté para irme, el jefe dijo algo. Corto. Dos palabras y una más.

Fui a buscar a Eilidh para que me lo tradujera.

Eilidh lo escuchó. Pensó un momento.

Después se señaló a sí misma, asintió, y me señaló a mí.

—Ella sabe —dijo, en su gaélico lento—. Tú. Sabes.

—¿Eso es todo?

Eilidh asintió. Me señaló la cabeza, después el corazón, después juntó los dedos. Sabes lo que quieres. Es suficiente.

Asentí.

* * *

La conversación con Cailean ocurrió esa noche.

Tarde. Cuando la aldea ya dormía y el fuego de Eilidh estaba casi muerto y Eilidh había tenido la delicadeza de quedarse dormida de verdad o de fingirlo muy bien.

Cailean vino y nos sentamos los dos en el banco, el uno al lado del otro, con el fuego bajo y el frío entrando por los bordes de la puerta.

—Empieza tú.

Se tomó un momento.

—No sé hacerlo de otra manera —dijo al fin, despacio, con la voz baja—. Toda mi vida he tomado decisiones así. Solo. Sin decir. Porque decir antes de tomar era debilidad. Y la debilidad aquí cuesta vidas.

—Yo no soy una guerra, Cailean.

— Lo sé. Pero cuesta dejar de hacerlo.

Lo procesé despacio.

—¿Puedes aprender a distinguirlo?

Tardó mucho.

—No lo sé. Puedo intentar.

—¿Quieres intentarlo?

—Sí.

—¿Por qué?

Me miró.

Y esta vez no cerró la boca antes de terminar la frase.

—Porque tú eres lo más raro que me ha pasado en la vida —dijo —. Y porque cuando no estás, el día es más corto. Y porque llevas meses hablando sola pensando que no entiendo, y lo que dices es lo más sensato que he oído nunca aunque no entienda todas las palabras. Y porque el día que fuiste a la grieta y no entraste... yo llevaba dos horas sin respirar bien y cuando te vi volver respiré.

Silencio.

—Cailean.

—¿Sí?

—Esa era la frase que no podías terminar.

—Sí.

Me quedé mirando el fuego un momento.

—Yo también tengo cosas que decirte —dije.

—Dilas.

Asentí y me levanté. Fui al clavo donde colgaba el abrigo. Saqué el broche del bolsillo. El de Iseabail, con el nudo céltico y el hueco donde había habido una piedra.

Se lo devolví.

Cailean lo miró en mi mano.

—¿Por qué?

—Porque no quiero guardarlo como algo que puede irse conmigo. Quiero que lo tengas tú. Y que la próxima vez que me lo des, si me lo das, sea por otra razón.

Lo cogió despacio y cerró los dedos alrededor.

—De acuerdo.

Me senté otra vez. Esta vez más cerca. El hombro contra el suyo, sin espacio entre los dos. Noté el calor de su brazo contra el mío a través de la tela. Llevaba meses notando ese tipo de cosas y haciéndome la sorda conmigo misma. Esa noche no me hice la sorda. Solo lo noté y me quedé quieta notándolo. No dijimos nada más.

El fuego terminó de apagarse y ninguno de los dos se levantó a echarlo más.

CAPÍTULO 19

Lo que viene del norte

Los Mackenzie cruzaron el límite del territorio MacRae un martes.

Lo supe porque Eilidh entró en casa de Mòrag a media mañana con la cara descompuesta y dijo una sola palabra en gaélico que yo ya conocía. La misma que había aprendido el día de los jinetes, semanas atrás.

Nàmhaid.

Enemigo.

Mòrag cerró la olla que estaba removiendo y me señaló el banco.

—Quédate.

Salió y obedecí.

Desde dentro oía el movimiento de la aldea cambiando de ritmo, ese sonido específico de gente que redirige su energía de golpe hacia una sola cosa. Voces. Pasos rápidos. El sonido de algo pesado arrastrándose, madera probablemente, reforzando algo.

Esperé veinte minutos.

Después salí porque no podía más.

* * *

En el centro de la aldea el jefe hablaba con seis hombres. Cailean estaba entre ellos. También Fearchar, lo cual era una combinación que en ese momento no me gustó, pero que no podía analizar porque había demasiadas cosas pasando al mismo tiempo.

Vi a Eilidh con un grupo de mujeres, organizando algo con sacos y con niños. Me acerqué.

Levanté la barbilla. ¿Qué pasa?

Eilidh me miró. Levantó las dos manos abiertas dos veces. Veinte. Después un poco más con los dedos.

—Mackenzie. Veinte. Quizás más.

Después dibujó una línea en el aire con la mano y la cruzó con la otra. Cruzaron el río.

—¿El que era el límite?

Asintió.

—¿Vienen aquí?

Eilidh inclinó la mano de un lado a otro. Quizá.

—¿Cuánto tiempo?

Eilidh hizo el gesto de cabalgar rápido, después la posición del sol cuatro horas más arriba. Después el gesto de andar, después un día entero.

Medio día si venían a caballo. Uno andando.

Miré hacia donde estaba Cailean. Seguía hablando con el jefe y los hombres. Fearchar decía algo con los brazos abiertos, señalando hacia el norte. Cailean escuchaba con la cara que ponía cuando escuchaba algo con lo que no estaba de acuerdo y todavía no había decidido cómo decirlo.

Me acerqué al grupo.

Fearchar me vio llegar y dijo algo en gaélico que hizo que dos hombres me miraran. No me miró a mí. Le habló al jefe. El jefe le contestó con una frase corta.

Cailean se giró hacia mí.

—Aurora. Vuelve con Mòrag.

—¿Qué pasa?

—Ahora no.

—Cailean.

—Ahora no —repitió.

El tono no era el de las conversaciones entre nosotros. Era el otro tono, el del hombre que mandaba después del jefe, y lo había usado pocas veces conmigo, pero cuando lo usaba era porque había algo que no podía gestionar a la vez que me gestionaba a mí.

Volví con Mòrag.

* * *

Dos horas después Cailean entró en casa de Mòrag y esta lo miró un momento antes de salir, lo cual no era sutil, pero era eficiente.

Nos quedamos solos.

Se sentó. Yo ya estaba sentada.

—Cuéntame.

—Los Mackenzie no vienen solos. Vienen con otros. Campbell.

—¿Dos clanes juntos?

—Sí.

—¿Eso es muy malo?

—Sí.

—¿Cuántos en total?

—Treinta. Quizás cuarenta.

La aldea entera eran unas sesenta personas, contando mujeres, niños y viejos. Los hombres en edad de pelear serían veinte, veinticinco.

—¿Y qué quieren?

Cailean tardó.

—Mi tío tiene un papel. Una escritura. Sobre el paso del río y los caladeros del norte. Los Mackenzie quieren ese papel.

—¿Y no se lo da?

—Si lo da, se lo da todo.

—¿Por qué ese papel y no otro? —Porque ese papel tiene firma de un noble del rey. —Pausa—. Con ese papel, los MacRae tienen derecho legal sobre el paso. Sin él, solo tienen costumbre. Y la costumbre no vale en un tribunal.

—¿Hay tribunales aquí?

—Hay hombres con poder suficiente para decir quién tiene razón. Es lo mismo.

—¿Y entonces vienen a tomarlo?

—Si no lo entrega, sí.

—¿Y lo va a entregar?

—No.

Asentí.

—¿Y los aliados? ¿Habéis pedido ayuda a otros clanes?

—Sí. Pero tardan días. Los Mackenzie llegan antes. Mañana al amanecer. Quizás antes.

Silencio.

—¿Tenemos suficiente guerreros?

—Si no son demasiados.

—¿Y si son demasiados?

No contestó.

—De acuerdo. ¿Qué necesitas de mí?

—Que estés dentro con Mòrag. Que todo esté preparado. Que no salgáis.

—De acuerdo.

Cailean me miró. Había algo más.

—Hay otra cosa.

—Dime.

—Fearchar habló con el jefe esta mañana. Antes de la reunión.

—¿Y?

—Dijo que la manera más rápida de parar a los Mackenzie sin pelea es darles algo que quieran más que el papel.

Lo miré.

—¿Algo como qué?

Cailean no apartó los ojos de mí.

—Los Mackenzie llevan semanas preguntando por ti. Por la sanadora extranjera. Fearchar dijo que si el jefe te entrega, los Mackenzie se van sin sangre.

Mi primer pensamiento fue que llevaba dos meses en las Highlands sin ducharme bien y con vaqueros rotos y que los estándares de los Mackenzie eran llamativos. Mi segundo pensamiento fue que eso no era gracioso. El segundo pensamiento tenía razón.

El silencio que siguió fue de los que se instalan en el estómago.

—¿Me quieren a mí?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque curar bien es poder. Y el poder que tiene el enemigo es poder que tú no tienes.

—¿Y el jefe qué dijo?

—Dijo que no?

—¿Y Fearchar?

—Que era la solución. Que una mujer no vale lo que una guerra.

Noté algo frío moviéndose por el esternón. No era miedo exactamente. Era algo más antiguo y más serio.

—¿Y tú? —dije—. ¿Qué dijiste tú?

Cailean no apartó los ojos.

—Dije que el que volviera a decir eso delante de mí iba a tener un problema conmigo.

—¿Delante del jefe?

—Delante del jefe y de todos los que estaban.

—¿Y Fearchar?

—No dijo más.

Asentí. Despacio.

—Me lo estás contando…

Una pausa.

—Y antes no me lo habrías contado.

—No.

—¿Por qué ahora?

—Porque me dijiste que te lo dijera. Y porque tienes derecho a saber lo que se decide sobre ti aunque no pueda cambiarlo.

Lo miré.

Era exactamente lo que le había pedido semanas atrás. No que resolviera las cosas. Solo que me las dijera.

—Gracias.

Asintió.

Se levantó quedándose de pie un momento.

—Aurora. Esta noche... puede ser larga. Si pasa algo...

—Cailean. No termines esa frase.

Me miró.

—¿Por qué?

—Porque si la terminas tengo que contestarla. Y no quiero contestarla esta noche. Esta noche necesito tener la cabeza en lo que viene, no en despedidas.

—De acuerdo.

—¿Vas a estar bien?

—No. —Pausa—. Pero es como las otras veces.

—¿Y las otras veces saliste bien?

—Las suficientes.

Asentí y se fue.

* * *

Mòrag y yo trabajamos el resto del día sin parar.

Preparamos vendajes, hirviendo telas en dos ollas grandes. Preparamos cataplasmas de las plantas que teníamos. Puse en orden todo lo que puede, que era poco, distribuyendo por prioridades. Mòrag preparó sus remedios con esa eficiencia silenciosa que era su manera de funcionar cuando las cosas eran serias.

A media tarde vino Sìle. Entró sin llamar, como hacía siempre, y se quedó en la puerta mirando los preparativos con los ojos muy abiertos.

Me acerqué y me abrazó fuerte. Con los brazos cortos de los niños que abrazan con todo el cuerpo. Le devolví el abrazo.

Mòrag le dijo algo en gaélico. Sìle la miró, me miró a mí, asintió y salió.

Levanté las cejas hacia Mòrag.

Mòrag señaló la puerta, después a la madre de Sìle imaginaria, y después un sol naciendo. Le dije que vaya con su madre. Que mañana puede venir si todo está bien.

—¿Va a estar todo bien?

Mòrag me miró. Levantó la mano y la inclinó hacia un lado.

Algunas veces sí.

* * *

Eilidh y yo estuvimos despiertas en la oscuridad, sin hablar, escuchando los sonidos de la aldea. Los hombres en el perímetro. El

fuego grande que habían encendido en la entrada para ver si venía alguien por la noche. Los caballos inquietos en el cercado.

A las dos de la mañana, Eilidh dijo en voz muy baja, en castellano de tres palabras:

—Aurora. Tú. Yo.

Después hizo el gesto de andar y señaló el sur.

—¿Si pasa algo malo, tú y yo nos vamos al bosque del sur?

Eilidh asintió.

Lo pensé un segundo.

—No.

Eilidh se quedó quieta.

Me señalé a mí, después a la casa de Mòrag imaginaria, después hice el gesto de curar.

—Yo me quedo. Los heridos.

—Aurora...

—Eilidh. Es lo que soy aquí.

Silencio largo.

Eilidh asintió en la oscuridad. Después dijo el nombre de Cailean. Después el gesto de hablar. Después me señaló a mí, después el sur.

—Si Cailean dice que me vaya, me voy. ¿Eso?

Asintió.

—Eso lo decide él si llega el momento. Y yo.

Eilidh no dijo más.

A las cuatro de la mañana oímos los primeros caballos.

No venían de la entrada principal. Venían del norte, por el flanco este, y eran muchos. Demasiados para ser los aliados que el jefe había mandado a buscar. Demasiado pronto.

Me levanté y me puse el abrigo a toda prisa.

Mòrag llamó a la puerta antes de que yo abriera. Llevaba su capa y los sacos preparados.

Nos miramos. No dijimos nada y salimos. Ambas sabíamos lo que teníamos que hacer.

* * *

Lo que pasó en las siguientes tres horas no lo voy a contar en orden porque no lo viví en orden. Lo viví en fragmentos, cada uno completo en sí mismo, sin saber qué estaba pasando en el fragmento de al lado.

Vi a Cailean una vez, al principio, cruzando el centro de la aldea hacia la entrada norte con la espada en la mano y cuatro hombres detrás. Me miró. Yo levanté la mano y asintió sin detenerse.

Eso fue todo.

Después comenzaron a llegar heridos. Uno, dos, cuatro, seis. Mòrag y yo trabajamos en la casa grande del jefe, que era la más sólida, con la puerta cerrada y dos hombres fuera. Los heridos llegaban solos o traídos por otros. Con algunos podíamos hacer algo. Otros no.

Al hombre que no pudimos hacer nada le sostuve la mano mientras se iba. Era mayor, cincuenta y tantos años, con una herida en el pecho que no tenía solución posible en ningún siglo. Me miró y murió sin soltarme la mano.

* * *

Amaneció.

Con la luz llegaron noticias fragmentadas que Eilidh, que había estado yendo y viniendo toda la noche, me traía en frases cortas, con gestos.

Los Mackenzie habían entrado por el norte, pero se habían encontrado con más resistencia de la esperada. Había habido una pelea seria en el límite del bosque. Los Campbell se habían quedado

atrás, lo cual significaba que el acuerdo entre los dos clanes no era tan sólido como parecía.

El jefe estaba bien. Fearchar estaba bien. De Cailean no había noticias todavía.

Ese todavía duró cuarenta minutos que no voy a describir porque no tienen descripción útil. Después llegó él.

Entró en la casa grande apoyado en el hombro de un hombre joven que no conocía. Tenía el costado izquierdo empapado. No el mismo sitio de la primera vez. Más arriba. Más cerca de cosas que no podían estar dañadas.

Me levanté del suelo donde estaba arrodillada. Mòrag ya estaba a su lado y Cailean me miró.

—Estoy bien.

—Cállate y siéntate.

Se sentó.

Le quité la tela del costado. La herida era larga, pero no profunda. Había sangrado mucho, demasiado para su aspecto, lo cual significaba que llevaba un rato sin atenderla.

—¿Cuánto tiempo llevas así?

—Un poco.

—¿Cuánto es un poco?

—Desde antes de amanecer.

—Cailean. Son dos horas.

—Había cosas que hacer.

—¿Con la herida abierta?

—Sí.

—Eres un idiota.

—Probablemente.

Limpié. Desinfecté con lo que pude, que era casi nada y cerré con lo que tenía a mano. Lo hice rápido y bien, con la calma profesional que aparecía sola cuando más falta hacía.

Cailean no se quejó. Miraba el techo.

Cuando terminé le puse la mano en la frente. Sin fiebre. Bien.

—Túmbate.

—No puedo. Todavía hay...

—Túmbate, Cailean.

Me miró y se tumbó.

Lo tapé con una tela. Le puse la mano en el hombro un momento, solo un momento, y después fui al siguiente herido porque había tres más esperando.

Mòrag pasó a mi lado y me dijo dos palabras en gaélico.

Eilidh las tradujo desde la puerta:

—Bien hecho.

No supe si hablaba de los puntos o de haberlo tumbado.

Probablemente de las dos cosas.

Salí un momento a respirar.

La aldea estaba en pausa. Los hombres del perímetro seguían en sus puestos. Las mujeres habían sacado a algunos niños a buscar agua. Mòrag se había quedado dentro vigilando a Cailean y a otro herido más leve que dormía en el rincón.

Vi venir a un hombre corriendo desde el camino norte.

No era cualquier hombre. Era Iain, uno de los que había salido al amanecer con Cailean. Llegó hasta el centro de la aldea con la cara que tienen los que traen una noticia que no han querido ser ellos los que la trajeran.

Lo siguió Fearchar, también corriendo, desde la dirección contraria.

Hablaron. Rápido. En gaélico cerrado del que solo cogí dos palabras: bosque y dos.

Me acerqué.

—¿Qué pasa?

Fearchar me miró. No con hostilidad. Con la incomodidad específica de un hombre que tiene que dar una noticia a una persona a la que preferiría no dársela.

Llamó a Eilidh con un grito corto. Eilidh salió de su casa y vino. Fearchar le habló a ella, deprisa. Eilidh escuchó. Cuando se giró hacia mí, lo hizo despacio, eligiendo palabras.

Levantó dos dedos. Señaló al norte. Hizo el gesto de árboles altos.

—Dos. Bosque.

—¿Nuestros?

Asintió.

—¿Heridos?

Eilidh asintió otra vez.

Después levantó cinco dedos. Señaló al norte de nuevo, con la cara seria. Después seis dedos. Y después subió la mano, indicando o más.

—¿Cinco Mackenzie? ¿Seis?

—Sì.

Después se llevó la mano al pecho y se señaló a Iain. Después juntó dos dedos. Hermano.

—¿El hermano de Iain es uno de los dos atrapados?

Asintió.

Levantó tres dedos, después juntó las muñecas, en el gesto que ya conocía. Primo. Después señaló hacia la casa de Beathag.

—¿Y el primo de Beathag?

Asintió y tragué saliva.

—¿Qué van a hacer?

Eilidh tradujo la pregunta a Fearchar. Fearchar miró hacia la casa grande, donde estaba Cailean tumbado. Después hizo un gesto que entendí sin traducción: el sol bajando, después la oscuridad, después la mano cortando en el aire. Si no salimos antes de que oscurezca, no salen.

Me giré.

Entré en la casa grande.

Cailean tenía los ojos abiertos. Había oído algo. Quizás el grito de Fearchar. Quizás solo los pasos.

—¿Qué pasa?

—Nada que tengas que resolver tú.

—Aurora.

—Cailean.

Se incorporó sobre el codo y me miró.

—Dímelo.

—No, Cailean. Tú no te mueves de aquí. Mírate.

Apartó la tela. Miró el vendaje y volvió a mirarme a mí.

—¿Cuántos hombres atrapados?

—Cailean...

—¿Cuántos?

—Dos. Cinco o seis Mackenzie en el bosque.

Cerró los ojos un momento.

—¿Quiénes salen a por ellos?

—No lo sé. Fearchar está organizando.

—Fearchar no conoce ese tramo del bosque como yo.

—Cailean.

—Aurora.

—No.

—Aurora. Si los pierdo a los dos hoy, y podía haber salido, no voy a vivir con eso.

—Y si sales tú con esa herida y no vuelves, ¿con qué vivo yo?

Se quedó mirándome y no dijo nada durante unos segundos.

—Iré con cuatro hombres. No más. Conozco un sendero que sale por arriba. Si llegamos antes de que oscurezca, los sacamos y volvemos antes de medianoche.

—Cailean. Te abrieron el costado hace dos horas.

—No el costado. La piel. No tocaste nada dentro.

Asentí. Era verdad en lo que respectaba a esa herida. Solo en eso.

—Eso es una manera de decirlo que no te corresponde a ti.

Me sostuvo la mirada.

Y yo en ese momento vi exactamente lo que tenía delante. Vi a un hombre que llevaba meses ofreciéndome que confiara en él. Que me había contado lo de Iseabail aunque no quisiera. Que había aprendido a decirme cosas antes de hacerlas. Y que ahora, por primera vez desde la grieta, estaba pidiéndome que le dejara hacer lo que él consideraba que tenía que hacer aunque me costara. Podía obligarlo a quedarse.
Y lo odiaría por ello. O podía decir que sí. Y él se iría. Y quizás también lo perdería, pero al menos como él era.

Tragué saliva.

Miré el vendaje. Miré su cara. Miré el vendaje otra vez.

—En mi siglo esto se llama alta voluntaria y el médico firma un papel que dice que no se hace responsable.

—¿Qué?

—Nada. Que eres un idiota.

—Ya lo dijiste antes.

—Sigue siendo verdad…

Tragué saliva.

—Cailean. Si vas, vuelves.

—Vuelvo.

—Repítelo.

Me sostuvo la mirada.

—Vuelvo.

Asentí.

—Lleva más de cuatro hombres. Por favor…

—No puedo. Si vamos muchos nos ven.

—Si en cuatro horas no estás aquí, voy a buscarte. Que lo sepas.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo harías. Y por eso vuelvo.

Se incorporó del todo. Despacio. Cogió la tela cuadriculada del suelo y se la puso por encima del vendaje. Caminó hasta la puerta sin que las piernas le temblaran, lo cual era un milagro pequeño que duraría exactamente hasta que el aire de fuera lo despertara del todo.

En la puerta se paró para girarse hacia mí.

—Aurora.

—¿Sí?

No dijo nada durante un segundo.

Después dijo, en su castellano más lento, las erres marcadas:

—Si no vuelvo. No vayas tú al bosque sola.

—Pienso ir.

—Aurora.

—Cailean. Si no vuelves, voy. Advertido quedas.

Me sostuvo la mirada y después asintió. Una vez. Y salió.

Los oí coger los caballos. Cuatro caballos saliendo por la puerta norte de la aldea. El sonido se alejó deprisa y desapareció.

Mòrag salió de su rincón y me observó durante una décima de segundo. No me dijo nada. Me puso un cuenco de agua en la mano y señaló al herido que tenía detrás, el otro, el que necesitaba que le revisara el vendaje.

Eso fue lo que pude hacer.

Trabajé y conté las horas.

* * *

A las cuatro horas exactas Cailean no había vuelto.

Había vuelto un hombre. Uno solo, que tenía una herida en el muslo y la cara de alguien que viene a contar algo que va a doler oír…

Mòrag lo atendió. Le hizo preguntas. El hombre habló rápido. Mòrag escuchó y después se giró hacia mí. Su cara me dijo lo que su gaélico no podía decirme bien y corrí a buscar a Eilidh.

CAPÍTULO 20

Lo que se dice cuando quizás no hay mañana

Eilidh estaba con Mòrag cuando el hombre entró. Mòrag lo interrogó en gaélico. Eilidh escuchó y se giró hacia mí.

Levantó dos dedos. Señaló al norte. Hizo el gesto de vivos con las manos en el pecho. Los dos. Vivos. Cailean los sacó.

Asentí.

Eilidh frunció el ceño. Buscó. Levantó más dedos, señaló al norte de nuevo con la palma extendida. Más. Después dibujó un círculo en el aire, los rodearon. Después hizo el gesto de empujar hacia fuera, Cailean empujando a los demás, y después se señaló a sí misma dentro del círculo. Él se quedó.

—¿Se quedó solo?

Asintió.

Señaló el sol. Lo bajó dos palmos. Después levantó los dedos dos veces.

Dos horas. Quizás más.

Me senté en el banco de Mòrag. No porque quisiera sentarme. Porque las piernas hicieron ellas el cálculo antes que la cabeza.

Eilidh dibujó en el aire árboles altos, después señaló norte, después arriba. El sendero alto. El límite del bosque.

Cerré los ojos un momento.

Dos horas. Si Cailean estaba herido y solo y los Mackenzie seguían en la zona, dos horas eran lo que costaba pasar de quizás a probablemente no.

Abrí los ojos.

—Eilidh.

Eilidh ya tenía la capa en la mano.

* * *

Le dije al jefe que íbamos. No le pedí permiso. Solo se lo dije.

El jefe me miró sabiendo que no iba a poder oponerse a las cosas que no puede impedir. Asintió. Mandó con nosotras a dos hombres que él mismo eligió, los más rápidos a pie de la aldea. Iain, el del hermano que Cailean había sacado, y un tal Aonghas que yo no conocía bien y que tenía cara de saber dónde iba.

Salimos los cuatro antes de que se pusiera el sol.

Hicimos el camino corto. El que Cailean me había enseñado en un dibujo meses atrás. Iain conocía el sendero alto y lo seguimos.

No hablamos. Yo iba detrás, con todo el material de curas que había podido acumular, con las piernas funcionando aunque no las sintiera y con la cabeza haciendo dos cosas a la vez. Una era enfermera. La enfermera calculaba: dos horas y media ya, tres con suerte, herida no especificada, posibilidad de hemorragia, posibilidad de hipotermia con el frío que estaba bajando. La otra era yo. Yo no calculaba nada. Yo solo repetía una frase en bucle sin elegirla.

Vuelve. Vuelve. Vuelve.

A media hora del bosque el sol ya estaba bajo. Las ramas largas hacían sombras inclinadas que dificultaban ver el suelo. Iain encendió una antorcha. Aonghas otra. Eilidh y yo íbamos en el medio, con la luz a los dos lados.

Entramos en el bosque por el este.

Era un bosque distinto al que recordaba. Más oscuro, más cerrado, con un olor distinto. O quizás era el mismo bosque y era yo la que estaba distinta.

A los diez minutos Iain levantó la mano. Paramos y olfateó el aire. Se agachó. Tocó algo en el suelo con dos dedos. Lo olió.

Sangre.

Eilidh dijo algo en gaélico bajo. Iain le contestó. Mostró el rastro: una mancha, otra a tres metros, otra a seis. Alguien había caminado o se había arrastrado en esa dirección.

Le hice un gesto a Iain para que fuera él delante. Yo iba detrás, con la antorcha cerca del suelo, viendo cada mancha que él me señalaba.

Caminamos veinte minutos por ese rastro.

Veinte minutos en los que conté las manchas y las medí mentalmente. No eran pocas. Eran suficientes para que la enfermera de mi cabeza empezara a calcular volumen perdido y a no decirme el resultado.

Y entonces Iain se paró.

Levantó la antorcha.

Lo vimos los cuatro a la vez.

Detrás de un pino grande, tumbado de lado, con la espalda contra el tronco. Había intentado incorporarse en algún momento, se veía por la postura, y no había podido. Tenía la mano derecha sobre el abdomen. La tela cuadriculada empapada de oscuro.

No el costado. El abdomen. Era una herida distinta. Nueva. Por encima del vendaje que yo le había puesto esa mañana, más arriba, más adentro. Esto no era lo de antes. Esto era otra cosa.

Me arrodillé a su lado.

—Cailean.

No abrió los ojos enseguida.

—Cailean.

Los abrió. Despacio y tardó en enfocar.

—Aurora.

—Aquí estoy.

—No te dije.

—¿Qué?

—Que vinieras.

—Y yo no te dije que te quedaras quieto en la casa.

Hizo una cosa con la boca que no era sonrisa, pero que se le parecía.

—Empate.

—Cállate. No hables todavía.

Le aparté la mano del abdomen con cuidado y le subí la tela. Iain bajó la antorcha mientras Aonghas se puso a vigilar el bosque y Eilidh se arrodilló al otro lado.

Miré la herida.

Estaba por encima de la del costado. Diagonal. Más profunda. Habían usado algo más largo que un cuchillo, una espada corta o algo parecido. Mis manos hacían lo que tenían que hacer, limpias, metódicas, mientras la parte de mi cabeza que no era enfermera hacía un ruido que no podía permitirme escuchar todavía.

—Cailean. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—No sé.

—¿Pudiste moverte al principio?

—Un poco.

—¿Y después?

—No.

—¿Cuándo te hicieron esto?

—Después de... que salieran los demás.

Eilidh hizo un sonido bajo. De preocupación.

—Necesito agua —le dije a Iain.

Iain sacó un odre del cinturón y me lo dio.

Limpié lo que podía limpiar. Comprimí. Cailean apretó la mandíbula, pero no se movió. Hice una venda nueva con todo lo que

tenía y con dos tiras que Eilidh se arrancó de la capa sin que yo se lo pidiera.

Cuando terminé, Cailean tenía los ojos cerrados.

—Cailean.

Los abrió.

—Tenemos que llevarte.

—Sí.

—¿Podrás aguantar el dolor del traslado?

—Sí.

—Dime la verdad.

Me miró.

—Sí puedo. Si vamos rápido.

Asentí.

Me giré hacia Iain y Aonghas. Les hablé despacio, en gaélico básico con gestos, para asegurarme de que no perdían nada.

—Camilla. Dos ramas largas y una capa. Atadas.

Iain entendió y salió a buscar las ramas.

Me volví hacia Cailean. Le cogí la mano que no estaba sobre el abdomen y me la apretó.

—Cailean. Dime cuánto de malo crees que es.

Esa era mi pregunta para él. No se la habría tenido que hacer porque era la enfermera. Sabía cuánto de malo era, pero quería oírselo decir, no para tener información, sino para que él la dijera y yo la oyera dicha por su propia boca.

—Aurora.

—Cuánto de malo.

Me sostuvo la mirada.

—Bastante.

Asentí.

Y aquí es donde algo en mí se rompió de la manera específica en que se rompe algo que ha estado aguantando mucho. No me derrumbé. No lloré. Solo me dejé sentir, durante el segundo y medio que podía permitirme, lo que llevaba meses sin permitirme sentir entero.

Era miedo.

Tenía miedo. Mucho. Y ya estaba cansada de fingir que no.

—Cailean. Escúchame bien.

—Te escucho.

—No te vas a morir aquí.

—Aurora.

—Cállate. Ahora hablo yo.

Cerró la boca.

—Llevo meses sin terminar de decirte cosas porque esperaba el momento adecuado. Y resulta que el momento adecuado eres tú en el suelo de un bosque con la segunda herida del día, después de que te dijera que volvieras y que me dijeras que volverías. Y aquí estás. Pero vas a cumplir lo que me dijiste. Porque tú no eres de los que prometen cosas y las rompen.

—Aurora...

—No he terminado.

Me sostuvo la mirada.

— No sé cómo llamar a esto todavía. Pero sé que no quiero perderlo. Y llevo demasiados meses sin decírtelo. Te lo digo ahora porque ahora es cuando hay que decirlo. No porque te vayas a morir. Porque no te vas a morir. Te lo digo porque quiero que lo sepas mientras estás despierto y mientras me oyes.

—Aurora.

—¿Qué?

—Yo también.

—¿Tú también qué?

—Lo mismo. Hace meses. Por si acaso.

—Cailean. No.

—Sí. Por si acaso.

Lo miré y continuó con esfuerzo.

—Que los meses desde que llegaste son los mejores que me han pasado. No porque haya sido fácil. Porque contigo nada ha vuelto a sentirse vacío. Que sepas eso.

—Lo sé. Cailean, lo sé…

Sujeté las lágrimas.

Eilidh, detrás de mí, hizo un sonido. Iain y Aonghas volvían con las ramas y tuve que soltarle la mano.

—Ahora a aguantar —dije y asintió.

* * *

Lo cargamos los cuatro en la camilla. Yo iba detrás sosteniéndole la cabeza para que no se le moviera con el camino. Eilidh iba a un lado para iluminar y los hombres llevaban el peso.

Tardamos una hora en llegar a la aldea. Una hora de pasos cuidadosos y de Cailean apretando la mandíbula cada vez que la camilla se inclinaba mal en una raíz. Una hora en la que yo le hablaba bajito en castellano cosas que no eran importantes.

Cailean tenía los ojos cerrados, pero asentía a veces. Pequeñas señales de que seguía conmigo.

A media hora del camino dejó de asentir.

—Cailean.

No respondió.

—Cailean.

Le toqué la cara. Tibia, no fría todavía. Pulso en el cuello: rápido, irregular.

—Iain, más rápido.

Iain entendió por el tono y los hombres apretaron el paso.

* * *

Llegamos a la aldea pasada la medianoche.

Mòrag ya tenía la casa grande preparada. Mesa limpia. Agua hirviendo en tres ollas. Hierbas. Trapos. El cuchillo pequeño y la aguja que habían quedado de la operación de Sìle, hervidos otra vez.

Lo subimos a la mesa.

—Mòrag. Necesito que sujetes los hombros.

Señalé la zona para que me entendiese mejor y Mòrag asintió.

—Eilidh. Tú la Cabeza. Háblale. Que se concentre en tu voz.

Eilidh también comprendió. Estaba pálida, pero no le temblaban las manos. Eso era todo lo que necesitaba de ella en ese momento.

Le abrí el vendaje.

La herida había entrado en diagonal entre dos costillas inferiores y bajaba hacia el ombligo. Profunda. Las próximas tres horas iban a decidirlo todo.

Mòrag me miró desde el otro lado de la mesa.

Asintió una vez y empecé.

* * *

Lo operé esa noche.

No voy a describir las tres horas que siguieron con detalle porque son las tres horas más largas que he vivido en cualquier siglo y porque algunas cosas se viven, pero no se cuentan del todo.

Voy a decir que la herida había rozado el intestino delgado en dos puntos sin perforarlo, lo cual era el mejor escenario posible dentro de los escenarios malos. Voy a decir que limpié y cerré con lo

que tenía y con lo que Mòrag preparó mientras yo trabajaba, las dos en paralelo como llevábamos meses aprendiendo a hacer. Voy a decir que Cailean perdió el conocimiento en la primera media hora y que eso fue una ventaja para él y un problema para mí porque ya no podía preguntarle cómo estaba.

Voy a decir que en mitad de la operación, cuando se me iba el pulso del cuello a una velocidad que no me gustaba, le hablé en voz alta como si pudiera oírme.

—No te atrevas, Cailean. Me lo prometiste.

Y voy a decir que treinta segundos después el pulso volvió a la velocidad anterior. No sé si por casualidad. No me importó.

Voy a decir que a las dos de la mañana cerré la última sutura y me senté en el suelo al lado de la mesa donde estaba tumbado y me quedé sin hacer nada hasta que Mòrag me puso una mano en el hombro. Solo eso.

Voy a decir que tuvo fiebre alta durante cuatro días. Que el tercero fue el peor. Esa noche, cuando le subió a más de lo que el cuerpo podía sostener mucho tiempo, Mòrag y yo trabajamos sin descanso con paños fríos y con todo lo que teníamos. Eilidh no se acostó. Sìle vino a media noche y nos trajo agua del arroyo. Fearchar apareció en la puerta una vez. No entró. Solo miró. Después dijo algo a Mòrag y se fue. Mòrag me lo contó al día siguiente. Que si necesita algo, lo manda buscar.

Voy a decir que el cuarto día, al amanecer, la fiebre bajó.

Voy a decir que el quinto día Cailean abrió los ojos. Me preguntó qué día era y le dije que no lo sabía exactamente mientras lloraba emocionada. Él sonrió.

Y voy a decir que el día que se incorporó por primera vez, apoyado en la pared, con las piernas todavía flojas, me miró desde la cama y dijo:

—Lo que dijiste en el bosque. Lo recuerdo todo. Me ha acompañado todo este tiempo.

—A mí también…

—¿Lo decías en serio?

Lo miré.

—Cada palabra. Cailean… Cada jodida palabra.

Cailean asintió y me miró como no lo había hecho hasta entonces.

CAPÍTULO 21

Lo que queda después

Los días que siguieron a la batalla fueron los más silenciosos que había vivido en la aldea.

No un silencio de paz. Un silencio de gente que ha gastado mucho y necesita tiempo antes de volver a hacer ruido. Las mujeres hablaban bajo. Los hombres trabajaban sin canciones. Los niños, que siempre habían corrido por el centro de la aldea con los perros detrás, jugaban cerca de las casas y más quietos de lo normal, como si hubieran captado algo del aire que les pedía calma.

Yo trabajaba con Mòrag de sol a sol.

Había seis heridos que necesitaban revisión diaria. Uno de ellos, el más grave, un hombre llamado Seumas con una herida de espada en el abdomen que había llegado a tiempo, pero por poco, requería atención cada pocas horas. Me quedaba con él por las noches cuando Mòrag necesitaba dormir. Le tomaba el pulso, le cambiaba los paños, le daba agua a sorbos cuando estaba bastante despierto para tragar.

Seumas tenía cuarenta años y una mujer que se llamaba Catrìona que llegaba cada mañana con comida para los dos, para él y para mí, y que se quedaba dos horas antes de irse a sus hijos. No me hablaba. No hacía falta. Me ponía el cuenco delante y asentía.

Era suficiente.

* * *

Cailean tardó casi tres semanas en levantarse.

No porque yo se lo impidiera. Sino porque la herida era lo que era, y el cuerpo tardó en decidir que iba a recuperarse antes de

ponerse a demostrarlo.

Los primeros días durmió más que estuvo despierto. Cuando abría los ojos me miraba, decía algo corto, y volvía a cerrarlos. La fiebre subía por las noches y bajaba por las mañanas y el tercer día me asusté de verdad, pero Mòrag estaba ahí y entre las dos lo sostuvimos.

El sexto día pidió agua por sí solo. El séptimo dijo que tenía hambre. El octavo discutió con Mòrag sobre si podía sentarse, y Mòrag ganó la discusión con una sola mirada.

Dos semanas después me dijo que se levantaba mañana.

—No —dije.

—Sí.

—Cailean. Te abrí el abdomen hace nada.

Me miró con esa cara suya de te he escuchado, he considerado lo que dices, voy a hacer lo contrario.

—Una semana más —dije—. Y con alguien al lado.

—De acuerdo.

A la tercera semana me encontré su jergón vacío por la mañana.

Salí. Estaba en el cercado de los caballos, y respiraba demasiado rápido para alguien que solo había cruzado la aldea. Estaba apoyado en la valla con las dos manos, con el peso repartido de la manera específica de alguien que está de pie, pero que sabe exactamente lo que le costaría dejar de estarlo.

Me acerqué despacio.

—Buenos días.

Me miró. Tenía la cara de dos semanas de cama, más delgado de lo que tendría que estar, con la palidez que dejan las fiebres altas cuando se van. Pero estaba de pie y tenía los ojos despejados.

—Buenos días.

—¿Cuánto llevas aquí?

—Un rato.

—¿Te ha costado llegar?

—Más de lo que me habría gustado.

—Eso es lo más honesto que me has dicho en semanas.

Reí y algo en su cara se movió.

La yegua negra se acercó y metió la cabeza por encima para que le rascara la frente. Lo hice.

* * *

La primera vez que Fearchar volvió a mirarme de otra manera fue la noche de la fiebre de Cailean.

Entró en silencio.

Me vio cubierta de sangre seca hasta los codos, sujetando el paño frío sobre el pecho de su sobrino mientras Mòrag preparaba más agua.

No dijo nada, pero dejó un saco de carbón junto al fuego antes de irse.

Fearchar vino a verme cuatro días después de la batalla.

Fue por la mañana, a casa de Mòrag, cuando yo estaba sola preparando una cataplasma.

Entró y se quedó de pie cerca de la puerta. Era la primera vez que lo tenía tan cerca sin que hubiera más gente. Era más alto de lo que parecía desde lejos. Había algo casi cómico en que el hombre que había pasado meses intentando echarme del clan tuviera ahora la misma cara que los padres en urgencias cuando traían a un hijo y no sabían cómo empezar. Esa cara la conocía bien. Era universal.

No habló enseguida. Miró alrededor y a lo que yo estaba preparando en la mesa. Después me miró a mí.

Dijo algo en gaélico. Corto. Solo cogí una palabra: su hijo. Cogí mi capa, le hice un gesto y fuimos juntos a casa de Eilidh.

Eilidh nos miró entrar y entendió en dos segundos lo que estaba pasando. Se sentó, yo también y Fearchar se quedó de pie. Repitió lo que me había dicho y Eilidh me tradujo con gestos y palabras sueltas, como siempre.

Señaló el brazo de Fearchar. Hizo el gesto de herida e infección. Levantó los dedos: días. Después me señaló a mí con la barbilla.

—¿Su hijo tiene el brazo mal de la batalla y quiere que lo vea yo?

Eilidh asintió.

Miré a Fearchar.

Fearchar me sostuvo la mirada. No había en su cara lo que yo habría esperado encontrar, que era orgullo o incomodidad o resentimiento. Había una cosa más plana y más dura que era simplemente necesidad. La necesidad de un padre que tiene un hijo con el brazo mal y que ha visto lo que yo hago.

—Esta tarde. Que lo traiga.

Eilidh tradujo.

Fearchar asintió. Una vez. Y salió.

Eilidh me miró.

—¿Vas a hacerlo?

—Claro que sí. Es un herido.

Eilidh asintió y me miró de una manera que decía que había entendido algo más de lo que yo había dicho.

* * *

El hijo mayor de Fearchar se llamaba Dòmhnall y tenía veintidós años y la herida en el antebrazo izquierdo estaba infectada de manera seria. Llevaba días así. Tenía los bordes rojos e inflamados y supuraba y le daba fiebre por las noches, según me fue contando en gaélico despacio mientras Eilidh rellenaba lo que yo no cogía, con una voz que intentaba ser tranquila y no lo conseguía del todo.

Fearchar estaba en la puerta durante toda la cura. No dentro. En la puerta. Sin decir nada.

Yo trabajé y Dòmhnall aguantó bien. Cuando terminé me dijo algo en gaélico.

Eilidh levantó la barbilla hacia mí. Gracias.

—'S e do bheatha —dije.

De nada. Una de las primeras frases que había aprendido.

Dòmhnall me miró con una expresión que en otro contexto habría sido cómica. La expresión de alguien al que le habla en su idioma una persona que no debería saberlo.

Fearchar, desde la puerta, vio eso. No dijo nada, pero algo en su postura cambió un milímetro.

* * *

Esa noche le conté a Cailean lo de Fearchar y su hijo.

Estábamos los dos fuera, después de cenar, sentados en el banco de piedra que había al lado de la casa grande. Había salido una noche clara, poco frecuente en noviembre, con estrellas que en Madrid nunca se veían así, demasiada luz de ciudad.

Cailean escuchó.

—¿El brazo?

—Mal, pero recuperable. Si lo cuida bien.

—¿Se lo dijiste?

—Sí. A través de Eilidh.

—Fearchar no es mal hombre —dijo al cabo de un momento.

Lo miré.

—Ha pasado meses intentando echarme del clan...

—Sí. Pero no porque seas mala. Porque tenía miedo de lo que no entendía. Y porque le convenía usarte.

—¿Crees que va a cambiar?

—No del todo. Pero sí suficiente.

Asentí.

Miramos las estrellas un rato. Cailean las miraba de una manera específica, reconociéndolas, como quien lee algo escrito en un idioma que aprendió de niño.

—¿Las conoces todas?

—Las suficientes para navegar. Me las enseñó mi padre.

—¿Dónde está tu padre?

—Murió. Hace años. Antes que mi tío fuera jefe.

—¿Y tu madre?

—También.

—¿Los dos jóvenes?

—Una enfermedad. Los dos el mismo invierno.

Lo miré.

Cailean seguía mirando las estrellas.

—¿Tienes a alguien más? Aparte de Eilidh y del jefe.

Se tomó un momento.

—Ahora tengo más que antes.

No lo dijo mirándome. Lo dijo al cielo. Pero entendí a quién se refería y de qué manera.

Apoyé la cabeza en su hombro. Él no se movió. Levantó el brazo despacio, el bueno, el del lado sin herida, y me lo pasó por los hombros.

Era la primera vez que su brazo estaba ahí sin que ninguno de los dos tuviera una razón práctica para que estuviera. Sin herida que curar, sin frío que justificara el gesto, sin urgencia. Solo su brazo y mi hombro y el peso específico de algo que llevaba meses esperando ser nombrado. No lo nombré. Pero lo sentí entero.

Nos quedamos así.

Las estrellas, arriba. El frío, alrededor y el brazo de Cailean, que pesaba de la manera que pesan los brazos de la gente que no te toca con ligereza.

* * *

Al día siguiente el jefe me llamó.

Cuando entré en la casa grande, Cailean ya estaba allí, sentado a un lado. Mòrag también. Eso me llamó la atención. Mòrag no entraba en la casa grande casi nunca.

Había un hombre más, de pie cerca de la puerta. Lo reconocí. Era uno de los pastores que vivían en el límite norte del territorio, un hombre callado de unos cincuenta años al que había visto dos veces traer un cordero enfermo a Mòrag.

Me senté.

El jefe habló. Cailean tradujo, despacio, con la cara neutra de quien transmite algo sin meter nada propio.

—Este hombre viene de los pastos altos. Pasó ayer por la cabaña de Lucia.

Me incorporé un poco en el banco.

—¿Lucia?

Cailean asintió. Tradujo lo siguiente despacio.

—Lucia le pidió que trajera un recado. Para mi tío. Y para ti.

Miré a Mòrag. Mòrag tenía la cara de quien ya sabía esto antes que yo.

—¿Qué recado?

Cailean tradujo al pastor. El pastor habló largo, en gaélico despacio para que Cailean pudiera seguirlo. Cailean me lo iba pasando por bloques.

—Lucia dice que el invierno va a ser largo. Que ella está bien pero ya no es joven. Que tiene libros en la cabaña que nadie va a leer cuando ella ya no esté.

Pausa.

—Y dice que si tú quieres ir una temporada, antes del invierno duro, ella te enseña lo que sabe. Que no es poco. Y que hay cosas que ella aprendió de su tiempo que solo te las puede contar a ti.

Me quedé quieta.

—¿Solo a mí?

Cailean tradujo. El pastor asintió, dijo una frase, Cailean la devolvió.

—Eso es lo que ella dijo. Solo a ti.

Miré a Mòrag.

Mòrag me sostuvo la mirada. Levantó la mano y se la puso plana sobre el pecho. Después me señaló a mí. Después hizo el gesto de un libro abierto. Y después el gesto de cuidar una planta pequeña, con las dos manos rodeándola.

Yo te enseño lo de aquí. Lucia te enseña lo otro.

Lo entendí entero.

Miré al jefe.

El jefe me sostuvo la mirada con esa neutralidad suya que no era frialdad sino respeto. No me estaba empujando. Me estaba dando otra opción. Otra vez.

—¿Por cuánto tiempo?

Cailean tradujo. El pastor contestó. Cailean tardó un segundo antes de traducir la última parte. Solo un segundo. Pero lo noté.

—Lucia dice que es tu elección. Una luna. Dos. Tres si las necesitas. Y dice también que si decides ir, vayas pronto. Que el camino se cierra cuando empieza la nieve y ella no quiere que llegues con la nieve.

—¿Y la vuelta?

—Cuando tú decidas. Manda un recado con cualquiera que pase, ella avisa al clan.

Asentí despacio.

—Déjame pensarlo.

Cailean tradujo. El jefe asintió.

Salí.

Cailean no salió detrás. Se quedó dentro a terminar lo que tuviera que terminar con el pastor. Eso lo agradecí en silencio mientras cruzaba el centro de la aldea sin mirar a nadie.

* * *

Hablé con Cailean esa tarde.

Me escuchó hasta el final sin interrumpir. Tenía la cara quieta, la cara de escuchar.

Cuando terminé no dijo nada durante un momento.

—¿Quieres ir?

—No lo sé. Cailean, son los libros de Lucia. Es lo que ella sabe de cuarenta y ocho años aquí y de antes de aquí.

—Lo entiendo.

—¿De verdad?

—Sí. Lo que sabes vale más con más. Y Lucia es la única persona que puede contarte algunas cosas.

—Exacto.

—¿Cuándo irías?

—No he dicho que vaya.

—Lo estás pensando.

—Sí.

Asintió.

—Si vas... vuelves.

No era una pregunta. Era algo más parecido a un ancla.

—Sí. Si voy, vuelvo.

—¿Cuándo decides?

—Pronto.

Cailean asintió. Y no añadió nada más, lo cual era exactamente lo correcto. No intentó convencerme de nada. No puso objeciones. Se quedó con la información y la sostuvo sin hacer nada con ella.

* * *

Decidí esa misma noche.

No en una conversación larga conmigo misma. Lo decidí mientras Eilidh me cepillaba el pelo delante del fuego y yo miraba las llamas, y la decisión simplemente estaba ahí cuando la busqué, ya formada, esperando.

—Eilidh.

Levantó la barbilla. ¿Sí?

Hice el gesto de caminar con los dedos, después señalé el norte, hacia la cabaña de Lucia.

Eilidh siguió cepillando. No paró.

Levantó la mano y abrió y cerró los dedos. ¿Cuánto?

Levanté dos dedos: dos lunas. Después el gesto de vuelta y señalé el suelo de la casa.

Eilidh asintió. Siguió cepillando.

Después dijo, en su gaélico lento:

—Math.

Levanté las cejas.

Hizo el gesto de ir y el de volver. Los dos asentidos. Bien que vayas. Bien que vuelvas.

Eilidh terminó la trenza. Me la apoyó sobre el hombro. Después puso los ojos en blanco y dijo el nombre de Cailean con un tono que no necesitaba traducción.

Me reí. Fue una risa corta y real, de las buenas.

Eilidh no se rio. Pero le tembló una cosa muy pequeña en la comisura de la boca.

* * *

El día antes de irme, Mòrag me llamó.

Entré. Se sentó enfrente de mí con ese modo suyo de sentarse que era siempre como ocupar exactamente el espacio que necesitaba y no uno más.

Me puso en la mesa un saco pequeño de tela.

Una palabra en gaélico. Para el camino.

Lo abrí. Dentro había plantas secas envueltas en paños pequeños, cada uno con una marca que era el sistema de Mòrag, las marcas que había aprendido a leer en semanas de trabajar con ella. Hierbas para fiebre, para heridas, para dolor. Las suficientes para dos semanas.

Levanté las cejas hacia ella.

Mòrag asintió. Hizo el gesto de andar, después el de no saber, después señaló el saco. Lo que llevas cuando vas a un sitio donde no sabes lo que te esperas.

Después hizo otra cosa. Se señaló a sí misma, después a mí, después al norte. Después levantó dos dedos juntos, separados, juntos otra vez. Lucia y yo. Distintas. Las dos importan.

—Tapadh leat.

Mòrag asintió. Se levantó. Fue a sus hierbas colgadas y siguió trabajando como si la conversación hubiera terminado, que para Mòrag era exactamente como terminaban las conversaciones importantes.

Cuando salí, ya en la puerta, me dijo, despacio en gaélico, dándome tiempo para cada palabra:

—Vuelve pronto. Tengo cosas que enseñarte.

No esperó respuesta. Siguió con sus hierbas.

* * *

La mañana de la partida, Cailean me acompañó hasta donde el camino se desviaba hacia la cabaña de Lucia.

Caminamos juntos durante una hora. Sin hablar mucho. Había pájaros en los árboles y el suelo estaba cubierto de escarcha que crujía bajo las botas y el sol de la mañana era ese sol de noviembre que ilumina sin calentar, limpio y lateral.

En el desvío nos paramos.

Cailean me miró.

Yo lo miré.

Había cosas que decir. Las dos semanas anteriores habían estado llenas de cosas a medio decir, de conversaciones que empezaban y se cortaban, de momentos que se habían quedado en el borde de algo sin cruzarlo. No por cobardía. Por timing. Porque el suyo y el mío no siempre coincidían y los dos lo sabíamos ya y lo respetábamos sin que costara tanto como antes.

Pero ahora me iba.

Y él no me había pedido que me quedara. Y yo no le había pedido que me lo pidiera. Y eso, esa cosa que no se había pedido y no se había dado, era exactamente lo que hacía posible que yo me fuera y volviera.

Le puse la mano en el pecho. Plana, encima del corazón, como el gesto que él había hecho el primer día en la grieta, el primer gracias.

Cailean bajó los ojos a mi mano.

Después puso la suya encima.

No me abrazó. No me besó. Puso su mano sobre la mía y la dejó ahí un momento, con ese peso específico que tenían sus manos, y después las dos manos cayeron solas.

—Vuelve.

—Vuelvo.

Me giré y empecé a caminar.

No miré atrás. Pero a los cien metros supe, sin necesidad de girarme, que seguía ahí de pie en el desvío mirando cómo me alejaba.

Lo supe porque lo habría hecho yo.

* * *

Caminé hasta el atardecer.

Con el saco de Mòrag al hombro y el broche de Iseabail en la mano, que lo había sacado para mirarlo y no lo había vuelto a guardar todavía. El nudo céltico apretado. El hueco donde habría habido una piedra.

Pensé en Iseabail, que había muerto en tres días de parto. Pensé en Lucia, a la que iba a ver, que llevaba cuarenta y ocho años escribiendo libros que nadie iba a publicar en una cabaña cerca de una grieta y que ahora me llamaba a mí. Pensé en Mòrag, que había perdido a la mujer de su sobrino y casi pierde a su sobrina y que me había puesto la mano en la coronilla como una bendición práctica.

Pensé en Eilidh, que zurcía cosas sin pedir nada y lo daba todo sin anunciarlo. Pensé en Sìle, que me había dado una flor amarilla aplastada del bolsillo.

Pensé en Cailean.

En Cailean pensé muchas cosas y ninguna que pudiera ordenarse bien en palabras todavía, y eso estaba bien. Había aprendido en estos meses que las cosas que no se pueden ordenar en palabras todavía no están listas para ser palabras, y que forzarlas antes de tiempo las rompe.

Guardé el broche en el bolsillo.

A la última luz vi el humo de la cabaña de Lucia en la loma.

Apreté el paso.

Lucia me esperaba en la puerta. Con un cuenco de algo caliente en las manos.

No me dijo bienvenida. No me dijo cuánto se alegraba.
Me dijo, en castellano:
—Llegas justo.
—¿A qué?
—A cenar.
Entré.

CAPÍTULO 22

La cabaña

La cabaña de Lucia era más grande por dentro de lo que parecía por fuera.

Eso lo descubrí esa misma noche. La parte de delante era lo que ya conocía: el fuego central, la mesa, el banco junto a la pared, las hierbas colgadas del techo. Pero había otra puerta al fondo, una que yo no había abierto cuando había estado allí, y detrás de esa puerta había una habitación más, más pequeña pero ordenada con el mismo criterio meticuloso del resto.

Esa habitación era la biblioteca.

No era una biblioteca como las que yo había conocido. No había estanterías. Había arcones. Tres arcones de madera, alineados contra la pared, con cerraduras de hierro que Lucia abría con tres llaves distintas que llevaba colgadas del cuello.

Dentro de los arcones había libros.

No muchos. Sesenta y dos, los conté el segundo día. Pero cada uno estaba envuelto en tela aceitada, cada uno tenía una marca en el lomo escrita con la letra apretada de Lucia, cada uno había sido elegido por alguna razón.

—Los traje conmigo —me dijo Lucía la primera noche—. Algunos. Otros los conseguí después. Cambié cosas por ellos. Mucho.

—¿Cómo los trajiste?

—No los traje en las manos. Los traje en la cabeza. Y los escribí después.

Tardé en entender.

—¿Los copiaste de memoria?

—Sí.

—¿En serio? ¿Cuántos?

—Treinta y uno de los sesenta y dos. Los otros los conseguí o me los regalaron con los años.

La miré y me sostuvo la mirada.

—¿Cuánto tiempo te llevó escribirlos?

—Doce años. No empecé enseguida. Tardé mucho en aceptar que no iba a volver.

Asentí despacio.

—¿Y por qué lo hiciste?

Se pensó la respuesta.

—Porque si no los escribía, se iban a perder. Y porque escribirlos era la única manera que tenía de seguir hablando con la mujer que era cuando los había leído por primera vez.

Asentí.

Y eso fue lo que entendí esa noche. Que Lucia no me había llamado para enseñarme. Me había llamado porque era la primera vez en cuarenta y ocho años que tenía a alguien con quien podía compartir lo que había hecho con su vida.

Y porque ese alguien la entendía exactamente.

* * *

La rutina con Lucia fue lo que más me sorprendió.

No por austera. Por intensa. Lucia trabajaba muchas horas al día y trabajaba bien. Tenía su huerta, sus hierbas, sus animales, sus libros. Distribuía las horas con una precisión casi militar, no por rigidez sino porque había aprendido que esa era la única manera de no perder ninguno de los hilos que sostenían su vida sola.

A mí me incorporó sin ceremonia. Por las mañanas trabajábamos juntas: la huerta, las cabras, el agua, la leña. Por las tardes íbamos a la habitación del fondo y leíamos.

Lucia leía conmigo. No me dejaba sola con los libros, lo cual al principio me molestó y después entendí. Lucia leía conmigo porque los libros tenían anotaciones suyas en los márgenes, comentarios, correcciones, observaciones que ella había añadido en cuarenta y ocho años de releerlos. Y porque algunos textos estaban en italiano antiguo o en latín y ella tenía que ayudarme.

Aprendí más en dos semanas allí que en dos meses con Mòrag.

No porque Mòrag enseñara peor. Mòrag enseñaba lo que sabía, que era lo de su tierra y lo de su tradición y lo de sus manos. Lucia me daba acceso a algo distinto: la visión de una mujer que había vivido en dos siglos, que había leído lo que se leía en Florencia en 1488 y que había pasado cuarenta y ocho años aplicándolo en una cabaña de las Highlands. Eso no existía en ningún otro sitio. Eso solo existía en su cabeza y en sus arcones.

Y la había echado de menos sin saber que la echaba de menos.

* * *

En la segunda semana, una mañana, Lucia me llamó a la habitación del fondo antes de la hora habitual.

Tenía un libro abierto en la mesa. Un volumen pequeño, encuadernado en cuero gastado, con páginas amarillas y una letra muy menuda. No era de los que habíamos leído antes.

—Este te va a interesar —dijo.

—¿Qué es?

—Un libro que no enseño a casi nadie. Lo escribí yo. Hace muchos años. Sobre los pasos.

Me senté.

—¿Tú lo escribiste?

—Yo lo recopilé. Lo escribí. Es lo mismo. Está hecho de lo que yo sabía cuando crucé y de lo que aprendí después, los años que pasé buscando información donde se podía buscar.

—¿Hay información sobre los pasos?

—Hay. Poca. Mal escondida. La mayoría está en libros de medicina o de filosofía natural, en notas de margen, en cartas entre eruditos que se la mandaban como rareza. Yo junté lo que pude.

—¿Por qué?

Lucia tardó.

—Porque al principio creía que iba a volver. Y para volver hacía falta entender. Y cuando entendí que no iba a volver... seguí escribiendo porque ya estaba metida.

Asentí.

—¿Me lo vas a enseñar?

—Sí. Si tienes paciencia. Es largo y es oscuro y yo escribí mal a propósito, porque no quería que cayera en manos de cualquiera.

—Tengo paciencia.

Empezamos esa tarde.

* * *

El libro decía cosas que coincidían con lo que Lucia me había contado meses atrás. Y decía otras que no.

Coincidía en lo básico. Había lugares en el mundo donde el espacio y el tiempo se cruzaban de manera irregular. Eran antiguos, anteriores a la memoria escrita. Algunos estaban marcados con piedras erigidas por gentes ya desaparecidas que sabían dónde estaban y los marcaban como advertencia o como señal, no se sabía bien.

No coincidía en otras cosas.

El libro sostenía que los pasos no eran aleatorios.

Que se abrían y se cerraban según ciclos que era posible calcular, si se sabía cómo. Que había patrones. Que algunos pasos eran estacionales y otros lunares y otros tenían ciclos largos de décadas o siglos. Que los pasos no llevaban a cualquier sitio, sino que tendían a llevar a otros pasos, conectándose entre sí en redes que Lucia

había intentado dibujar con líneas finas y notas al margen con su letra apretada.

Y decía algo más.

Decía que algunas personas tenían más facilidad para cruzar que otras. Que esa facilidad estaba relacionada con un estado interior específico que Lucia llamaba transitus y que describía como un momento de desplazamiento total respecto a la propia vida. El que está completamente roto. El que ha perdido lo que era. El que ya no encaja en su sitio.

Esa gente cruzaba sin saber que cruzaba.

Esa gente, decía el libro, casi nunca podía volver. Porque para volver hacía falta lo contrario. Hacía falta querer estar exactamente donde uno estaba antes. Y el que cruzó porque no encajaba ya no encajaba ni al volver, así que aunque cruzase de regreso, no llegaba al lugar que dejó.

Llegaba a otro sitio.

Siempre a otro sitio.

Cerré los ojos un momento.

—Lucia.

—Sí.

—¿Esto explica si se puede deshacer?

—Espera. Déjame seguir.

Siguió.

Decía que sí, en cierto modo. Que para volver al sitio del que uno había venido, había que reconstruir primero el estado interior que tenía cuando vivía allí. Había que ser, otra vez, la persona que era antes de cruzar.

Eso, decía el libro, era casi imposible.

Porque cruzar cambiaba al que cruzaba.

Y porque el tiempo en el sitio nuevo también cambiaba al que estaba.

Y porque, sobre todo, una vez que uno había visto que se podía vivir de otra manera, no había forma honesta de fingir que no lo había visto.

* * *

Lucia cerró el libro y nos quedamos las dos en silencio.

—Lucia. ¿Por qué me lo enseñas?

Me miró.

—Porque tú estás en el punto en que yo estaba a los seis meses. Y porque a mí no me lo enseñó nadie.

—¿Y por qué crees que estoy en ese punto?

—Porque has venido y ya no piensas en volver de verdad.

Asentí.

—Si cruzara ahora, ¿adónde iría?

—No a Madrid. No al año que dejaste.

—¿A dónde entonces?

—No se sabe. Eso es lo peor. No se sabe hasta que cruzas.

—¿Tú lo intentaste tres veces?

—Sí.

—¿Y dónde acabaste?

—La primera vez, en una playa al norte. En el mismo siglo. La segunda, en un bosque de no sé dónde, en pleno invierno. Casi me muero. Volví a duras penas. La tercera vez no llegué a cruzar. Me quedé delante de la grieta como tú te quedaste delante de la nuestra. Y di la vuelta.

Asentí.

—¿Y después?

—Después dejé de intentarlo. Porque entendí que no me iba a llevar a mi sitio. Y porque cada vez que volvía de un intento, había estado a punto de perder lo poco que tenía aquí. Y a los cuarenta y cinco años, lo poco que tienes pesa más que lo mucho que no vas a recuperar.

Tragué saliva.

—¿Y la palabra?

—¿Qué palabra?

—La última palabra del libro. La que escribiste apretando.

Lucia me miró. Le tembló un milímetro la cara, una cosa muy pequeña.

—¿La leíste?

—Todavía no. Pero sé que está. Las cosas que se escriben apretando se notan.

Lucia tardó.

—Paz.

—Paz.

—Sí.

—¿La escribiste cuándo.

—Hace doce años. Cuando entendí que no iba a intentarlo más.

Asentí.

Nos quedamos en silencio un rato.

Después Lucia se levantó. Fue al arcón. Sacó otro paquete envuelto en tela. Lo dejó en la mesa.

—Esto te lo quedas tú.

—¿Qué es?

—Una copia del libro. Reducida. Lo que vale la pena que sepas. Lo escribí hace dos semanas, cuando supe que ibas a venir.

—Lucia. Es mucho.

—Lo escribí para ti. Es tuyo.

—¿Tú lo necesitas?

—Yo tengo el original. Y la cabeza.

La miré.

—Gracias.

Lucia asintió.

* * *

Llevaba tres semanas en la cabaña cuando llegó el mensaje.

Lo trajo el mismo pastor que había venido a la aldea semanas antes. Llegó al mediodía, con un cordero al hombro para Lucia que era el pago por algo que ella le había curado en el verano, y con un papel doblado en el cinto.

Me lo dio.

Estaba escrito en castellano básico, con errores, con palabras buscadas a propósito. Las erres largas que reconocía. La economía de las frases. Sin firma, pero sin necesidad de firma.

Decía:

Aurora.

Mi tío está enfermo. No grave. Pero el invierno empieza pronto este año. Mòrag dice que necesita más atención de la que ella puede dar. No te pido que vuelvas antes de tiempo. Sí te informo. Decide tú.

Aquí todo igual. Eilidh teje. Sìle pregunta por ti. La yegua sana del todo. Fearchar y yo hablamos ayer por primera vez en años de un asunto que no era pelea. Su hijo Dòmhnall mejora del brazo.

Pienso en ti.

C.

Leí la carta tres veces.

La doblé.

Fui a la habitación del fondo. Lucia estaba allí, leyendo.

Tenía la carta en la mano y el nombre al final, solo una C, y algo en mi cuerpo hizo un movimiento hacia la puerta antes de que mi cabeza hubiera terminado de decidir nada.

—Tengo que volver.

Lucia levantó la vista.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Antes del invierno?

—Sí. Antes del invierno.

Lucia asintió. No me preguntó por qué exactamente. Me miró un momento con esa atención que tenía, la de una mujer que había visto muchas decisiones en su vida y que había aprendido a leer las que pesaban.

—¿Vuelves?

—Sí. Si se puede.

—¿En primavera?

—Sí.

—Te guardaré el otro arcón. El que no hemos abierto todavía.

—¿Hay otro arcón?

—Hay tres. Has visto dos.

La miré.

Lucia sonrió. Una sonrisa pequeña.

—Vuelve. Y te enseño el tercero.

—Vuelvo.

* * *

Esa noche organicé mis cosas.

Eran pocas. La ropa, el saco de Mòrag con las hierbas, el libro pequeño que Lucia me había escrito, mis apuntes en papel rugoso que ella me había dado, con las manos en los bolsillos del abrigo

Por la mañana me despedí.

Lucia me acompañó hasta la puerta. Me dio un cuenco con pan y queso y carne seca para el camino.

—Una cosa más, Aurora.

—Dime.

—Cuando vuelvas con Cailean. No le cuentes todo de lo que has leído aquí.

Me paré.

—¿Por qué?

—Porque algunas cosas, si se las cuentas, van a quitarle el sueño. Y él no necesita esa información para querer lo que quiere.

—¿Y qué le cuento?

—Lo que necesita oír. Que aprendiste. Que tienes lo que necesitabas. Que vas a quedarte.

—¿Voy a quedarme?

Lucia me sostuvo la mirada.

—Eso lo decides tú. Pero yo creo que sí.

Asentí.

Salí.

* * *

Caminé sola de vuelta. Con el saco, con los apuntes, con el broche en la mano, sin guardarlo en el bolsillo todavía.

A media tarde, llegué al límite del territorio MacRae.

No había nadie esperándome. No habían sabido cuándo llegaría exactamente.

Caminé los últimos kilómetros sola.

La aldea apareció en el valle como aparecía siempre, con sus tejados bajos y su humo y sus cabras lejanas y sus caballos en el cercado. La vi desde la loma, igual que la primera vez, meses antes.

Era la misma aldea.

Yo era distinta.

Eso lo sabía sin tener que pensarlo. Lo notaba en cómo miraba lo que tenía delante, en las cosas que veía y que la primera vez no había sabido ver. En cómo el broche en el bolsillo pesaba de una manera distinta. En cómo la palabra casa, que llevaba años significando un piso en Carabanchel, había empezado a significar otra cosa.

Empecé a bajar.

A media bajada vi una figura pequeña corriendo hacia mí por el camino.

Sìle.

Me había visto desde lejos. Corría con todo lo que daban sus piernas, con el cabrito de su cabra, que ya no era un cabrito sino una cabra joven, siguiéndola torpemente.

Llegó a mí jadeando.

Se me lanzó a los brazos.

La cogí.

Era más pesada que cuando me había ido. Tres semanas. Pesaba más, era más alta, y olía a humo de su madre y a algo más, a hierbas que se le habían pegado de algún sitio.

Me dijo algo en gaélico, deprisa, sin pararse a buscar las palabras que yo sabía. La frase entera no la cogí. Cogí mi nombre y aquí y ven.

—Hola, cariño.

Me soltó. Me cogió de la mano. Empezó a tirar de mí hacia la aldea.

Nos vio venir Eilidh desde la puerta de su casa. No corrió. Pero algo en su postura cambió cuando me vio.

Al llegar a su altura, me cogió la mejilla con la palma. Solo un segundo.

Dijo dos palabras en gaélico, lentas, pensadas para mí:

—Ya. Aquí.

—Sí.

Me señaló dentro de la casa, después una olla imaginaria, después a mí. He hecho comida. Entra.

Después dijo el nombre de Cailean. Hizo el gesto de la casa grande. Después juntó el dedo índice y el pulgar y los separó. Está con el jefe. Espera un poco.

Asentí.

Entré con ella.

Y aunque la aldea era la misma y la casa era la misma y Eilidh era la misma, algo en mí se relajó de una manera que no se relajaba en ningún otro sitio del mundo, en ninguno de los que había conocido en ninguno de los siglos en los que había estado.

Esa cosa que se relajaba tenía un nombre que llevaba semanas evitando. Y ya no podía seguir evitándolo.

CAPÍTULO 23

Lo que estaba a punto de pasar

Esperé hasta el atardecer.

Me dio tiempo a comer con Eilidh, a lavarme la cara y las manos con agua templada, a deshacer el saco y poner mis cosas en un rincón. Me dio tiempo a sacar el botiquín de Mòrag y devolvérselo con una sola hierba menos, porque había usado un poco para una mujer del pastor con tos seca.

Me dio tiempo, sobre todo, a no decidir nada todavía.

Eilidh me observó hacer todo eso sin comentarios. A media tarde dijo, sin levantar la vista del cuenco que estaba fregando con arena, en gaélico despacio:

—El jefe ya salió.

Levanté las cejas.

—Cailean dentro —añadió. Después hizo el gesto de tiempo pasando.

Lleva ahí un rato.

—¿Solo?

Eilidh asintió. Después se señaló la sien.

Pensando.

Me sequé las manos en el delantal que me había prestado y que ya era casi mío de tanto usarlo.

—Voy.

Eilidh asintió sin mirarme.

Después, también sin mirarme, dijo en su gaélico habitual una frase corta. La frase tenía las palabras aquí, noche y no, y un gesto

pequeño con la mano que la acompañó: empujar el aire suavemente hacia la puerta.

Me llegó entero. Hasta el matiz.

No vuelvas esta noche si no quieres.

Me paré en la puerta.

—Eilidh.

No me miró, pero sonrió.

* * *

La casa grande estaba en penumbra. El fuego central estaba bajo, alimentado por brasas grandes, pero sin llama. Cailean estaba sentado en la mesa larga, no en su sitio habitual al lado del jefe, sino enfrente. Tenía un cuenco de algo delante y no lo estaba bebiendo. Las manos a los lados, planas sobre la madera.

Levantó la cabeza cuando entré.

No se sorprendió. Llevaría rato escuchando cómo se acercaban mis pasos.

—Hola.

—Hola.

Me acerqué. Me senté enfrente. No al lado. Enfrente, con la mesa entre los dos, porque era lo que me salió y porque a veces los gestos físicos tienen una lógica que se descubre después.

—¿El jefe?

—Mejor. Mòrag tenía razón. No es grave si se cuida.

—Voy a verlo mañana.

—Te esperará.

Asentí.

Silencio.

Cailean tenía los ojos en mí. No con prisa. Con esa mirada suya que había aprendido a sostener durante meses y que ya no

necesitaba esconder.

—Has vuelto antes.

—Sí.

—¿Por la carta?

—Por la carta. Y porque ya había aprendido lo que podía aprender allí en una primera estancia. Y porque hacía frío y empezaba a echar de menos sitios.

—¿Qué sitios?

—Concretos no. Sitios en general. La casa de Eilidh. El cercado de las cabras. La olla de Mòrag.

—¿Y nada más?

Lo miré.

—Y otras cosas también.

—¿Como cuáles?

—Como tú.

Lo dije y se hizo un silencio distinto al de antes. Un silencio del tipo que se hace cuando una palabra cae en la mesa y los dos la miran caer y ninguno la coge enseguida.

Cailean no apartó los ojos. Pero algo en su cara se desplazó un milímetro, esa cosa pequeña que en él era siempre el equivalente a un gesto grande en otra persona.

—¿Estás segura de lo que has dicho?

—Sí.

—¿No es el cansancio del viaje?

—No.

—¿No es...?

—Cailean. Lo he pensado tres semanas. Y antes. Y antes de antes. Lo que pasa es que ahora ya no tengo dónde guardarlo.

Asintió. Despacio. Una vez.

No se levantó. No vino hacia mí. Se quedó donde estaba, con las manos sobre la mesa y los ojos en los míos, y dijo en voz muy baja:

—Ven.

Me levanté. Rodeé la mesa. Me senté a su lado. El espacio entre los dos era de unos diez centímetros y esos diez centímetros eran lo más ruidoso de la habitación. Cailean levantó una mano despacio, como quien no quiere asustar a algo. Me la puso en la mejilla.

La palma callosa, la temperatura conocida, el pulgar quieto contra mi pómulo.

Cerré los ojos.

Y aquí es donde tengo que contar algo que me cuesta contar porque va contra todo lo que llevo treinta y un años contándome a mí misma sobre los momentos importantes de mi vida, que es que tienen banda sonora. Yo siempre había creído que los momentos importantes tenían banda sonora. En mi cabeza, cuando me imaginaba un beso así, había violines. Había una luz especial. Había una frase memorable.

Aquí no había nada de eso.

Había una casa grande en penumbra con un fuego bajo, dos cuencos sin tocar sobre una mesa, el olor a humo de turba que tenía toda la casa, el sonido lejano de un perro ladrando en algún sitio de la aldea. Y la palma callosa de un hombre en mi mejilla.

Eso era todo.

Y era suficiente. Más que suficiente. Porque era real, y porque llevaba meses construyéndose, y porque a esta altura de mi vida había aprendido que las cosas con banda sonora son las que se olvidan, y las cosas sin ella son las que se quedan.

Cailean inclinó la cabeza. Despacio.

Y me besó.

Fue un beso corto. Cerrado. De los que dicen si quieres, sigo. Si no, paro aquí y nunca me lo vas a tener que recordar.

Yo le contesté con otro beso. Más largo. Y la pregunta se respondió sola.

* * *

Lo que pasó después no lo voy a contar entero porque no le pertenece al lector. Algunas cosas son de las dos personas que las viven y de nadie más.

Voy a contar lo que sí.

Voy a contar que en algún momento de la noche, los dos en el jergón pequeño de la habitación que él tenía en el lateral de la casa grande, con un solo candil encendido al fondo y las pieles encima, Cailean me apartó un mechón de pelo de la cara con un cuidado que yo no había recibido nunca de un hombre.

Voy a contar que me dijo, en castellano lento, mirándome:

—Llevo cinco meses imaginando esto.

Voy a contar que en algún momento más, cuando ya no hablábamos, le toqué la cicatriz vieja que tenía en el hombro y la otra que le atravesaba la clavícula. Las había visto la primera vez en la cueva, cuando le había levantado la tela cuadriculada para verle la herida. Las había visto sin mirarlas, en automático, en modo enfermera.

Ahora las miré.

Y le toqué también la cicatriz nueva del costado, casi blanca ya, y la más grande del abdomen, todavía rosada, esa que yo misma le había cosido en una mesa con la fiebre subiéndole por las venas. Cailean me dejó tocarlas todas, sin decir nada, con esa quietud específica que tenían los hombres a los que muy poca gente había tocado las cicatrices de manera no clínica en su vida.

—Esta —le toqué la del abdomen— casi te mata.

—Lo sé.

—No vuelvas a hacer eso.

—No.

—Promételo.

—Lo prometo.

Le pasé la mano por la cicatriz una vez más, despacio.

Voy a contar que a las cuatro de la mañana, en la oscuridad casi total porque el candil se había apagado, Cailean me dijo, sin previo aviso, sin contexto:

—Mi padre me hablaba de las estrellas porque mi madre no sabía leer. Decía que las estrellas eran para todo el mundo, no como los libros.

—¿La extrañas?

Pausa.

—Sí. Pero menos cada año.

—¿Eso te hace sentir culpable?

—Antes sí. Ahora no.

—¿Por qué?

—Porque entendí que extrañar menos no es querer menos. Es solo que la vida sigue ocupando sitio.

Era verdad.

Después, mucho después, ya casi dormida, le oí decir, en voz muy baja, casi para sí mismo:

—Tenía miedo de que volvieras y no fuera así.

—¿Así cómo?

—Así. Que tú no quisieras. Que yo quisiera. Y nunca los dos a la vez.

—¿Y por qué?

—Porque nunca pasa a la vez.

—A veces sí.

—Sí. A veces sí.

Me dormí con la cabeza en su pecho. Con la cicatriz del abdomen debajo de mi oreja, casi seca, casi blanca, pero ahí, como recordatorio de lo cerca que había estado de no tener este momento. Solo el pecho de un hombre que respiraba despacio y al que llevaba meses queriendo sin nombrarlo.

* * *

Por la mañana me despertó el sonido de la aldea empezando el día.

Cailean ya estaba despierto. Vestido a medias. Sentado en el borde del jergón. Mirándome.

—Buenos días.

—Buenos días.

—¿Cuánto llevas mirándome?

—Un rato.

—Cailean.

—¿Qué?

—Eso es un poco raro.

Se rio. Fue una risa corta, baja. La segunda o tercera vez que se la oía.

—Lo siento.

—No lo sientas. Es raro, pero no en mal sentido.

—Aurora.

—¿Sí?

—Tenemos que hablar de algunas cosas. Pero no esta mañana. Esta mañana solo tenemos que ir a ver al jefe. Tú primero. Después yo.

—¿Por qué separados?

—Porque va a notar lo que pasó si entramos juntos. Y prefiero que lo sepa por mí, no por verlo.

Asentí.

—¿Te molesta que lo sepa?

—No. Pero hay maneras de que se entere y otras.

—Vale.

Me senté en el jergón. Cogí mi ropa del suelo y me empecé a vestir.

Cailean me miró vestirme con una atención que no era invasiva, pero que tampoco era casual. Era una atención de quien quiere recordar algo concreto.

—¿Qué? —dije.

—Nada.

—Cailean…

—Es que no había visto a nadie vestirse así desde hace años. Y me gusta.

Le tiré una de las pieles a la cabeza.

Se rio otra vez.

* * *

Salí de la casa grande por la puerta lateral, la que daba al cercado de los caballos, no la principal. Lo cual era un detalle que Cailean me había sugerido y que yo había aceptado porque ya era media mañana y dos personas saliendo a la vez por la puerta principal eran información.

Eilidh estaba en su huerta cuando llegué a la altura.

Me miró.

—Buenos días.

Eilidh me devolvió el saludo en gaélico.

Me sostuvo la mirada un segundo más de lo necesario. Después hizo el gesto de comer.

—Mucha —dije.

Eilidh asintió. Empezó a caminar hacia su casa.

A medio camino, sin girarse, dijo en castellano dos palabras que se notaba que llevaba semanas guardando para usar exactamente en este momento:

—Ya. Hora.

—¿Perdón?

Eilidh siguió andando sin girarse.

—¡Eilidh!

Se paró. Se giró. Levantó las cejas con una cara de inocencia que no engañaba a nadie.

—¿Qué tan obvio era? —pregunté.

Eilidh extendió las manos, mostrando todo a su alrededor. La aldea entera. Después se señaló a sí misma y los ojos.

Para mí, mucho. Para la aldea, bastante. Para vosotros, todavía no sé.

Suspiré.

Eilidh sonrió. Una sonrisa pequeña, de hermana mayor satisfecha.

Entré con ella.

* * *

Esa tarde fui a ver al jefe.

Estaba sentado en su silla habitual, junto al fuego, con una manta sobre las piernas. Más delgado que la última vez que lo había visto. Más pálido. Pero con los ojos vivos.

Me senté enfrente.

Hablamos lo que podíamos hablar con los gestos de siempre. Le tomé el pulso. Le miré la lengua. Le pregunté con mímica sobre el dolor, sobre el apetito, sobre el sueño. Mòrag tenía razón. No era grave. Era el cuerpo de un hombre de sesenta y muchos años que

había trabajado mucho y al que el invierno iba a tratar peor que los anteriores.

Le dejé instrucciones que después le traduciría Eilidh a Mòrag. Comida concreta. Caldos. No salir si llovía. Sentarse al sol cuando hubiera sol, que era poco. Lo básico de la geriatría sin geriatría.

Cuando me levanté para irme, el jefe me cogió la muñeca.

Suavemente.

Y dijo dos palabras.

Las mismas dos palabras que me había dicho la primera vez. Las que Eilidh me había traducido como bienvenida a casa.

—Gracias —dije.

El jefe asintió. Soltó mi muñeca.

Salí.

Y aunque no había pasado nada extraordinario en esa visita, salí de la casa grande con la sensación específica de que algo se había cerrado. Algo viejo. Algo que llevaba meses abierto.

No el final de nada.

Solo el cierre de un primer arco.

Y el principio de otro.

CAPÍTULO 24

El hombre del puerto

Pasaron diez días tranquilos.

Tranquilos no significa vacíos. Significa que tenían una forma, una rutina, un orden. Yo trabajaba con Mòrag por las mañanas, dormía con Cailean por las noches en el cuarto pequeño de la casa grande, comía con Eilidh al mediodía y a veces con Mòrag al atardecer. Visitaba al jefe cada dos días. Hablaba en gaélico cada vez con menos errores y con menos esfuerzo. Empecé a soñar en gaélico una de esas noches y me desperté sin saber si lo que había soñado era importante porque no me acordaba bien al despertar.

Cailean y yo no anunciamos nada formalmente. No hizo falta. La aldea entendió a su ritmo y a su manera, sin necesidad de declaraciones, y en algún momento de esos diez días la transición ocurrió sin que ninguno de los dos la marcara: yo dejé de dormir en casa de Eilidh y empecé a dormir solo en la casa grande, sin que nadie comentara nada.

Eilidh me ayudó a llevar mis cosas un mediodía. Eran pocas. Cuatro prendas que me habían cosido en la aldea, el saco con las hierbas de Mòrag, mis apuntes del tiempo con Lucia... Eilidh dejó las cosas en el cuarto pequeño y miró alrededor.

—Pequeño —dijo, en gaélico.

—Sí.

Eilidh me miró de lado, después hizo el gesto de construir algo con las dos manos, y después el gesto de un sol naciendo.

—¿Una casa nueva en primavera?

Asintió.

—¿Te lo dijo a ti?

Negó. Después se llevó la mano a la oreja y se rio sin sonido. Lo escuché.

—Eilidh, tú no escuchas nada por casualidad.

Eilidh levantó un hombro.

Nos sonreímos.

Después se puso un poco más seria. Me señaló el centro del pecho, después la aldea con un gesto amplio, y volvió a señalarme. Después hizo el gesto de levantar la barbilla y separó los dos dedos en una distancia precisa, igual y firme.

Vas a ser de aquí, sí. Pero también vas a ser tú. Que no se te olvide.

—Vale.

Eilidh asintió. Después hizo otra cosa. Eilidh se señaló el oído, después a sí misma, después a Cailean en alguna casa imaginaria, después abrió y cerró la mano como una boca hablando.

Si te molesta algo y no sabes cómo decirlo, dímelo a mí. Yo se lo digo.

—Te tomo la palabra.

Eilidh asintió. Y se fue.

* * *

El undécimo día llegó el mercader.

Llegó al mediodía, en una carreta tirada por dos burros, con un ayudante joven y una carga de cosas para vender que iban desde sal en sacos hasta hilo de varios colores, agujas de hueso y de metal, especias caras en bolsitas pequeñas, tela de lino, dos espejos pequeños y un libro.

Un libro.

Eilidh me vino a buscar a casa de Mòrag. Hizo el gesto de leer y señaló el centro de la aldea.

Fui.

El mercader era un hombre de unos cincuenta años, ancho, con barba muy poblada y una manera de moverse que sugería que llevaba toda la vida caminando. Hablaba gaélico con acento del este. Tenía un ojo más cerrado que el otro de manera permanente, lo cual le daba un aire de estar siempre evaluando algo.

Me vio acercarme. Otras mujeres del clan estaban ya alrededor de la carreta, mirando telas, regateando especias. El mercader me miró un segundo más de lo que había mirado a las otras.

—¿El libro? —dije, en gaélico.

El mercader asintió hacia un cofre pequeño que tenía abierto en un extremo de la carreta.

Me acerqué.

El libro era pequeño. Encuadernado en cuero marrón. Sin título visible en la portada, solo unas marcas a fuego que parecían iniciales. Lo abrí con cuidado.

Estaba en castellano.

Castellano antiguo, no el mío, pero castellano. Me quedé mirándolo como si me hubiera encontrado una señal de wifi en medio del campo. Que no era exactamente lo que era, pero la sensación era parecida.

Una caligrafía cuidada, en tinta marrón. La primera página tenía una dedicatoria parcialmente desvanecida. La segunda empezaba un texto que reconocí en las primeras líneas como una crónica de viaje. Alguien contando lo que había visto cruzando el mar del norte, los puertos, las tierras frías, los hombres con los que había hablado.

No era de Lucia. Era de otra persona, de otro tiempo, de alguien que había pasado por aquí antes que yo y había escrito lo que había visto.

Lo sostuve un momento.

Era la primera vez en meses que tenía en las manos algo escrito por alguien de mi idioma que no era Cailean ni Lucia. Era la primera

vez que sentía de manera física, con el peso del papel entre los dedos, que yo no era la única.

Levanté la cabeza para preguntarle al mercader cuánto costaba.

Y entonces lo vi.

No al mercader.

Al hombre que estaba detrás del mercader. Que llevaba ahí desde que yo había llegado y que yo no había mirado porque estaba mirando el libro.

Era alto. Tendría cuarenta años, quizás más, era difícil saberlo. Pelo oscuro hasta los hombros, atado por detrás. La piel curtida de manera específica que tiene la gente que pasa años en el mar y no en la tierra. Llevaba ropa que no era de las Highlands. Era un tipo de chaqueta corta y unos pantalones más ajustados que los del clan, y botas altas, y un cinturón ancho con un cuchillo.

Me miraba.

No con curiosidad. Con reconocimiento.

—Vos sois castellana —dijo. En castellano. Antiguo, también, pero castellano de verdad. De la península.

Tardé un segundo en contestar.

—Sí.

—¿De qué parte?

—Madrid.

Me miró de una manera que no supe interpretar del todo. Algo se movió en su cara, rápido, como quien recibe una información que encaja con otra que ya tenía.

—Madrid. La villa pequeña al sur de Alcalá.

—Sí.

—Conocí Madrid hace muchos años. Era un sitio pequeño entonces.

—Yo vengo de mucho más adelante.

El hombre frunció el ceño.

—¿Más adelante?

Aquí me di cuenta de que estaba diciendo cosas que no tenía que decir delante de un mercader, una aldea y un hombre que no conocía. Cambié.

—Quiero decir, del sur. No es Madrid de Castilla la Vieja. Es otra zona.

El hombre asintió despacio. Pero algo en su cara me dijo que mi corrección no había funcionado del todo. Que él había oído lo primero y que lo primero le había dicho algo.

—¿Cuánto tiempo lleváis por estas tierras?

—Unos meses.

—¿Vais para allá?

—No. Vivo aquí.

—¿En este clan?

—Sí.

Algo pasó por su cara que duró menos de un segundo y que no llegué a leer.

—¿Conocéis a los hombres principales del clan?

—Conozco al jefe.

—¿Y al sobrino del jefe?

Me quedé quieta.

—Sí.

—¿A Cailean MacRae?

—Sí.

El hombre asintió. Despacio. Una sola vez. Y en ese asentimiento había algo que no era solo confirmación de un nombre. Era como si una pieza encajara en un sitio donde llevaba tiempo esperando encajar.

—Decidle, por favor, que Diego del Puerto ha pasado a verlo. Que le espera esta tarde junto al cercado de los caballos. Cuando él pueda. Sin prisa.

—¿De qué se conocen?

El hombre me sostuvo la mirada.

—De hace tiempo —dijo—. De cuando los dos estábamos en otros sitios.

Y después, sin esperar respuesta, se giró hacia el mercader y empezó a hablar con él en gaélico sobre un asunto de la carreta.

Me quedé con el libro en la mano.

Eilidh, que había aparecido a mi lado sin que yo la oyera llegar, me miraba. Después miró a Diego. Después me miró a mí y levantó las cejas.

Negué con la cabeza. Después te cuento.

* * *

Fui directa a buscar a Cailean.

Estaba en una de las casas del lateral, con dos hombres, reparando algo de madera. Lo llamé desde la puerta. Salió.

—Hay un hombre en la plaza —dije, en castellano para que los hombres no entendieran—. Vino con el mercader. Castellano. Dice que se llama Diego del Puerto y que quiere verte esta tarde junto al cercado.

Cailean se quedó muy quieto.

—¿Lo conoces?

Tardó.

—Sí.

—¿De qué?

—De España.

Lo miré.

—¿Cuándo estuviste en España?

—Hace mucho.

—¿Cuánto?

—Diez años.

—¿Estuviste en España?

—Sí.

—¿Y por qué no me lo habías dicho?

Cailean me miró.

—Porque no había venido al caso.

—¿Diez años en España no había venido al caso en cinco meses contigo?

—No estuve diez años. Estuve dos.

—Cailean.

—Aurora. Es una historia larga. Te la cuento esta noche. Ahora tengo que ir a verlo. ¿Dónde está?

—En la plaza, con el mercader.

—De acuerdo.

Hizo el gesto de irse.

—Cailean.

Se paró.

—¿Quién es para ti ese hombre?

Tardó.

—Alguien con el que peleé en el mismo lado durante un año. Y al que dejé en un puerto del norte porque tenía que volver aquí por la muerte de mi padre.

—¿No os habéis visto desde entonces?

—No.

—¿Y aparece ahora?

—Sí.

—¿Y te alegra volver a verlo?

Pausa larga.

—No lo sé todavía.

Asentí.

Cailean se fue hacia la plaza.

Yo me quedé en la puerta.

* * *

Lo que pasó esa tarde no lo presencié directamente.

Cailean y Diego hablaron durante dos horas junto al cercado de los caballos. Yo los veía desde lejos, desde la puerta de casa de Eilidh donde me había ido a sentar porque estar sola en la casa grande me ponía nerviosa. Hablaban con tranquilidad. Diego gesticulaba mucho, como quien tiene historias largas que contar. Cailean asentía, respondía a veces, escuchaba más de lo que hablaba.

En un momento dado Diego sacó algo del bolsillo. Algo pequeño. Se lo enseñó a Cailean en la palma de la mano.

Cailean lo cogió. Lo miró un rato largo. Se lo devolvió.

No pude ver qué era desde donde estaba.

Eilidh, a mi lado, lo vio también. Me miró. Levanté un hombro. No sé.

A media tarde el mercader empezó a recoger su carreta. Me acerqué.

—¿Vais a salir hoy?

—Esta tarde, sí.

—¿El libro?

—Es vuestro si lo queréis. Dos chelines de plata.

No tenía dos chelines de plata. Eilidh sí. Me los prestó sin preguntar.

Le pagué al mercader, cogí el libro y volví a casa de Eilidh.

* * *

Cailean vino a buscarme al atardecer.

Diego no estaba ya con él y le pregunté con la mirada.

—Se quedó con el mercader hasta mañana. Sale temprano.

—¿Adónde va?

—De vuelta a la costa.

—¿Y por qué pasó por aquí?

Cailean se sentó en el banco. Eilidh, que entendió la cara que él traía, salió a su huerto sin que nadie se lo pidiera.

—Vino a verme a mí.

—Eso ya lo entendí. ¿Por qué?

Esperó unos segundos. Los suficientes para que yo supiera que lo que venía no era fácil de decir.

—Porque hay una guerra al norte, en las islas. Y los aliados de hace diez años están buscando a los hombres con los que pelearon. Diego me viene a ofrecer un puesto.

—¿Qué clase de puesto?

—De capitán. Bajo el mando de un noble noruego que está armando una flota.

—¿Diez años después te vienen a buscar?

—Sí.

—¿Y por qué tú?

—Porque era bueno entonces. Y porque saben que el clan está bien y que tengo recursos.

—¿Qué le has dicho?

Cailean me sostuvo la mirada.

—Le he dicho que no.

Bajé los hombros un milímetro sin darme cuenta hasta que los había bajado.

—Bien.

—Pero me ha dejado pensarlo hasta mañana.

—¿Por qué?

—El dinero que ofrecen es mucho. Tres años de buen sueldo. Suficiente para construir aquí cosas. Una casa de piedra grande. Una herrería propia. Tierra de pasto. Pagar dotes para tres bodas que están pendientes en el clan y que no se hacen porque las familias no tienen.

Lo miré.

—Si me preguntas qué opino yo, te lo digo. Si no me lo preguntas, no te digo nada.

—¿Qué opinas tú?

—Que no quiero que vayas.

Cailean abrió la boca.

—Eso es lo que yo quiero —dije antes de que hablara—. No es lo que te estoy diciendo que hagas. ¿Cuándo decides?

—Esta noche.

Me levanté.

—Entonces voy a dormir en casa de Eilidh.

Me miró.

—¿Por qué?

—Porque si me tienes al lado vas a decidir lo que crees que yo quiero. Y eso no es decidir, Cailean. Es adivinarme.

No protestó. Lo reconoció, que era distinto y más difícil.

—Una cosa más.

—Dime.

—Lo que Diego te dio junto al cercado esta tarde. Lo que miraste y le devolviste.

Cailean se quedó quieto.

—¿Lo viste?

—Vi que te dio algo. Vi que lo miraste un momento más de lo normal. Vi que se lo devolviste sin guardarlo.

Silencio.

—¿Qué era?

Cailean tardó. No buscando palabras. Decidiendo cuánto decir.

—Un medallón. Pequeño. Con una marca grabada.

—¿Qué tipo de marca?

—Como las de la grieta. El mismo tipo de grabado.

Me quedé quieta.

—¿De dónde lo sacó?

—De una mujer. Hace años. En la costa del norte.

—¿Qué mujer?

Cailean me miró antes de contestar, como si quisiera ver cómo estaba antes de ponerme encima lo que venía.

—Una mujer que hablaba un idioma que nadie entendía. Que apareció en un pueblo del norte sin saber nada. Que ese invierno murió de frío porque no sabía vivir allí.

Tragué saliva.

—¿Cuándo?

—Hace quince años. Diego tenía veinte. Fue antes de que yo lo conociera.

—¿Y por qué lo lleva todavía?

—Porque nunca entendió qué era. La mujer lo llevaba cosido en la ropa, en un bolsillo interior, y cuando murió se lo quedó. No por

quitárselo. Por no saber qué hacer con ello.

—¿Y por qué te lo enseñó a ti?

Ahí Cailean tardó más.

—Porque cuando llegaste tú, yo le escribí. Hace meses. Le conté lo que había pasado. Y él recordó a esa mujer. Y trajo el medallón para ver si yo lo reconocía.

—¿Y lo reconociste?

—No el medallón. La historia sí.

Me senté otra vez. No porque quisiera sentarme. Porque las piernas decidieron ellas.

Dejé pasar un momento.

—Cailean. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Porque si lo decía, tenía que decirte que no eres la primera. Y que la que vino antes no sobrevivió. —Una pausa—. Y no encontraba la manera de decirte eso sin que sonara a amenaza.

—¿A amenaza de qué?

—A que tú vas a acabar igual.

—¿Y crees que voy a acabar igual?

—No lo sé —dijo sin dudar—. Pero no quería que lo pensaras tú.

Lo miré un momento.

—Cailean. Yo ya sé que no soy la primera. Lucia me lo dijo hace semanas. Hay más gente como yo en este siglo. Gente que cruzó y que se quedó. Algunos sobrevivieron. Otros no.

Cailean me miraba sin decir nada.

—Lo sabías —dijo al fin.

—Sí.

—¿Y no me lo dijiste?

—Tú tampoco me lo dijiste a mí.

Cailean se rio. Una risa corta y baja, de las pocas que se le escapaban. La risa de alguien que acaba de ver que los dos habían estado guardando la misma cosa por las mismas razones durante semanas.

—Idiotas —dijo.

—Sí.

—Los dos.

—Los dos.

Silencio.

—Mañana, cuando decidas lo de Diego. Decide también si quieres hablar en serio de esto. Del medallón. De la mujer. De lo que significa.

—De acuerdo.

—Porque hay cosas que sé, del libro de Lucia, que tú no sabes. Y creo que deberías saber algunas.

—¿Algunas?

—Las que necesites saber.

Cailean me miró un momento más largo de lo necesario.

—De acuerdo.

Me levanté.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Aurora.

Salí.

* * *

Eilidh me preparó el jergón de siempre. Se acostó. Yo me quedé sentada en el banco delante del fuego con el libro del mercader sobre las piernas, pasando las páginas despacio, leyendo fragmentos de un castellano antiguo que no era el mío, pero que era mío igual,

de un hombre que había cruzado mares y había escrito lo que había visto para que alguien lo leyera después.

Pensé en la mujer del medallón. En que había llegado a un pueblo del norte sin saber dónde estaba, sin entender el idioma, sin tener a nadie que la hubiera encontrado herida en una cueva y se hubiera quedado callado escuchándola hablar de su vida. Sin tener a una Mòrag ni una Eilidh ni una Lucia ni una Sìle.

Pensé en la suerte que era el azar. En que yo había caído exactamente donde había caído y no tres kilómetros más al norte, en otro territorio, entre otra gente.

Pensé en Lucia, que había tenido menos suerte que yo al principio y más tiempo después.

Pensé en Cailean, que esa noche estaba en algún sitio de la casa grande decidiendo algo que yo no podía decidir por él aunque quisiera.

Cerré el libro.

Apagué el fuego.

Me acosté.

Y pensé, antes de dormirme, que mañana iba a ser un día importante. Que no sabía cuántos días importantes le quedaban a esta historia, pero que este era uno.

Y que estaba preparada.

CAPÍTULO 25

Lo que se dice de verdad

Diego se fue al amanecer.

Cailean me lo contó cuando llegó a casa de Eilidh antes de que yo hubiera terminado de desayunar. Se sentó enfrente. Tenía la cara del hombre que ha tomado una decisión y que ya no la está sosteniendo, que es distinto a la cara del hombre que todavía decide.

—No voy.

—¿Definitivo?

—Definitivo.

Asentí.

—¿Cómo lo tomó?

—Bien. Diego siempre tomaba bien los no.

—¿Siempre?

—Es de los que no insisten dos veces.

—Es buena gente, entonces.

—Es. A veces.

Miró al suelo.

—Cailean. Gracias por venir a decírmelo antes de que preguntara.

Levantó los ojos al cuenco que tenía delante. No lo había tocado.

—Lo intento.

Eilidh entró desde el huerto con un manojo de algo verde en la mano. Nos miró a los dos. Dejó el manojo en la mesa y salió otra

vez sin decir nada.

Privacidad, decía ese gesto. Os la doy, pero no finjo que no existo.

Aparté el cuenco y me apoyé en la mesa con los codos.

—Cailean. Dijiste anoche que querías hablar de lo del medallón.

—Sí.

—¿Ahora?

—Ahora.

—Entonces empieza por antes. Por lo de España. Que llevo cinco meses sin saber esa parte.

* * *

Cailean miró el fuego un momento antes de empezar. No era duda. Era el gesto de buscar por dónde entrar en una habitación que llevaba años cerrada con llave.

—Mi padre murió. Yo tenía diecinueve. Mi tío era jefe nuevo. Y el clan... demasiados hombres jóvenes. Yo era uno de ellos.

—Te fuiste.

—Sí.

—¿Adónde primero?

—Al sur. Clanes aliados. Después más sur. Después la costa.

—¿Y en la costa?

—Mercenarios irlandeses. Los Gallóglaich.

—¿Te uniste a ellos?

—Sí.

—¿Por qué?

Cailean tardó en esa. No por no saber la respuesta, sino porque era la primera vez en la conversación que la respuesta no era un lugar ni una fecha.

—Porque sabía pelear y no podía parar.

—¿Qué quieres decir con que no podías parar?

—Que si paraba sentía el dolor. Si me movía, no tanto. —Lo dijo sin dramatismo, como se dice una cosa que ya se ha examinado mucho tiempo y se ha aceptado.

—Entiendo.

Asintió. Lo dejó ahí. Yo también.

—¿Y de los irlandeses al castellano?

—De los irlandeses, Francia. De Francia, los puertos del norte de España. Y de ahí, Navarra. Una campaña de dos años.

—¿Dos años peleando?

—Peleando y aprendiendo.

—¿El qué?

—Castellano. Inglés. A pelear con espada larga. —hizo una pausa —. A no morirme.

Lo último lo dijo distinto. No más bajo. Solo distinto, con algo en la voz que indicaba que en algún momento no había estado del todo seguro de conseguirlo.

—¿Y ahí conociste a Diego?

—Ahí. Era el más joven de la compañía. Yo el segundo más joven. Hablábamos al final del día porque los dos teníamos el sueño malo.

—¿Por qué?

—Por cosas distintas. Pero las dos malas.

Asentí. No lo empujé. Esa parte no era mía todavía.

—¿Y el castellano lo aprendiste solo con los soldados?

—Con todos. Soldados de Castilla. Mujeres en las tabernas. Un cura viejo que curaba heridas y hablaba mientras lo hacía, sin parar, como si el silencio le diera miedo.

—¿Y el inglés igual?

—El inglés antes. De los irlandeses. El castellano vino después y fue más fácil porque ya tenía el inglés.

Asentí. Lo otro estaba dicho. Ahora venía lo que me importaba.

—¿Por qué confías en Diego para contarle lo mío?

—Porque vio a la mujer del medallón. Y porque entendió.

—¿Entendió qué?

—Que no estaba loca. Que decía la verdad aunque sonara a que estaba loca.

—¿Y la mayoría no habría entendido eso?

—No.

—¿Por qué él sí?

Cailean pensó. De verdad, no como gesto.

—Diego es de los que ven antes de juzgar. Hay poca gente así. Y la poca que hay, se reconoce.

* * *

Después de un rato fui al saco que tenía en el rincón. Saqué la copia que Lucia me había escrito. La puse en la mesa entre los dos.

—Esto es lo de Lucia. Lo que pasó treinta años recopilando sobre los pasos. Me lo dio para mí, pero hay partes que tienes que saber tú también.

Miró el libro.

—¿Por qué yo?

—Porque si vamos a construir algo juntos en este siglo, necesitas entender con qué te estás comprometiendo. Del todo.

—¿Va a cambiar lo que quiero?

—Eso lo decidirás tú después de leerlo.

Asintió. Estiró la mano y se lo di.

Cailean leyó despacio. Yo me quedé callada. No le fui explicando. No le fui leyendo la cara. Le dejé leer y le dejé procesar porque era lo que yo habría necesitado.

A los veinte minutos volvió una hoja atrás y la leyó otra vez. A los treinta cerró el libro y se quedó mirando el fuego.

Esperé.

—Aurora. Falta algo.

—¿Qué falta?

—Lo que tú decidiste no contar.

Lo miré.

—¿Por qué crees que decidí no contar algo?

—Porque te conozco. Y porque tú dijiste partes que tienes que saber.

Bajé los ojos a la mesa.

—Hay cosas que Lucia dice que son difíciles de leer sin que te quiten el sueño.

—¿A ti te lo ha quitado?

—Sí.

Asintió.

—Entonces no necesito saberlas.

Levanté la vista.

—Cailean. No puedes decidir eso sin saber qué son.

—Sí puedo.

—¿Cómo?

—Porque tú las sabes y volviste. Eso es suficiente.

—Cailean.

—Aurora. Escucha.

Me callé.

—Llevo dos meses sabiendo lo que yo quiero. Con eso me basta.

Me quedé mirándolo.

Era la respuesta más directa que me había dado sobre algo así. Sin medias frases. Sin gaélico que suavizara. Solo Cailean, con su castellano roto y sus erres largas, diciéndome exactamente lo que pensaba.

—Cailean. Hay una cosa sí tienes que saber. Aunque no esté en el libro.

—Dime.

—La mujer del medallón.

—Sí.

—No sobrevivió porque llegó sola. Sin idioma, sin clan, sin nadie. Yo no estoy en esa situación. Desde el primer minuto, no estoy en esa situación desde la cueva. Cuando pienses en ella, que sé que vas a pensar, recuerda eso.

—Lo recordaré.

—¿Lo prometes?

Me miró.

—Lo prometo.

* * *

Después Cailean fue al rincón donde había dejado el saco y sacó algo pequeño. Lo puso en la mesa.

El medallón.

Lo miré.

—¿Te lo dio Diego?

—Me lo dejó. Dijo que aquí tenía más sentido que en su bolsillo.

Lo cogí. Pesaba menos de lo que parecía. Metal oscuro, cadena fina. Y en el centro, grabado con la misma mano que las piedras de

la grieta, el mismo tipo de marca que yo había tocado con la palma el día que decidí no entrar.

No era decoración. Era una marca de orientación. Como una señal de mapa.

—Cailean. Lucia tiene que ver esto.

—Lo pensé también.

—En primavera. Cuando vaya a verla.

—Sí.

Lo dejé en la mesa entre los dos.

—Cailean. Una última cosa.

—Dime.

—¿Por qué le dijiste a Diego que no? De verdad.

Esta vez no se quedó mirando el fuego.

—Hace tres semanas, no sabía si iba a despertar al día siguiente. Lo único en mi cabeza... tú.

—¿Solo eso?

—Con eso, bastante.

Lo miré.

Cailean me sostuvo la mirada.

—Cailean.

—¿Sí?

—Yo también.

—¿También qué?

—Cuando estaba en casa de Lucia y llegó tu carta, lo único en mi cabeza eras tú.

Asintió. Una vez. Despacio.

Y eso fue suficiente.

* * *

Eilidh entró desde el huerto al cabo de un rato, con cara de haber esperado suficiente tiempo fuera con el frío y nos miró a los dos.

Después miró el medallón en la mesa.

Lo señaló con un dedo y dijo una palabra en gaélico que entendí sin necesidad de traducción por el tono y por la mueca.

—¿Qué dijo?

—Dice que es feo.

—Tiene razón.

Eilidh asintió con autoridad y puso agua en el fuego.

CAPÍTULO 26

Invierno

El invierno cayó sobre la aldea de golpe.

No con avisos. No con días grises previos. Una mañana de finales de noviembre el cielo se cerró de una manera específica y por la tarde estaba nevando, y a la mañana siguiente había treinta centímetros en el suelo y el camino del norte estaba cortado y el camino del sur lo estaría en una semana.

La aldea se replegó sobre sí misma como un animal que se prepara para hibernar. Las puertas se cerraron antes del atardecer. El humo de las chimeneas era constante, día y noche. Los hombres trabajaron una semana entera en reforzar tejados y en reparar lo que el viento iba arrancando. Las mujeres curaron las últimas carnes y hierbas para secarlas en los ganchos del techo. Los niños dejaron de jugar fuera.

Yo no había vivido nunca un invierno así.

Madrid tiene fríos y tiene heladas y alguna vez nieva. Esto no era eso. Esto era otra cosa. Era una temperatura que entraba por las junturas de la ropa y se instalaba en los huesos y que no se iba en todo el día. Era un viento que no paraba. Era un cielo que no se abría.

La primera semana intenté funcionar con el abrigo técnico de Madrid, que en su día me había parecido suficientemente grueso. El abrigo técnico de Madrid era, en las Highlands de noviembre, una broma de mal gusto. Eilidh me miró salir con él un martes y entró en su casa sin decir nada. Volvió con una capa de lana tan gruesa que pesaba más que yo. No protesté.

Lo primero que entendí fue por qué Mòrag llevaba meses hablándome del invierno. No era pereza ni miedo. Era respeto. Era la actitud de alguien que ha visto al invierno matar a gente y que sabe que no te puedes confiar.

Lo segundo que entendí fue por qué Lucia me había llamado antes de que llegara.

Si no hubiera ido cuando fui, no habría podido ir hasta abril.

* * *

El jefe empeoró la segunda semana de diciembre.

No de golpe. Despacio. Como había dicho Mòrag desde el principio. Era el cuerpo de un hombre mayor al que el invierno le pesaba más cada día, y nosotras hacíamos lo que podíamos, pero no podíamos hacer milagros y los dos lo sabíamos.

Iba a verlo cada mañana. Le tomaba el pulso. Le miraba la lengua. Le hacía las preguntas de siempre con la mímica de siempre. Le dejaba el caldo concreto que Mòrag había preparado. Y me quedaba un rato sentada con él aunque no hubiera nada concreto que hacer, porque eso también era parte del trabajo.

Cailean estaba con él casi todo el día.

Lo veía cuando llegaba por la mañana y lo veía cuando salía por la noche. A media tarde Cailean iba a comer con el jefe. Después volvía a la mesa larga donde recibía a los hombres del clan que necesitaban resolver cosas, y resolvía las cosas con la cara del hombre que está aprendiendo a hacerlo en directo y que no tiene tiempo de equivocarse.

Una tarde, viéndolo desde la puerta lateral, entendí algo que no había entendido hasta ese momento.

Cailean ya estaba siendo jefe.

No oficialmente. Su tío seguía vivo y seguía sentado en la silla grande. El ritual formal vendría después, cuando el clan se reuniera en pleno y los hombres principales dijeran su nombre en voz alta y

él respondiera con los compromisos de siempre, los mismos que habían dicho todos los jefes MacRae antes que él. Eso era lo oficial. Pero lo real era lo que yo veía cada tarde desde la puerta lateral. En la práctica, en lo que pasaba con la aldea de un día para otro, era Cailean el que decidía. Y los hombres del clan, sin que nadie lo hubiera anunciado, ya iban a hablar con él primero.

Esa noche se lo dije.

Estábamos en el cuarto pequeño, los dos en el jergón, con las pieles hasta la barbilla porque el viento se colaba por algún sitio que no habíamos identificado todavía.

—Cailean.

—¿Sí?

—¿Ya eres jefe?

Tardó en contestar. No porque no lo supiera, sino porque era la primera vez que alguien se lo decía en voz alta y eso cambia algo, que te lo digan.

—Lo sé.

—¿Desde cuándo?

—Desde antes de saberlo yo.

Lo miré. Quería ver si lo decía con orgullo o con peso. Era con peso.

—¿Te asusta?

—Depende del día. —Hizo una pausa corta, pero real—. A veces hay miedo a tomar una decisión mala que cueste vidas. Eso está siempre, da igual el día que sea.

—¿Y lo demás?

—Lo demás es no saber si soy suficiente. Si lo que tengo es lo que hace falta o si es parecido, pero no es lo mismo.

—Eres suficiente, Cailean.

—Tú dices eso porque no has visto otros jefes.

—Eso es verdad. —No lo iba a negar—. Pero te he visto a ti. Y lo que veo no me genera dudas.

Cailean no contestó. Se quedó callado de la manera en que se queda callado cuando algo le entra de verdad, sin ruido.

Me cogió la mano debajo de las pieles. No la apretó. Solo la sostuvo, como si necesitara algo concreto donde poner la atención.

—Aurora.

—¿Sí?

—Si el clan acepta cuando llegue el momento... ¿vas a estar?

—Voy a estar.

—No te estoy preguntando si quieres. Te pregunto si puedes. Hay cosas que no te van a gustar. Obligaciones. Gente que va a venir a horas que no quieres. Protocolos…

Lo miré.

—Cailean. Yo sé dónde estoy. Sé qué clase de hombre eres y qué clase de vida viene con ese hombre. No me has prometido un piso en Carabanchel con un sofá viejo. Me has prometido esto.

—No te he prometido nada todavía. No con palabras.

—Sí. Cada día desde la cueva. De distinta forma cada vez, pero sí.

Apretó la mano. Esta vez sí.

* * *

Mòrag tuvo una temporada mala en enero.

Llevaba semanas con un cansancio que ella no nombraba pero que se notaba en cómo se sentaba a media mañana cuando antes no se sentaba, en cómo los movimientos de las manos eran más lentos, en cómo a veces se quedaba mirando una hierba durante diez segundos antes de cogerla, como si tuviera que recordar cuál era.

Una mañana llegué a su casa y la encontré todavía en el jergón.

No me alarmé enseguida. Mòrag dormía poco y se levantaba pronto, pero a veces tenía días peores y se levantaba más tarde. Le pregunté con la mirada si necesitaba algo. Negó.

—¿Agua?

Asintió.

Se la traje. Le tomé el pulso sin que ella protestara, lo cual ya era suficientemente mala señal. El pulso estaba más lento de lo que debería estar.

—Mòrag.

Levantó las cejas.

—¿Dolor en algún sitio?

Negó.

—¿Cansada?

Asintió. Con cara de que esa pregunta le sobraba.

—De acuerdo. Hoy te quedas aquí. Yo me ocupo de los pacientes.

Mòrag me miró. Era la mirada de alguien que lleva cincuenta años siendo la que se ocupa de los pacientes y que tiene cuatro argumentos preparados. Después cerró los ojos. Su manera de aceptar algo sin darme la satisfacción de decirlo.

Esa fue la primera vez.

Después hubo más. Mòrag tuvo días buenos y días malos durante todo enero y todo febrero. Los buenos hacía todo. Los malos se quedaba en casa y yo cubría sola.

Cubrí sola.

No era lo mismo que cubrir con ella al lado. Era distinto. Era hacer cosas y decidir cosas sin tener la red de saber que alguien con más años y más manos sabidas me iba a corregir si me equivocaba. Era despertarse a las tres de la mañana pensando en si había hecho bien el cataplasma del herrero. Era ir a verlo al amanecer para

asegurarme de que sí. Era aprender lo que es responsabilidad real cuando no hay nadie detrás.

Y la aldea me dejó.

Eso fue lo que me sorprendió. La aldea me dejó cubrir sola. Vinieron a mí con sus dolores y sus fiebres y sus heridas y se dejaron tratar y no preguntaron por Mòrag y no hicieron comparaciones. Aceptaron que yo era lo que había, y al cabo de un mes y medio, sin que nadie lo dijera en voz alta, ya no era la que cubría a Mòrag. Era yo.

* * *

A mediados de febrero, Fearchar vino a buscarme.

Fue por la tarde. Vino solo. Llamó a la puerta de Mòrag, donde yo estaba ese día porque era un día malo de ella. Le hice un gesto de que entrara. Entró. Se quedó de pie cerca de la puerta como la primera vez.

Dijo algo en gaélico. Despacio, para mí.

Cogí las palabras. Hablar. Tiempo. Solos.

—¿Quieres hablar conmigo a solas?

Asintió.

Miré a Mòrag. Mòrag estaba dormitando. No iba a oír nada aunque la conversación fuera en gaélico cerrado. Le hice un gesto a Fearchar de que se sentara.

Se sentó.

Y entonces hizo algo que no esperaba. Empezó a hablar en castellano. Castellano de muy poco, de cinco o seis palabras, pero castellano. Como Eilidh. Como había aprendido Eilidh.

—Tú. Sanar. Mi hijo. Brazo.

Asentí.

—Yo. Antes. Mal. Tú. No mal.

—Lo sé, Fearchar.

Se tomó un momento. No para buscar palabras. Para decidir si seguía.

—Hijo pequeño. Muerto.

Me sostuvo la mirada.

—Lo sé.

—No tú. —Lo dijo sin rodeos, sin el peso de quien perdona. Con el peso de quien necesita que la otra persona lo escuche y lo retenga.— Tú. No culpa.

Tardé un segundo en poder contestar.

—Gracias.

Fearchar asintió. Después buscó una palabra que no le salía. La intentó dos veces en gaélico. Después encontró otra.

—Consejo.

—¿Consejo?

Se señaló a sí mismo. Me señaló a mí. Hizo el gesto de hablar.

Lo entendí: quería pedirme algo. Pero no encontraba cómo.

Fearchar suspiró. Habló en gaélico despacio, una frase corta.

Mòrag, desde el jergón, sin abrir los ojos, tradujo usando las palabras en gaélico que sabía que ya entendía

El otro hijo. El que sigue. No sabe qué hacer con su vida desde lo de su hermano. Fearchar quiere preguntarte si le harías un sitio como aprendiz.

Me giré hacia Mòrag.

—¿Despierta?

Mòrag abrió un ojo.

—Sí.

Cerró el ojo otra vez.

Miré a Fearchar.

Fearchar esperaba. No con prisa. Con la paciencia particular de un padre que ha aprendido que algunas cosas no se pueden empujar.

—Fearchar…

Le hice gestos para preguntarle si su hijo quería ser sanador.

Fearchar buscó, pero al no encontrar las palabras, hizo un gesto que lo decía de otra manera.

Él te mira las manos cuando curas.

Eso lo entendí. Era distinto a querer ser sanador. Era un chico que había perdido a su hermano y que miraba las manos que no habían podido salvarlo, y que necesitaba entender algo antes de poder seguir.

—Que venga mañana.

Le hice entender como pude.

Fearchar asintió. Se levantó. Caminó hacia la puerta y antes de salir se giró.

Dijo algo en gaélico. Corto.

Mòrag tradujo, otra vez sin abrir los ojos:

—Agradecido.

Fearchar salió.

Me quedé mirando la puerta cerrada. No sé cuánto tiempo y Mòrag se volvió a dormir.

* * *

El jefe murió en marzo.

La última semana estuvo muy quieto. Dormía casi todo el día. Yo iba por las mañanas, le tomaba el pulso, le mojaba los labios con agua. A veces abría los ojos y me miraba con esa neutralidad suya que ya no era evaluación sino algo más parecido al reposo. Un día me cogió la mano sin decir nada. La sostuvo un momento. Después la soltó y volvió a cerrar los ojos.

No en febrero, que es cuando habíamos pensado que podía pasar. En marzo, cuando el invierno ya estaba aflojando un poco y el sol salía a veces a media tarde con esa luz fina del final de la estación.

No murió de golpe. Murió como mueren los hombres mayores que se cuidan: durmiendo cada vez más, comiendo cada vez menos, hablando cada vez menos hasta que un día dejó de hablar del todo.

Lo último que dijo, que Cailean me contó después porque yo no estaba esa noche en la casa grande, fue en gaélico cerrado y dirigido solo a Cailean. Pero Cailean me lo tradujo más tarde, una semana después del entierro, cuando yo le pregunté si su tío había dicho algo importante al final.

—Sí —dijo Cailean.

—¿Qué?

—Dijo: la mujer del sur es de los nuestros. Cuídala como te cuidamos a ti.

Tardé en contestar. No porque no supiera qué decir. Porque eso necesitaba un segundo.

—¿Eso dijo?

—Eso dijo.

—Cailean, eso me ha llegado al corazón…

Traté de contener las lágrimas

—Tu tío era un buen hombre.

—Sí.

—Lo voy a echar de menos.

—Yo también.

Nos quedamos callados. Sin que el silencio necesitara llenarse.

Después Cailean fue al rincón donde tenía sus cosas. Sacó algo del fondo de un saco pequeño. Volvió y se sentó enfrente.

Abrió la mano.

Era el broche de Iseabail. El nudo céltico con el hueco en el centro. Pero esta vez no era el broche solo. En el hueco había algo. Una piedra pequeña, oscura, pulida. No la piedra original. Otra.

—Cailean.

—Espera.

Lo dejó en la mesa entre los dos.

—La piedra es del cercado donde cayó la sangre el día de la batalla. La encontré después. No supe por qué la cogí. La he tenido todo el invierno.

Lo miré sin apartar los ojos de él.

—¿Qué me estás diciendo exactamente?

—Que el broche de Iseabail era de Iseabail. Y este, con esta piedra, con lo que lleva dentro... ya no es lo mismo que era. Ya es algo nuevo.

—Cailean…

Cailean me sostuvo la mirada. Sin bajarla, y lo cogí.

Pesaba más con la piedra dentro. No mucho. Un poco. La diferencia exacta que hace una cosa pequeña que llena un hueco que llevaba tiempo vacío.

—Lo cojo, pero no esta noche.

—¿No?

—Esta noche acabas de enterrar a tu tío. No quiero coger esto el mismo día. Quiero un día que sea solo nuestro, sin que tenga que compartir fecha con ninguna otra cosa.

Cailean asintió. Sin presionar.

Le devolví el broche con la piedra dentro y lo guardó en el bolsillo de la chaqueta. No en el saco del rincón. Otro sitio. Más cerca.

Eso ya era una respuesta de las dos partes.

* * *

Esa noche dormí con la cabeza en su pecho. Con la mano cerca de su corazón. Sintiendo el ritmo que le había aprendido durante los días de fiebre y que no había vuelto a ser el mismo desde entonces para mí.

No estábamos celebrando nada. No era una noche de celebrar. Su tío acababa de morir. Pero estábamos juntos, y eso era ya su propia forma de afirmación.

Antes de dormirme, lo oí decir en voz muy baja:

—Aurora. Recuerda. La carta para tu madre. Tienes que escribir.

Me incorporé sobre el codo. No habíamos vuelto a hablar de eso desde una conversación corta y triste que tuvimos a finales de enero, cuando yo le había dicho que necesitaba escribirla aunque no fuera a llegar nunca. Como hizo Lucía con la suya.

—Si la escribes... yo te ayudo a ponerla en la grieta. Conmigo. No tienes que hacerlo sola.

Lo miré en la penumbra y asentí despacio.

—En primavera. Cuando vaya a ver a Lucia.

—De acuerdo.

Me volví a tumbar.

Cerré los ojos.

Y pensé en mi madre en su cocina con el microondas que pitaba mal. La imagen se había vuelto más nítida con el invierno, no más borrosa. Algunas cosas que pensaba que el tiempo iría borrando se habían quedado donde estaban, exactamente como eran.

Pero al lado de esa imagen había ahora otra. La de un hombre que respiraba despacio a mi lado. La de una mujer dormida en el jergón de la habitación de al lado. La de una aldea bajo la nieve, esperando que aflojara.

Las dos imágenes existían y las dos eran reales.

CAPÍTULO 27

La carta

Marzo se fue como llegó, despacio.

La nieve aflojó en la primera semana. Después volvió. Después aflojó otra vez. Era ese momento del invierno en que el clima ya no decide del todo si quiere irse o quedarse, y lo nota el cuerpo antes que la cabeza: la gente del clan empezó a salir más, los niños volvieron a correr por el centro de la aldea, las puertas se abrían a media mañana en lugar de a mediodía.

Dòmhnall venía cada día a casa de Mòrag.

Lo había probado tres días al principio, como le dije a Fearchar, y los tres días había hecho lo justo: observar, ayudar con cosas pequeñas, no estorbar. Al tercer día le pregunté si quería seguir y dijo que sí. Llevaba ya tres semanas con nosotras.

No era yo lo que él necesitaba como maestra. Era Mòrag. Yo le enseñaba el lado más práctico, lo de las heridas, lo de los puntos, lo que había traído de mi siglo en la cabeza. Pero el conocimiento de plantas y de tradiciones lo aprendía con Mòrag, y eso era lo que más le interesaba.

Mòrag estaba mejor.

No del todo. Mòrag iba a tener altibajos hasta que se le acabara la vida y eso lo sabíamos las dos sin hablarlo. Pero el peor tramo del invierno había pasado y ella había aguantado, y la presencia de Dòmhnall en su casa le había dado algo distinto: una razón para levantarse incluso los días flojos, un alumno al que enseñar después de muchos años sin tener ninguno.

Una mañana, cuando los tres trabajábamos en silencio cada uno en lo suyo, Mòrag se quedó mirando a Dòmhnall durante un rato

largo. Después me miró a mí.

Y dijo, en castellano lento, las dos palabras que tenía para esto:

—Math. Bien.

Asentí.

No hizo falta más.

* * *

Cailean asumió el liderazgo del clan sin ceremonia.

Lo había estado haciendo de hecho durante meses, así que cuando murió su tío no hubo transición, hubo confirmación. Los hombres del clan lo trataron desde el día siguiente del entierro como el nuevo jefe, y él lo asumió con la cara del que ha llegado a algo que sabía que llegaría y que no celebra ni se queja.

Lo único que cambió en la práctica fue dónde dormíamos.

Cailean se trasladó a la habitación grande de la casa, la que había sido del jefe. Era más grande. Tenía mejor luz. Tenía espacio para dos personas sin que la una le pisara la cabeza a la otra como en el cuarto pequeño.

Y yo me trasladé con él.

No fue una decisión que comentáramos. Fue una mañana en que Cailean estaba moviendo sus cosas y yo le dije que si quería que llevara las mías a la vez, y él dijo que sí, y eso fue todo. La aldea entera vio la mudanza desde sus puertas. Nadie comentó nada. Nadie tenía que comentarlo. Ya era así desde noviembre, lo que cambiaba era el sitio físico.

Esa primera noche en la habitación grande, antes de dormir, Cailean me dijo:

—Aquí, hay menos frío.

—Lo sé.

—Y el techo no entra agua.

—Eso sí es una novedad.

—Sí. —Una pausa—. ¿Bien?

—Bien. Raro, pero bien.

—¿Raro?

—Para mí. Para ti también, supongo.

—También. —Lo dijo sin desarrollarlo, pero sí.

Nos quedamos callados un rato. La habitación grande tenía un sonido distinto que el cuarto pequeño. El viento no llegaba igual. Había más espacio entre las palabras.

—Aurora.

—¿Sí?

—El broche, ahora.

Lo había esperado. La conversación que llevaba pendiente desde la noche del entierro, desde lo de un día que sea solo nuestro.

—Cailean. Cuando vuelva de casa de Lucia.

—¿Por qué entonces?

No era impaciencia. Era una pregunta real, de alguien que quiere entender el orden de las cosas.

—Porque antes quiero dejar la carta. Así cuando vuelva, lo hago con todo resuelto. Y entonces puedo coger el broche sin tener que pensar en otra cosa.

Cailean consideró eso.

—Tiene sentido.

—¿Te parece bien esperar?

—Sí. —No dudó— Llevo esperando desde antes de saber que esperaba. Una semana más no cambia nada.

Lo miré en la penumbra. Ese broche era demasiado importante para él y quería que el momento también lo fuese.

—Hemos cambiado los dos —dije.

—Mucho.

—Yo más que tú.

—Tú más rápido. Yo más fondo.

Me reí. Fue una risa baja, real.

—Eso es muy típico de ti.

—¿El qué?

—Ganar la frase final aunque hablemos los dos.

Cailean no se rio, pero sonrió un milímetro.

Apagué el candil.

* * *

La carta para mi madre la escribí en una sola tarde.

Llevaba todo el invierno con ella en la cabeza, escribiéndola y reescribiéndola en silencio, y cuando por fin me senté con el papel rugoso de Lucia y la pluma, salió casi sin esfuerzo. Casi.

La escribí en castellano moderno, sin adornos. La pluma me obligaba a ir despacio, lo cual era bueno, porque me dio tiempo a pensar cada frase.

Empezaba así:

Mamá. Soy Aurora. Te escribo desde un lugar y un tiempo en los que no puedo explicar bien cómo he llegado. No estoy muerta. Eso lo primero. Lo segundo es que estoy bien.

Después le contaba lo que se podía contar. Que me había caído por una grieta en Escocia y había aparecido en otro siglo. Que llevaba meses en una aldea de las Highlands. Que la gente con la que vivía me había acogido y me había enseñado y me había salvado más de una vez. Que tenía un trabajo que era mío, curar gente, lo que llevaba haciendo en Madrid, pero ahora con menos recursos y más responsabilidad y más sentido.

Le contaba lo de Cailean. No todo. Lo suficiente. Que había encontrado a una persona que no había buscado y que no esperaba

y que era exactamente la persona que necesitaba sin haberlo sabido nunca.

Le contaba sobre mi sobrino, que tenía seis años cuando me fui y que ahora tendría siete y al que no iba a ver más. Que lo sentía. Que no podía pedirle perdón por algo que no había decidido yo, pero que sentía el daño de todas formas.

Le contaba que la quería. Que pensaba en ella muchos martes cualesquiera, calentando café en el microondas que pitaba mal.

Y le contaba, al final, que esto era una despedida sin despedida, una carta sin destinatario en el sentido normal, una manera de decir lo que tenía que decir porque no decirlo era peor que escribirlo en un papel que probablemente nadie iba a leer nunca.

Firmé como Aurora.

Doblé el papel en cuatro. Lo guardé en el bolsillo, al lado de la carta de Lucia.

* * *

Cailean me acompañó.

Salimos a la mañana siguiente, los dos a caballo, hacia la grieta del oeste. La del territorio MacRae. La primera, la mía. No fui a casa de Lucia. Para esta carta yo quería la mía.

Llegamos a media mañana. El claro entre las dos colinas. Las dos piedras planas con los grabados. La vibración baja que se notaba en el esternón antes de notar nada más.

Bajamos de los caballos.

Caminé sola los últimos pasos. Cailean se quedó atrás, no por respeto formal sino porque entendía que esto era una cosa que yo tenía que hacer con mi cuerpo en concreto y no con dos cuerpos.

Llegué a la piedra de la izquierda. La que había tocado el día que decidí no entrar.

Saqué las dos cartas. La mía. La de Lucia.

Las junté. Las envolví en la tela encerada que había preparado en la aldea. Las até con un cordel fino. Y entonces miré la piedra.

Tenía un hueco. Lo había visto la primera vez sin reconocerlo, lo había visto como irregularidad. Era un hueco hecho. Profundo. Del tamaño exacto del paquete que llevaba. Era un hueco hecho con propósito por alguien antes que yo.

Me quedé mirándolo.

Pensé en mi madre, que nunca iba a leer esto. En que lo sabía y lo había escrito igual, porque había cosas que necesitaban existir aunque nadie las recibiera.

Metí las cartas en el hueco. Encajaron. Puse un par de piedras pequeñas delante para que el viento no se llevara la tela y apoyé la palma encima.

—Adiós —dije, en voz alta.

No supe a quién exactamente. A mi madre, quizás. A la versión de mí que todavía pensaba que las cosas tenían arreglo si uno encontraba la forma correcta de decirlas. A la mujer que había metido su carta aquí antes que yo, en cuántos siglos, sin saber si yo vendría.

Quité la mano.

Me di la vuelta.

Cailean estaba donde lo había dejado. Esperándome con la cara que tenía siempre cuando esperaba: quieto, atento, sin señales de cuánto tiempo llevaba así.

Caminé hasta él.

—Ya está.

—Ya está —repitió. No como pregunta. Como confirmación de algo que él también quería que quedara dicho en voz alta.

No me preguntó si estaba bien. No hacía falta. Me cogió la mano, la sostuvo un momento, y después la soltó para coger las riendas.

Volvimos a los caballos.

* * *

De vuelta a la aldea paré en casa de Mòrag. No tenía nada concreto que decirle. Entré. Ella estaba con sus hierbas, de espaldas. No se giró cuando entré, pero dijo una palabra en gaélico que yo ya entendía: siéntate.

Me senté.

Mòrag terminó lo que estaba haciendo. Se sentó enfrente. Me miró. Después hizo algo que no esperaba: señaló el sitio donde había estado la herida de Sìle, en su propio cuello, y me señaló a mí. Después se señaló a sí misma, cerró los ojos un segundo, y los abrió.

No hizo falta más. Yo tampoco dije nada.

Nos quedamos un momento así, en ese silencio que ya no era de las dos aprendiendo a tolerarse sino de dos personas que habían pasado por lo mismo mirando en direcciones distintas y que ya lo sabían.

Cuando me levanté para irme, Mòrag dijo una sola frase en gaélico. La entendí entera, por primera vez sin esfuerzo.

Dijo: me alegra que siguieras.

Salí sin contestar. No hacía falta contestar.

* * *

Llegué a casa de Lucia al día siguiente, sola, como había venido la última vez.

Lucia me vio desde la puerta. No me preguntó nada. Me dejó entrar, me dio un cuenco de algo caliente, me dejó sentarme y respirar antes de hablar.

Cuando llevaba media hora dentro, le dije:

—Lucia.

—Sí.

—Dejé una carta para mi madre. En la grieta del territorio MacRae.

Lucia no se sorprendió.

—Yo dejé una para mi padre. Hace treinta años. En esta grieta de aquí.

—¿En el hueco de la piedra?

—En el hueco. Sí.

—¿La tuya también tenía un hueco?

—Sí. Está hecho a propósito, eso se ve. Y yo metí la mía y supuse que vendría alguien después de mí.

—Y vine yo.

—Y viniste tú.

Dejé pasar un momento.

—Lucia. ¿Crees que las cartas llegan?

Lucia me sostuvo la mirada sin apartar los ojos.

—Creo que no, pero también creo que eso no es lo importante.

—¿Qué es lo importante entonces?

—Que las escribiste. Que las dejaste. Que hiciste lo único que se podía hacer. —Hizo una pausa corta, sin relleno.— Si te basta, sigues viviendo. Si no te basta, te haces daño esperando que lleguen. Y las cartas no llegan.

Asentí.

—Aurora. ¿Por qué has vuelto? Esto no es solo por la carta.

—Por dos cosas más.

—Cuéntame.

—La primera. Cailean me dio algo y quiero que tú lo veas.

Saqué el medallón del bolsillo. El de la mujer del norte. Se lo enseñé mientras le contaba todo lo que sabía.

Lucia lo cogió con cuidado. Lo miró durante un minuto entero. Tocó la marca con el dedo, despacio, como quien no quiere dejar huella.

—Esto es viejo —dijo al fin—. Esto no es del siglo de la mujer que lo llevaba.

—¿De cuándo es?

—Es de antes. Mucho antes. Es del mismo tipo de marca que tienen las piedras de las grietas. Significa algo, pero no te voy a decir qué porque no lo sé exactamente. En mi libro hay dibujos parecidos. Algunos son señales. Otros son advertencias. Otros son... no encontraría cómo llamarlos. Como un llamamiento.

—¿Las hay en alguna de las nuestras? En las grietas que conocemos.

—No. Las dos que tú y yo conocemos tienen solo los grabados básicos. Pero esta sí.

—¿Qué significa que la lleve una mujer?

Lucia pensó antes de contestar. No buscando palabras, sino decidiendo hasta dónde llegaba lo que sabía.

—Significa que alguien se la puso. O se la dejó. Esto no es algo que se haga uno solo. Esto se da, de una persona a otra. Y las marcas como esta no se dan al azar. Si alguien se la puso a esa mujer, fue porque importaba que ella la tuviera.

Me quedé con eso un momento.

—Lucia. ¿Crees que hay más como yo?

—Más como tú, sí. Más como nosotras, también. Cuántas, no lo sé. Pero no somos dos. Cada generación tiene alguna. Y algunas tienen suerte. Otras no llegan a aprender que la tienen.

Asentí.

—La segunda cosa.

—¿Cuál?

—Cailean me ha dado un broche que tiene un nudo así —Tomé papel y su pluma y lo dibujé— ¿Tiene algo que ver con las grietas?

Lucia lo miró.

Sonrió. Una sonrisa pequeña, lenta, que le subió poco a poco hasta los ojos como si hubiera tardado en llegar.

—Aurora… Eso es una pregunta hecha respuesta.

—¿Cómo?

—Te han pedido matrimonio.

—¿En serio?

—¿Qué le has dicho?

—Dios mío… Que me lo quedo cuando vuelva. Hoy. Esta tarde, cuando salga de aquí.

—Bien.

Me reí. Fue una risa de las buenas.

—Lucia.

—¿Sí?

—Gracias. Por estar aquí. Por haberme llamado en otoño. Por haberme escrito el libro.

Lucia me miró.

—No me las des. Solo vive bien. Quiere bien. Y cuando alguien venga después de ti, ayúdala.

—Eso lo prometo.

Nos quedamos un rato en silencio. El fuego hacía ruido. Afuera el viento, pero sin fuerza, el viento de una primavera que empieza a creérselo.

Después Lucia se levantó. Fue al fondo y volvió con una botella pequeña de algo oscuro.

—¿Qué es eso?

—Vino. Lo hago yo. Llevo años haciéndolo y nunca mejora, pero tampoco mato a nadie.

Sirvió dos copas pequeñas.

Brindamos sin decir nada, que era la mejor manera.

El vino era amargo y áspero y bastante malo, en realidad.

Era exactamente el tipo de vino que ese momento pedía.

* * *

Al día siguiente volví a la aldea.

Llegué a media tarde. Cailean estaba en el cercado de los caballos, como sabía que estaría. Hablando con un hombre sobre algo que tenía que ver con la yegua negra.

Me vio venir. Despidió al hombre con un gesto y esperó.

Llegué a su lado y le puse la mano en el pecho. Plana, encima del corazón.

Cailean bajó los ojos a mi mano. Después puso la suya encima, sin decir nada todavía, como si primero quisiera asegurarse de que yo estaba ahí de verdad y no iba a ningún sitio.

—Cailean.

—¿Sí?

—Me lo quedo.

Levantó los ojos.

—¿El broche?

—El broche.

No me preguntó si estaba segura. Esa pregunta no existía entre nosotros, no en ese momento. Metió la mano en el bolsillo y lo sacó. La piedra dentro del nudo, oscura y pulida, exactamente como lo había guardado.

Me lo dio.

Lo cogí. Me lo prendí en la capa, en el sitio donde se prenden las cosas que se llevan a la vista, y noté el peso pequeño del broche y el peso distinto de la piedra dentro, que era otro peso, uno que no era decorativo.

—La palabra es sí —dije.

—¿Sí a qué?

—A todo lo que me preguntaste. A todo lo que no me preguntaste todavía. A lo que viene.

Cailean me miró. Un momento largo, sin prisa, de la manera que tenía de mirar cuando quería que la otra persona supiera que la estaba viendo de verdad.

—De acuerdo —dijo.

Eso era todo. No necesitaba más. Con Cailean nunca había necesitado más palabras que las que cabían en el momento.

No me besó ahí. No me abrazó. Me sostuvo la mano un rato, y después la soltó, y los dos nos quedamos mirando al norte, donde todavía había algo de nieve en las cimas más altas y donde el sol bajaba ya despacio porque marzo era marzo aunque la primavera estuviera empezando a creérselo.

—Aurora.

—¿Sí?

—Quiero presentarte al clan. Oficial. La próxima semana.

—De acuerdo.

—¿Sin pensarlo?

—Sin pensarlo. —Lo miré—. Llevo seis meses pensándolo. Ya no me queda nada por pensar.

Cailean asintió.

—Sabia.

—Lo aprendí mirándote.

Esta vez sí sonrió. Un milímetro más que la última vez. Y ese milímetro, en Cailean, era mucho.

CAPÍTULO 28

Lo que se queda

Abril llegó con una luz distinta.

No era el sol de Madrid. Era una luz del norte, más lateral, más limpia, una luz que se filtraba por los huecos de la puerta y que dibujaba líneas en el suelo de la habitación grande cuando me despertaba por la mañana. Una luz que había aprendido a reconocer y que ya no era extraña.

Llevaba dos semanas con el broche prendido en la capa. La piedra oscura dentro del nudo céltico, exactamente del tamaño del hueco que llevaba años esperándola. La gente del clan lo había visto sin comentarlo. Eso era todo lo que necesitaba que pasara.

La presentación al clan había sido un viernes. No una boda, no como las que conocía. Algo más sencillo y más serio a la vez. Cailean me había llevado al centro de la aldea, había dicho dos frases en gaélico, todo el mundo había asentido y había seguido con sus cosas. Después Eilidh me había abrazado por primera vez. Una vez. Corto. Y se había ido a su huerta sin mirarme.

Eilidh no era de abrazos. Eso valía más que diez ceremonias.

Esa noche habíamos cenado los tres en la casa grande. Cailean, yo y el hueco que quedaba en la mesa donde su tío había comido durante años. Lo dejamos sin tocar. Era nuestro recordatorio. Un día lo retiraríamos. Todavía no.

* * *

Empecé a sospecharlo a mediados de abril.

No con certeza. Con esa sensación específica que tienen las mujeres cuando algo en el cuerpo se mueve un milímetro distinto de

lo habitual. Llevaba dos semanas con el calendario interno descolocado, lo cual al principio achaqué al invierno, a la comida más pobre, al cansancio acumulado de los meses anteriores.

Después fueron las náuseas por la mañana.

Después fue el cansancio que no se quitaba con dormir.

Después fue que un día, oliendo el caldo que Eilidh estaba haciendo en su casa, tuve que salir corriendo a respirar fuera porque el olor, que era un olor que conocía y me gustaba, me había revuelto el estómago de una manera nueva.

Eilidh me vio desde la puerta. Se quedó mirándome. Después se acercó. Despacio.

Me puso la palma de la mano en el centro del esternón. La dejó ahí un segundo, sin presión. Y dijo, en castellano:

—Tú.

Era una de sus pocas palabras de castellano. La que ya conocía. Pero esta vez no era acusación ni constatación de que yo era yo. Esta vez era pregunta.

—¿Yo qué?

Eilidh hizo un gesto con la otra mano. Un gesto pequeño, redondo, sobre su propio vientre.

Y después me señaló a mí. Tragué saliva.

—No lo sé todavía.

Eilidh asintió. Bajó la mano del esternón. No dijo nada más. Volvió a su casa.

Pero esa noche, cuando salí a buscarla para preguntarle si tenía un vestido más ancho que me dejara, me lo dio sin preguntar nada. Lo cual era una manera de decir lo que las dos sabíamos.

* * *

Esperé dos semanas más antes de decírselo a Cailean.

No por miedo. Por superstición, o por algo parecido a la superstición. Quería estar segura. Quería que pasara el tiempo justo para que ya no fuera una sospecha sino algo concreto. Quería decirlo cuando ya no se pudiera desdecir.

Mientras tanto fui a ver a Lucia.

No le mandé recado. Fui directamente, una mañana de finales de abril, sola y a caballo, con la primavera ya entrando en serio y los pastos altos empezando a ponerse verdes.

Llegué al mediodía.

Lucia estaba en la huerta cuando entré. Levantó la vista y me miró un rato, más de lo normal.

Y después dijo, sin que yo hubiera dicho una palabra todavía:

—Lo sé.

—¿Cómo?

—Por la cara. Llevas esa cara desde que has entrado por la puerta.

—¿Qué cara?

—La cara de las que llevan dos personas en el mismo cuerpo y todavía no saben bien cómo estar de acuerdo con eso.

Me senté en el banco que tenía al lado de la huerta. Las piernas no me sostuvieron del todo. Lucia se sentó a mi lado.

—Lucia.

—¿Sí?

—Tengo miedo. Mucho miedo. No del bebé. De todo lo que viene con el bebé.

Lucia esperó a que siguiera. No llenó el silencio. Eso era lo que más le agradecía a Lucia, que no llenara los silencios con palabras de consuelo que no servían para nada.

—Significa que ya no es teoría. Significa que mi cuerpo decidió por mí lo que mi cabeza estaba decidiendo despacio. Significa que

voy a tener un hijo en un siglo donde mueren mujeres de parto como murió Iseabail. Significa que voy a ser madre en un sitio donde no tengo a mi madre.

Lucia asintió.

—Todo eso es verdad —dijo—. Y también es verdad otra cosa.

—¿Cuál?

—Que llevas seis meses construyendo exactamente lo que necesitas para esto. Sin saber que lo construías para esto, pero lo has construido igual. —Me miró de frente—. Tienes a Mòrag. Tienes a Eilidh. Tienes a Cailean y al clan entero. Tienes lo que sabes tú de medicina y lo que sabe Mòrag y lo que sé yo. No estás sola, Aurora. Estás más rodeada que la mayoría de las mujeres de tu propio siglo cuando pasan por esto.

Tragué saliva.

—Y otra cosa —dijo Lucia.

—Dime.

—Los partos no son lo de Iseabail. Iseabail tuvo mala suerte, del tipo que no se explica y no se previene. La mayoría no la tiene. La mayoría sale. Y sale con un niño vivo. Y muchas siguen viviendo después para tener más. Lo de Iseabail es el caso que se cuenta porque es el que duele. Los otros no se cuentan porque son normales.

La miré.

—Lucía. Gracias. Voy a hacer todo lo posible por tener este bebé.

Y entonces, sin avisar, me eché a llorar.

No con sollozos. Solo lágrimas que salieron por su cuenta, sin escenario, sin razón concreta más allá de que llevaba semanas sin llorar y el cuerpo tenía su propia agenda al respecto.

Lucia no me consoló. Sabía que no hacía falta. Me dejó llorar.

Cuando paré, se levantó, fue a la cabaña y volvió con dos copas pequeñas. El vino oscuro y áspero de siempre.

—¿A esta hora?

—A esta hora. Pero tú solo unas gotas.

Brindamos en silencio.

El vino seguía siendo malo. Era exactamente lo que ese momento pedía.

* * *

Volví a la aldea al día siguiente.

Cailean no estaba en el cercado cuando llegué. Estaba en la habitación grande, sentado a la mesa, repasando algo con Tormod, el hombre que llevaba las cuentas del clan desde antes de que Cailean naciera.

Me vio entrar. Algo pequeño cambió en su cara, lo justo para que Tormod lo notara y se levantara.

—Seguimos mañana —dijo Tormod, en gaélico despacio, y salió por la puerta lateral con una elegancia que no esperaba de un hombre de su edad.

Cailean se quedó sentado y me miró.

—Aurora. ¿Todo bien?

Lo miré.

Y aquí es donde se me ocurrió algo que no había planeado, pero que era lo único que tenía sentido. Algo que no cabía en frases largas.

Le cogí la mano derecha y se la puse en mi vientre. Plana. Sin presión.

Cailean bajó los ojos a su propia mano sobre mi cuerpo. Se quedó mirándola. Después subió los ojos muy despacio.

No dijo nada durante varios segundos. Los suficientes para que el silencio pesara de verdad.

—¿Estás…?

—Estoy.

—¿Cuándo?

—Otoño. Si todo va bien. Octubre, calculo.

Cailean repitió la palabra en voz muy baja, casi solo para él.

—Octubre…

Cerró los ojos un momento. Solo un momento. Cuando los abrió tenía algo en ellos que no le había visto nunca antes, ni siquiera la noche del bosque, ni siquiera el día del broche. Era una cosa distinta. Más callada. Más entera. Como si algo que llevaba años sin sitio hubiera encontrado por fin dónde ponerse.

—Aurora.

—¿Sí?

—Siéntate.

Me senté en su regazo, sin pensarlo, como llevaba meses sin sentarme en el regazo de nadie. Me pasó los dos brazos alrededor y me dejó la cabeza en su hombro.

Se quedó callado mucho rato.

Después dijo, en voz muy baja, contra mi pelo:

—Llevo años pensando que esto, para mí, no iba a pasar. Que era para otros. No imposible. Solo... no para mí.

—¿Por qué?

—Porque el clan primero. Siempre el clan primero. Y después de eso... no quedaba mucho más.

—Ahora sí queda…

—Ahora sí.

Me apretó un poco más. Sin decir nada. A veces él era así: lo importante no lo decía, lo hacía con el cuerpo.

—Cailean. Tengo miedo.

—Lo sé.

—Mucho.

—Lo sé. Yo también.

—¿Igual de mucho?

—Más, pero de otra cosa.

—¿De qué?

Tardó en contestar. No porque no lo supiera, sino porque era la primera vez que lo iba a decir en voz alta.

—De no estar a la altura. De saber qué hacer con el clan y no saber qué hacer con un hijo. De que los dos son cosas distintas y yo solo sé hacer una.

—Cailean. Llevas seis meses aprendiendo cosas que no sabías hacer y las has aprendido todas.

—Esto es diferente.

—Sí. Pero el método es el mismo. —Lo miré—. Y no vas a estar solo.

* * *

Se lo dijimos a Eilidh esa misma noche.

Fuimos los dos a su casa después de cenar. Eilidh nos miró entrar y supo que veníamos a decirle algo antes de que dijéramos una palabra. Se sentó en su banco y esperó.

Cailean me miró. Le hice un gesto: tú.

Cailean habló en gaélico, despacio. Dos frases. No las cogí enteras, pero cogí la palabra principal.

Eilidh se quedó muy quieta.

Después se levantó.

Vino hacia mí. Me cogió las dos mejillas con las dos manos. Me las sostuvo un momento. Sin besarme. Sin abrazarme. Solo sosteniéndome la cara, como si quisiera asegurarse de que la estaba mirando bien.

Después soltó. Se giró hacia Cailean. Le dio una palmada en el hombro, una sola, fuerte, de las que se dan los hermanos cuando las palabras llegan tarde.

Y después fue al fuego, sacó un cuenco que había estado tapado, y lo puso en la mesa entre los tres.

—Comer.

Era pan de miel. El pan que solo hacía para las cosas que valían el azúcar y el esfuerzo. El pan que había hecho una sola vez desde que yo había llegado, el día que el jefe me había nombrado MacRae.

Lo comimos en silencio.

Y Eilidh, hacia el final, mientras yo ya no podía más y le pasaba el último trozo a Cailean, me señaló el vientre con un dedo y dijo, en gaélico muy lento:

—Si es niña. Sìle.

—¿Sìle es nombre de tu abuela?

Pensé en la Sìle que corría por la aldea con su cabra y que me había dado una flor amarilla en el bolsillo el día del ataque. Dos Sìles en la misma aldea. En otro siglo me habría parecido un lío. Aquí ya sabía que los nombres se heredaban y se repetían y que cada uno encontraba la manera de ser el suyo.

—De nuestra abuela. Sí.

—¿Y si es niño?

—Tu elección. —Me señaló a mí.

Miré a Cailean.

Cailean me miró.

—Si niño. Tu padre. ¿Cómo era?

Tragué saliva.

—Mi padre se llamaba Pedro.

Cailean lo repitió despacio, probándolo.

—Pedro.

—Pedro.

—Pedro MacRae.

Algo en mi pecho se movió. No supe cómo llamarlo. Solo que estaba.

—Sí. Pedro MacRae.

Eilidh asintió como si todo estuviera decidido ya, lo cual era muy típico de ella.

* * *

Salí esa noche, después de irnos de casa de Eilidh, antes de entrar en la casa grande con Cailean. Le dije que necesitaba un momento sola y él lo entendió sin preguntar.

Caminé hasta el límite norte de la aldea, donde el camino se perdía en la subida hacia los pastos altos. Me senté en una piedra que había allí, una de tantas, una piedra que llevaba siglos en ese sitio y que iba a seguir estando otros tantos después de mí.

La luna estaba alta. Era casi luna nueva, una raya fina, casi nada. Y por eso se veían las estrellas mejor que nunca. Las estrellas que Cailean conocía y que su padre le había enseñado y que él me había estado señalando una a una durante el invierno como si me estuviera presentando a su familia muerta.

Saqué del bolsillo lo que me quedaba.

La flor amarilla de Sìle, aplastada y casi deshecha, pero todavía amarilla.

Y nada más. El broche ya no estaba en el bolsillo. Estaba prendido en la capa, sobre el pecho.

Pensé en mi madre. La pensé en concreto, no como concepto. La pensé un día cualquiera, en la cocina, llamando al consulado británico, exigiendo, explicando.

Y pensé, por primera vez en meses, que la carta que había dejado en la grieta quizás había llegado a algún sitio. No al sitio donde mi madre la podía leer. Eso era imposible, pero a algún sitio.

Quizás a otra mujer, en otro siglo, en otra grieta. Quizás a una mujer que había llegado como yo, sin saber dónde estaba, sin saber qué hacer, sin saber si valía la pena seguir. Quizás a una mujer que abriría una caja en una piedra y encontraría dos cartas. La mía y la de Lucia. Y leería las dos. Y entendería que no era la única. Y entendería que otras habían pasado por ahí. Y entendería que se podía.

Quizás eso era todo lo que las cartas podían hacer.

Quizás eso era suficiente.

Me llevé las manos al vientre. Planas, una encima de la otra, sobre el sitio donde había alguien que todavía no tenía nombre, pero que ya tenía dos.

Pedro o Sìle.

Pedro o Sìle MacRae.

—Vas a tener una buena vida —dije, en voz baja, en castellano, hacia el sitio donde estaba—. Te lo prometo. No la que yo había planeado. Una distinta, pero buena. De verdad.

El viento me movió un mechón de pelo y me lo puso sobre los ojos. Me lo aparté.

Las estrellas seguían arriba.

Las mismas que se veían desde Madrid. Las mismas que mi madre podía estar mirando en este momento exacto, cuatrocientos y pico años más adelante, desde su balcón pequeño donde no se veían bien, pero se veían.

Las mismas estrellas.

Eso era una conexión. Pequeña, pero existía.

Y me iba a bastar.

* * *

Me levanté.

Caminé de vuelta a la casa grande, donde Cailean me estaría esperando con la puerta entreabierta y el fuego bajo.

Cuando entré, estaba en el jergón, tumbado boca arriba, con las manos detrás de la cabeza, mirando el techo.

Me miró.

—¿Bien?

—Bien.

Me desvestí despacio y me metí en el jergón. Cailean me pasó el brazo por debajo del cuello, como hacía siempre, y yo apoyé la cabeza en su pecho, como hacía siempre, y la mano la dejé donde ya no la podía dejar en ningún otro sitio sin pensarlo, encima del vientre.

—Aurora. Llevo tres horas pensando.

—¿En qué?

—En que a veces la vida llega de golpe, cuando no esperas. Y otras veces tarda años en llegar algo. —Hizo una pausa—. Yo tuve los años. Tú tuviste los años. Y ahora los dos a la vez, llega todo.

Lo miré en la penumbra.

—¿Te da miedo?

—Sí. Pero menos que esta tarde.

—¿Por qué menos?

—Porque ahora estoy aquí. Y tú estás aquí. —Me apretó un poco —. Y eso ya es algo que no cambia.

Cailean apoyó sus labios en mi pelo y después de un rato largo de silencio, dijo:

—Aurora. Gracias.

—¿Por qué?

—Por caerte por la grieta.

Me reí. Una risa baja, real, sorprendida.

—Cailean. Eso no fue mérito mío. Fue una oveja.

—Sí. Pero tú perseguir la oveja.

—Eso es verdad.

—Entonces gracias a ti y a la oveja.

—De nada por las dos.

Cailean se rio. Una risa de las nuevas, de las que llevaba meses aprendiendo a tener.

Cerré los ojos y mientras me dormía pensé en lo curioso que era el verbo caer. En que en todos los idiomas que conocía significaba algo malo. Una pérdida, un fracaso, una desgracia…, pero yo había caído. Y mira lo que había encontrado abajo.

Eso era lo que quería contarle cuando fuera mayor. Cuando se cayera por algo, lo que fuera. Que cayera con los ojos abiertos y que mirara bien lo que había abajo antes de levantarse. Porque a veces lo que hay abajo de una caída es exactamente lo que llevabas años buscando sin saberlo.

FIN